

BIBLIOTECA NACIONAL
R-130-SN
Q-1-E-3
Quito-Ecuador

"DUQUE"



JOSE DIEZ - CANSECO

"DUQUE"



Es propiedad de la Editorial Ereilla. Inscripción N.º 3356. Queda hecho el depósito legal

BIBLIOTECA AMERICA

I

SANTIAGO DE CHILE

1934

LA BIBLIOTECA AMERICA

Nuestra América, rica en todo género de cosas materiales y espirituales, padece de una notable pobreza de medios internacionales de comunicación, que sirvan la necesidad de realizar el recíproco conocimiento que las naciones que la forman se hallan siempre ansiosas de cultivar.

Esta circunstancia mantiene en nuestros pueblos una mutua ignorancia acerca de la vida intelectual que en ellos fructifica; por esto resulta ella apenas conocida, fuera de las respectivas fronteras, por pequeños grupos, en algunos de los otros países del continente.

Sólo excepcionalmente los libros americanos logran salir de la propia patria en forma capaz de satisfacer la lógica ambición de gloria y provecho de sus autores, y servir con eficacia la necesidad de crear sólidos vínculos intelectuales a través de las fronteras políticas.

La sola enunciación de estos hechos pone de manifiesto la urgencia que había en crear una biblioteca de autores americanos, una publicación periódica, perdurable y central, en que pudieran editarse todas las mejores obras de cada país y de ese modo constituir el exponente siempre actual del movimiento literario de toda nuestra América.

La vigorosa fisonomía étnica de nuestro continente, la vida plena y joven que palpita en él, la ubérrima riqueza de su suelo, y la incomparable majestad de su inmenso panorama, se manifiestan con brillo en nuestra literatura. El idioma ha sido enriquecido por cultores nacidos aquí, y cobra renovados bríos, se bruñe, adquiere nuevos esplendores a través de los libros escritos en América.

Todos los géneros literarios han sido y son cultivados con éxito por escritores latino-americanos. Faltaba solamente que sus obras circularan profusamente, y que presentadas al público con la elegancia y corrección que corresponde, fueran económicamente accesibles para todos.



De la difusión de tales libros, del hecho de que en cualquier país resulten tan conocidos los autores de todos los demás del continente, como lo son, por ejemplo, todos los de Europa, fluirá sola, espontáneamente, una mayor inteligencia, un recíproco y vigoroso acercamiento intelectual que derivará por muy diversos cauces en claros y positivos beneficios tanto para cada una de nuestras nacionalidades como para todo nuestro continente. Seguramente, esta interpenetración culminará un día en la formación de una conciencia indoamericana; ella hará, después, que "América Latina" deje de ser una simple expresión geográfica.

Desde el principio de nuestras actividades editoriales acciábamos como a una bella ilusión la posibilidad de que algún día pudiéramos dar forma real y concreta a la iniciativa de crear alguna publicación que pudiera ser útil a tan elevados ideales. Ahora, al entregar a nuestros lectores este primer volumen de nuestra BIBLIOTECA AMERICA, en que se cristaliza tal propósito, nos complace anunciar que nos proponemos hacer de ella el exponente más elevado del movimiento intelectual de nuestra América, editando lo más selecto de la producción literaria de cada país en cada uno de sus géneros, para lo cual publicaremos tomos de esta Biblioteca con la mayor frecuencia que nos lo permita la acogida con que esperamos que el público estimulará el esfuerzo que ella significa.

La hermosa novela de José Diez-Canseco, que ofrecemos en este primer volumen de la BIBLIOTECA AMERICA es una feliz manifestación de este género literario en el Perú, una de brillantes cultores del idioma. Luis Alberto Sánchez, uno de los más vigorosos intelectuales jóvenes de América, prologa el libro.

Sin orden por nacionalidad de autores, que no hace al caso en una empresa de esta índole, vamos a publicar cinco volúmenes de cada país, representativos de sendos géneros literarios de acuerdo con nuestro programa mínimo de realización inmediata. Rige para esta publicación la prelación de fechas en que hemos recibido o seguiremos recibiendo los originales de nuestros colaboradores.

EDITORIAL ERCILLA.

PROLOGO

“El ladrón no es sino un financista sin paciencia”.

Diez-Canseco

Agua
X José Diez-Canseco, premiado en el concurso de cuentos de “La Prensa” de Buenos Aires (1932), es uno de los jóvenes y más vigorosos escritores peruanos. Su primer libro “*Estampas mulatas*”, en el que reunió sus relatos titulados “*El Gaviota*” y “*El Km. 83*”, lo definió como el más fuerte y completo temperamento de novelista del Perú.

Con sus 28 años a cuestas, Diez-Canseco — hoy en París — constituye la promesa más segura de novelista. Ninguno de los peruanos que le antecedieron acusa tan firmemente su vocación novelística. El es eso, no otra cosa: novelista. Los versos fueron ensayo; las crónicas, solfeo; su camino está en el relato. Y relato realista y hasta salaz, con clara intención social.

Diez-Canseco pertenece a los círculos sociales más “distinguidos”, de Lima. Fué un “niño bien”. El ambiente de “*Duque*”, es el de su adolescencia y sus 22 años. Asiduo concurrente del “Country Club”; excelente *partner* de *tennis*, *golf*, *cocktails* y *flirts*, era un joven frívolo, cuya inquietud se desviaba por los caucés de la literatura “*sociable*”, que no es lo mismo que “social”. Versos, álbums, cuentos, crónicas. Hasta un elogio a ese gran “*viveur*” que se llama Eugenio Garzón. Pero, en “*Duque*” está su protesta. “*Duque*” es un acta de arrepentimiento, un propósito de enmienda y un cuadro ferozmente cruel y realista de ciertos sectores de la “*haute société*”, de la “*high life*”, de los niños góticos y las damitas bien. En Canseco no hay “resentimien-

to". Esa vida lo llamó y él la saboreó en gran parte. Lo que ocurre es que, a tiempo, sintió el reclamo de lo social.

José Carlos Mariátegui — gran catador de calidades literarias — auspició "*El Gaviota*" de Diez-Canseco en "*Amauta*". Me tocó alentar la publicación del "Km. 83", descarnado relato de las crueldades que se cometen contra los "vagos" en el Perú. En 1932, Diez-Canseco me confió los originales de "*Duque*" para prologarlos. El destierro me lanzó afuera. Nos encontramos en Panamá. El no iba oficialmente exilado, pero no podía continuar en el Perú, porque había escrito un artículo censurando la injustificable condena a muerte contra Melgar y Juan Seoane. Naturalmente, Diez-Canseco es aprista. Ahora leo que, en París, declara que su puesto está en la tribuna o en la cárcel. En ambas espero encontrarle.

Este prólogo es, pues, un saludo de antesala para la tribuna y para la cárcel, buenas y conocidas escuelas ambas...

No creo necesario destacar que Diez-Canseco es estrictamente veraz. Casi todos los personajes de su novela existen. Ese "Don Pedro" o *Rigoletto* es un tipo de la vida real de Lima, y demasiado conocido. Me atrevería a calificar esta novela — con perdón de Silva Castro que ha de votar en contra — de "novela histórica". Su tema es historia pura... Y algo más: como esta "*high life*" limeña es la de todos los países que conozco directamente o por lecturas. Ello prueba que las analogías de clase tienen mínima discrepancia, bajo las diferencias geográficas.

Diez-Canseco ha publicado "*Sussy*", novella corta en "*Mercurio Peruano*"; "*Estampas Mulatas*", y tiene en preparación "*El burdel de Perotito*" y otras novelas.

Sus temas son siempre temas de la realidad inmediata. Observador desenfadado y agudo, cínico y lírico al mismo tiempo, reúne condiciones excepcionales para la novela. Yo estimo "*Duque*" tanto novela como documento histórico y testimonio social. Es el indicio de la decadencia de una clase y el llamado urgente a desplazar tanta corrupción. Juvenal, novelista, habría hecho algo semejante. O Diez-Canseco, poeta satírico, hubiese escrito como el formidable lati-

DUQUE

no A tiempos podridos, escritos cáusticos. Sólo que en Diez-Canseco no hay ningún afán moralizador. El es un poco "L'immoraliste" de Gide. Pero, desde luego, un Gide sin "Corydón". Aunque "Duque" es el requiem a un "Corydón" criollo y sentimentalote a la postre. Un Corydón arrepentido. Acaso, con ese arrepentimiento sudamericano, tan fácil, tan conmovedor y tan poco duradero. Después de todo, la "tribuna y la cárcel" dirán la última palabra. En ellas hallará nuevos temas el novelista, pero, sobre todo, encontrará su verdad el hombre. La literatura no es simplemente esparcimiento de niños voraces y niñas nerviosas. Es signo. Y bajo todo signo corren tumultuosamente el dolor, la miseria, la alegría, la vida...

Luis Alberto Sánchez.

Lima, febrero de 1934.



CAPITULO 1

Ante ciento catorce corbatas, Teddy se hallaba absorto. Indiscutiblemente, Austin Reed — Regent St. London — eran unos salvajes. Y tuvo que confesarse que esas corbatas se las compró en un momento de inexplicable debilidad.

 Para una toilette de mañana, de golf, de cocktails, ¿cuál habría de ponerse? ¿Esta, acero? Absurdo, absurdo. Duque ladró alegremente.

—¡Oh, shut up!

En el escritorio, muebles de Simmons, Zainacois, mesa ministro, retratos de caballos y footballers, enciclopedia Espasa, Guido da Verona, el teléfono se desesperó de urgencia.

—¡God dam!

Interjectaba en inglés. Rezagos de Oxford donde había aprendido eso, jugar *rugby*, beber *pale ale*, y tener buenas maneras. Toda la casa se llenó de su desesperación que estallaba en las paredes, los libros, un retrato de Buchan, centre forward del New Castle, una racket Slazenger de 13 1/2 onzas y un crucifijo antiguo de moderna fabricación.

—¡Hello! ¿Quién llama?

—...

—¡Cinco minutos! ¡Si, ya!

—¡Sure! ¿En tu carro? ¡All right!

Colgó el auricular. Un rato se quedó mirando, sin ver, con sus anchos y húmedos ojos pardos. Se metió las manos en los bolsillos. Las volvió a sacar. Con un cortapapel de acero embutido de oro, se limpió una uña. Luego se dirigió al busto de Beethoven y, como si el pobre pudiera resolver tan arduo problema, dejó escapar de entre sus labios, casi pintados de puro rojos, esta pregunta que le salió difícil y espesa del fondo de su angustia inmensa:

—¿Y qué corbata me pongo?...

* * *

Veinticinco años. Alto, delgado. Curtiss, Maddox St. Ojos rasgados, con esa licuefacción criolla que atestiguaba cierta escandalosa leyenda, en que aparecía su bisabuela, marquesa de Soto Menor, acostándose con el mayordomo africano de la "hacienda". Manos finas de muñecas delgadas. Pulsera cursi que imitaba culebra de ojos de zafiros. La Geografía la aprendió en las agendas de Cook. Creía que los Dardanelos eran los hermanos siameses de Oslo. Había leído a Pitigrilli, lugar común de los snobs. Practicó en Oxford la sodomía, usó cocaína, y su falta de conciencia le llevó hasta admirar a las mujeres. A los dieciocho años egresó de Oxford para ingresar al Trocadero. De allí pasó a todos los cabarets de Londres y los prostibulos de París. Tenía actitudes de ángel cuando bailaba black-bottom, y era un bibelot cuando se estiraba al compás de esa música de lágrimas y mocos que se llama tango. A consecuencia de su estada en Oxford se aficionó al citrato de soda. Esto le sirvió más tarde para rechazar, elegantemente, ciertos platos. Polo, Pitigrilli, Oxford, tennis, Austin Reed, cabarets, cocaína, pederastas, golf, galgo ruso, caballos, Curtiss, Napier; ¡Teddy Crownchield Soto Menor, hombre moderno!

Tres días hacía ya que habían desembarcado. Su señora mamá había pedido por cable una casa amueblada y servidumbre. Teddy, el pobre, no tuvo esa alegría de sentirse dueño de casa en un hotel de cinco pisos, siete salones, cuatro comedores y ciento veintitrés sirvientes.

Dicha señora, doña Carmen Soto Menor de Crownchield, era definitivamente elegante. En el barco, después de siete wiskies, al invitarla a jugar un cuarto robber de bridge para que se desquitase de tres perdidos, respondió con los ojos encandilados y la lengua acartonada, que "el cuarto se lo metían en la cama". Cuando se hallaba en crisis de disfuero, soltaba "ajos" que oían a Cuir de Russie. Era una mujer refinada.

Teddy se encontró solo, sin amigos. A los once años le arrancaron de este suelo para trasladarlo a Europa, porque

Mr. Edward Crownchield se había tomado ciertas libertades con fondos que no eran suyos. Ahora, muerto Mr. Crownchield después de pagar ¡hasta el último centavo! con el producto de otro desfaleo en Alemania, venían, madre e hijo, a la ciudad virreinal, en la que acababan de regular el servicio de agua potable.

Unos pocos amigos, conocidos en París, fueron a recibirlos. Eran gentlemen a cuyas señoras doña Carmen había llevado Au Printemps a comprar ropa blanca, bolsas de agua caliente, baterías de cocina, donde ella tenía una comisión de 35 o/o.

El primer día de Lima lo gastaron en instalarse. La Casa era un primor. Salón dorado. Espejos, sofás, Sevres legítimos, un nevers rajado, alfombras de Daghestan hechas en París, un Gobelino auténtico y un Rembrandt falso. Salita-escritorio. Escudo de armas — un lobo pasante en campo de gules, bordura de azur con ocho aspas de oro, — libros, retratos... Bueno, ya lo he descrito antes. Comedor inglés. Profusión de cristales y plata (para diario tenían un servicio de loza comprado a Ferrand), manteles bordados, porcelanas, flores, frutas y mucha luz, siempre más nutritiva que un chateaubriand o un mixed-grill. ¡Ah! Me olvidaba: borraños falsificados.

No sé qué era más femenino: si el dormitorio-boudoir de Teddy o el dormitorio-boudoir de Doña Carmen. En ambos había exceso de encajes, vasos de noche de plata, lamparillas eléctricas de color rosa en las mesas de noche, almohadones, veladores de toilette llenos de escobillas, polvos, cremas, leche Innoxa, Tabac Blond, Cuir de Russie, anillos, pulseras, relojes con Cupidos, manicure. Doña Carmen le llevaba ventaja a Teddy, en que éste no usaba aretes ni toallas higiénicas.

W. C. estupendo.

Siete sirvientes cuyos nombres lamento no recordar. Antonio Tong, virtuoso de la cacerola. Apreciado por Teddy, que tenía el total convencimiento de que de un vientre venimos y en un vientre terminamos.

Un bocinazo rompió todos los vidrios. Teddy encendió un cigarro, y tarareando Rose Marie, fué al encuentro de Carlos Astorga Rey, gerente de compañía petrolera. Capital suscrito: catorce millones; erogado: siete y medio. Cuarenta y cuatro años. Sedimentos europeos. Auténticas aberraciones atribuidas por la maledicencia. Chauffeur bellísimo. Packard Eighth. Anillo con escudo de armas de su invención. Pulcro, galante, correcto, exacto. Vaga mirada de ojos incoloros, que a veces se hacía dura y recta como chorros de esperma.

Decíase de Astorga que era padre de Beatriz Astorga. Imputación calumniosa, porque, a pesar de que Bati era hija de la señora Astorga, era igualmente hija de Lucien Durant, rubio aventurero francés, sabio del bacarat, fotógrafo que murió en un lance de honor por cuestión de trampa.

Melena de dieciocho quilates. Boca carnosa y procaz de dientes unánimes. En "San Pedro" tajaba los lápices con los dientes. El resto, formidable. Lectora de Maryan y de Répide. Ondulado permanente. Tenía un método de besos, y se dejaba acariciar lo indispensable para perder la virginidad sin derramamiento de sangre.

—Chico, muy smart...

—¿Te parece? Curtiss tiene más genio que Lloyd George.

—Fijo, Teddy; jamás se le ha dado un voto de censura.

—¿Fumas?

—Acabo de largar el pucho. Vamos, Petronio...

—¡Cómo!

—No; es Juan Bautista, pero yo lo he cambiado por Petronio. Me parece...

—... que deberas decirle Narciso. Es bello.

—Bella...

—¡Oh, shocking!

—¿Te escandalizas? Es lo único que le faltaba a tu cachet de post-guerra. De todos modos, es preferible la franqueza.

—No, hombre. Cuando alguien comienza a hablarme,

diciéndome "con franqueza, Teddy", o me va a pedir plata, o a contar una grosería. ¿De quién es esta casa?

—Del doctor Ladrón de Tejada. Algunos dicen que no es de Tejada sino de la Testamentaria de Zegarra, ¿quién va a saber?

—¿Lo repruebas?

—No... Todo es cuestión de tiempo. Quien en veinte años, quien en una hora. El ladrón no es sino un financista sin paciencia.

—¡Ja, ja! ¿Y si te roban a ti?

—El que a hierro mata...

Todas las cosas en veloz huída hacia Lima: casa y árboles. La colilla del cigarro de Teddy siguió, dos segundos, los noventa kilómetros del Packard. La mañana partida en dos, como una sandía, por el auto. De pronto, sin avisar a nadie, Petronio enderezó al Country. La avenida, rápida y airosa, se enrolló al cuello de Teddy como una bufanda.

—Confusamente recuerdo carros de mulas, alumbrado de gas, calles empedradas. Esto ha progresado, ¿no es cierto, Carlos?

—Notablemente. Y el progreso nos sirve ahora para constatar que alguna vez fuimos bestias.

—¡Uy, qué frases! Lo del ladrón, lo del progreso... Vas a tener que darme un reconstituyente.

Los frenos se quejaron. Cuartel de artillería convertido en Country Club. Postrer esfuerzo de la sociedad elegante por hacer su último baluarte. Imposible: el Ministro de Fomento concurre a veces (1). Un groom caki abrió la portezuela. Enormes girasoles listados — rojo y verde, azul y amarillo, blanco y celeste — servían de sombrillas. Academia de idiomas en la que todos repetían, a un mismo tiempo, distinta lección. Sol de chicha de jora y ají. Inmenso panorama de piernas proceces. La gente ha venido a jugar golf para tomar cocktails. Autos en anfiteatro presenciando con los faros absortos el barullo múltanime. Boys discutiendo propinas. Los mozos, telegramas blancos, cruzan raudos con bandejas floridas de copas. Risas de rondín palomi-

(1) Marzo de 1928.

lla. Sweaters, como policromos lomos de insectos. Alegría de whiskey and soda.

- Carlos presentó: Teddy Crownfield.
- Señora Grimanesa de Ladrón de Tejada.
- Señora Zoila del Campo.
- Rosita Ráez.
- Jorge Ráez.
- Señor José María del Campo.
- Señora Lucila de Matos Silva.
- Leonora Matos Silva.

Mme. Ladrón de Tejada lucía, a más de una adiposidad blanda, una nariz prócer y una inocencia de colegiala. Tenía, cotorrona y coloreada, traza de guacainayo que aprendiera a hablar en Francia. Zoila del Campo, seca y apergaminada, lucía dos ojazos negros, últimos restos en esta ruina de belleza que usufructuaron todos los Ministros de Estado en el tiempo en que fué joven. Su marido, don José María, siempre regañón y fosco, no sabía agradecerla la posición en que, exclusivamente por ella, se veía ahora: presidente de un Directorio de Banco y de una Compañía de algo raro. Rosita Ráez, todavía con dejos de un Puno primitivo y lejano. Su hermano Jorge, procurando disimular la furiosa soltería de ella tratándola con diminutivos. En los dos, el mismo olor agraz de sierra que Coty no lograba disimular. Lucila de Matos Silva, señorial y discreta, atrayéndose a todos los improvisados que podían invitarla a tal cena o cuál almuerzo, que la ahorrasen gasto de cocinera. Leonorcita, linda y morena, con una fría mirada de financierista, a caza de un marido, sea cual fuere, pero rico.

Trajes de golf. Guantes abrochados por el dorso. Impertinentes, cigarrillos, gin-fizz general. Charla efímera, con reglas de bridge. Dos invitaciones a te. Un almuerzo; no puede ser: jueves seis, Pascua de Reyes: regalos a los huerfanitos. La señora del Campo ordena otro cocktail. Teddy tiene el honor de aceptar la comida para el viernes. Almuerzo, imposible: se levanta a la una. Todos sonríen de escándalo. No tiene quién le eche de la cama a una hora razonable. El señor del Campo palidece de envidia. Jorge Ráez, pidiendo disculpas, suplica a Teddy que, si lo tiene a

bien y "si el señor Crownchield no hace de ello un secreto", le diga quién es el genio que le viste.

—¡Oh, querido Jorge!

La señora de Tejada (suprimamos al Ladrón) apuntó, asustándose sin motivo, que era la una y media.

—¿Vamos al Grill?

Grill-room. Taberna del siglo XVII. Sorprende no encontrar allí a Shakespeare ante un jarro de cerveza y unas salchichas de Oxford. Por una coincidencia completamente cinematográfica, Teddy se encontró sentado junto a Beatriz. Ella le observa al sesgo, encontrándole airoso y frágil. En la mirada de Bati hay un destello de sugerencias sospechosas. Anécdotas de viaje. Negras rezumantes y lustrosas de Jamaica. Delfines domésticos sobre las olas pandas. Dioses de ébano que saltan entre tiburones por un penny. Rugby, sport favorito. Admiración general: juego tan burdo, tan toscó, tan...

—¿Qué quiere Bati? Así soy; un poco rudo y un poco frágil. Mis sesenta kilos me permiten cierta dualidad amena. Bebo poco. A veces me emborracho totalmente. Creo que todo es malo, cuando no es estúpido. Nunca siento tedio: no conozco el encanto del bostezo. Cuando el resto me aburre, me aislo y siempre termino sonriendo. Oye, cacao con cognac...

Finaliza el almuerzo. En el fondo, tres ingleses juegan ferozmente, al cacho, el almuerzo amistoso. Dos señores comen, sonrien; tornan a comer. Por las ventanas llega un reflejo verde del campo de polo. Dos girls yanquis pasan enseñando sonrisas de chóclo. Teddy incrusta su rodilla bajo la corva tibia de Bati, que replica con voz delgada un "insolente" que pasaría por el hueco de una aguja.

Chartreuse.

Ascienden al hall.

¡Esta noche me emborracho bien
me mamo bien mamo
pa no pensar!

Música, qué dije, de lágrimas y mocos. Estridencia de gramófono zonzo con pañuelo en el pescuezo. Ritmo acanalla-

do de barrio sin agua ni desagüe. Cursilería de compadrito con lloriqueos que siempre terminan sonándose. Sentimentalidad de bar Cristini.

—¿Quiere, Bati?

Se abandona con perversidad de cine. La mandíbula de Teddy se alarga agresiva. La abraza. Siente sus pechos, su vientre blando, sus muslos fríos y prietos como embutidos alemanes. La seda del traje de Bati se pliega sobre el busto que hace quejarse al sostén. Teddy aprieta más el brazo, y sudan agitados. Aprobación general.

—Muy bien, muy bien...

En el pantalón de Teddy, el bolsillo izquierdo se hace duro. Bati se esguinza, rápida y prudente, sin hacerse la desentendida. Repite con enojo agrado su insolente incitante.

—¡Bah! *Esto y eso* acercan más que una amistad desde la infancia con "escondidos" y todo...

Sonrisa.

Astorga invita:

—Es tarde... ¿vamos?

¡Oh, las tres! Se despiden. ¿Hasta el viernes, Teddy? Hasta el viernes.

Y ustedes no me falten, ¿ah? Hay crême de camarones...

—¡Oh, Grimanesa...!

Desfilan. Se acerca Petronio. Rosita, Teddy, Bati. En el asiento adicional, Jorge Ráez. Carlos y Petronio.

—¡Hasta el viernes! ¡Adiós!

—¡Adiós!

El carro acomoda su esfuerzo en tres tentativas de marcha. Se achican los gringos que pastan en el link de golf. Un palomilla mea contra un sauce. Sol espeso de siesta apacible que interrumpe el viento corriendo contra el auto. Silencio de haber comido bien.

—En la próxima esquina...

Teddy se despide brevemente. Carlos le suplica no olvide la cita de la señora Ladrón de Tejada. Rosita Ráez estrecha la mano de Teddy con un shake-hands tremendo. Teddy invita:

—Jorge, si quiere, búsqume después de comida...

—Encantado hombre, encantado.

—Adiós...

—Hasta luego...

Larga mirada cernida por las pestañas densas. Mirada lustrosa, esmaltada. Teddy siente una sensación en el plexo, como si un ascensor le arrancase de pronto.

—Adiós, Adiós...

—Adiós, Bati.

CAPITULO II

Duque ladró acogedor a cambio de un tironcito de orejas. Silencioso y de jebe, precedió a Teddy que llegó al escritorio donde doña Carmen escribía — letra pequeña, muy junta con oes cerradas a la inversa y mayúsculas enormes — unas cuentas que no la salían bien.

—¿Qué hay Teddy?

—Nothing, mamy. En el Country no tienen noción de la salade chambord. Voy por...

—Oye: dos cartas. Esta tarjeta de Carlos Suárez Valle invitándote a toros. Este muestrario de telas...

—Bueno, señora: voy por citrato y luego a dormir largo. Que me tengan el baño a las cinco. Luego veré eso...

Beso sonoro, y Teddy comienza a desnudarse desde el hall; luego por la escalerilla de seis escalones, muestra la camisa abierta su pecho sin vellos.

—¡Niño!

Arroja sobre la cama guantes y sombrero: ingiere la pócima, y se tiende, desnudo y claro, sobre los almohadones de seda del diván que le acarician con un susurro blando. Prende un cigarrillo, y comienza a fumar y pensar, operaciones idénticas que consisten en arrojar nubecillas de humo.

Beatriz. ¿Qué era? Una muchacha bien de una sociedad específicamente cursi. Tibia y fresca como un tazón lleno de leche. Dulzura y malicia criollas dentro de un cuerpo gringo mate que el sport ha hecho más fuerte, más esbelto, más gentil. Durante el almuerzo había charlado con ingenio y gracia, cosa tan difícil de hallar ahora. En sus ojos claros había una llamita pálida que se agrandaba y empequeñecía denotando alzas y bajas de su temperamento, como en un mercado de valores. Lengüecilla filuda y de un rojo subido que

certificaba la marcha normal de su estómago. Aquellos lejanos días de "San Pedro" habían dejado, en su boca carnosa, rezagos de un querer con "candideces". Bailando con ella, había sentido la crispatura de su mano cuando sus muslos rozaban, bajo el claro vestido verde, con los muslos de Bati que pifaba con urgencias chúcaras de potranca. Supo—la sociedad es más rápida que la Associated Press — de unos flirts furiosos en los que Bati había desarrollado una táctica marina de oleaje y resaca. Eran veintidós años estremecidos, gritones, tropicales. A los quince — esto no lo sabía Teddy — sintió malestares que la obligan a excusarse: "estoy constipada"...

—¡Guapa chica!

Guapa chica, de veras. Había de tratarla, obstinado y cotidiano, por ver hasta dónde le dejaba llegar. No precisaba con ella audacias ni astucias. Suavemente — ya lo había iniciado con la rodilla — iría ahondando en su temperamento, pero sin posturas de galán. Dos camaradas, dos amigos. El buen muchacho entretenido con el que se juega tennis y se toma el gin con gin matinal. ¿Para qué más? ya había olvidado, y para siempre las torpes actitudes de las pasiones eternas. Este sería un flirt complicado y efímero, y por eso lleno de sorpresa; del encanto de las sorpresas que no son esperadas, como no sucede en otros terrenos en los que se jura, "hasta la muerte", sabiéndose de antemano que media siempre un tercero en discordia.

La ceniza del cigarro le cayó sobre el pecho, despertándole de sus vagares. Largó el pucho, y se durmió apacible diciéndose "hasta el viernes".

* * *

—Toribio: sáqueme el traje azul. ¡Si hombre, el azul!

—Es que...

—¡El azul le he dicho, hombre, el azul!

—Yo no me llamo Toribio...

—¡Ah! ¿No? ¿Y cómo se llama?

—Paulino.



—Pues de hoy en adelante se llamará usted Toribio. ¡El azul! Y dígame a Román que aliste el coche: voy al centro.

—Está bien, niño.

Por las ventanas, planos y fríos, entraban unos rayitos de amarillo sol bostezante. Crepúsculo cursi de tarjeta postal. Martínez Sierra habría dicho que una brisa perfumada mecía las glosianas. Yo también lo digo, pero en el jardín de Teddy no había glosianas. El Napier no arrancaba bien. Estaba frío y estornudaba a veces. Cogió un malaca — recuerdo de Jules Dupré — y calzándose los guantes, bajó hasta el coche en que esperaba Román, as indiscutido e indiscutible de chauffers alcahuetes.

—Al Palais.

En el cruce del Paseo Colón le detuvieron un rato. Cruzaron bocinazos y gentes precipitadas. Al fondo, Bolognesi, en su actitud de borracho, resaltaba sobre el crepúsculo blanco. El Paseo se encontraba desierto de gentes. Nadie paseaba por allí todavía, sin saber que conduce siempre al heroísmo del coronel bruto y bizarro.

Jirón de la Unión. Plaza Zela con ciertas reminiscencias europeas. Sobre la derecha, San Martín contempla a las patas de su caballo rengo el mejor negocio peruano. Anuncios eléctricos faltos de atracción: Jabón Orión, leche St. Charles, lámparas Phillips, cerveza Cristal, Dodge Bros. De balcón a balcón, todo un episodio de un drama cinematográfico y truculento: Lucha de Almas. En las aceras los cartelones de colorines: Harold Lloyd, Priscilla Dean, Mary Pickford, troupe de Mack Sennet. Victrolas que desmayan tangos y valses. A veces al fox de moda:

¡Adolorido, adolorido,
adolorido el corazón!...

Son ya las seis. Las gentes se escapan de oficinas y hogares para exhibirse en la hora vespéral y anodina. Espeso bormiguelo opaco. Ociosidad ambiente. Los mozos agrupados en las esquinas, en las puertas de los bares, gritan que no tienen qué hacer, qué gozar, qué querer. De vez en cuando, un piropeo subido. Displicentes y descocadas, busconas mal vestidas.

Muy serias, busconas bien vestidas. Dentro el Napier, cae un "adiós, niño" femenino, redondo y proxeneta. Avanza hasta la plaza de Armas. El reloj de la Basílica da, con un son cansino, las seis y cuarto.

Cinco minutos después le invitaban a lustrarse los zapatos, en los que, como en unos espejos, se reproducía la carota fivida del lustrabotas alcohólico.

—¡God dám, qué vaina!

En la puerta del Palais — art nouveau del 904, espejos, retratos de unos toros y de Sussoni, ejemplares de la Piedad de los Fuertes, cajas de chocolate con marinas imposibles — exhibían muchachos "bien" trajes deplorables.

Coro entusiasta de bienvenida. Dos "¿cómo has dejado el Garrón?"; tres "¿desde cuándo en Lima?" un "¿Sigue en París la Torre Eiffel?" Presentaciones. Un mozo hinchado con caspa y lamparones, aulló deteniendo el tránsito:

—¡El gran Teddy. Yo, don Pedro, cultor del amor macho — la ciudad lo sabe — te saluda! ¡Un cocktail-champagne! ¡Inmediatamente! ¡Acudan salvajes!

Era Rigoletto. Genial y bueno, con todos los vicios y ningún defecto. Ancho, cordial, magnánimo, cobarde. Pueril poseur de actitudes absurdas, y hombre hasta en eso: en sus caídas.

—Calma hombre, calma... ¿Qué pasa?

—¡Casi nada! ¡El advenimiento de un justo! ¡Bello y bien vestido! ¡El domingo Lalanda te brinda un toro: he tomado mis medidas!

Té de las seis y media. De los violines de las valetuarias se desborda un vals melancólico, húngaro y gastado, que anega la plataforma e inunda las anchas copas del cocktail rastá. Ir y venir de caderas agresivas que soportan, heroicas, duras arremetidas ópticas. Rigoletto se exalta. Cruzan saludos inalámbricos. Del subsuelo — cine Imperio — asciende, una vez que todos se beben el vals en sus copas, un fox de treinta soles mensuales. Rigoletto sigue berreando:

—Teddy: te conozco desde hoy, y somos amigos desde hace veinte años. No uso monóculo, pero uso cocaína, que es lo mismo: una cochinada. Me consuelo con Lisette de las pe-r-radas de Pipo, ¿no lo conoces? ¡Un confite! ¡Dieciocho años

sin anteojos! Puedo mandar medio Lima a San Lorenzo, pero ciertas debilidades... ¡Creo en Dios y en Johnny Walker! ¡Por lealtad con el Supremo Gobierno declaro que Vilcahuaura ha dado los mejores toros del mundo! ¡Comulgo en Cuaresma, me emborracho, y afirmo que Chocano es un justo! ¡Gano más que un ministro y fumo Romeo y Julieta! ¡Puedo asegurarte que si no tuvieras los millones que tienes no habria cocktail ni derroche de este genio que admiras!

Una risotada rodó toda la mesa.

—¡Un instante: el hijo del Amo me llama!

Y se marchó curvado, con una mirada fatal que hizo sonreír a Pepe Camacho que estaba atorándose con un choux-a-la-crème.

CAPITULO III

Todos, a excepción de don Pedro, habían estado en París. Encontrados al azar en un cabaret, en un teatro, cuando confesaban, avergonzados, a la compañera de una noche "je suis peruvien". Compañeros de lejanas orgías de cien francos, de exquisiteces del Armenonville, del Claridge's. La charla se inició en plan evocativo. Anécdotas sin gracia contadas graciosamente. Líos y baraúndas — orgullo peruano — en los que saltaba contuso un argentino, un cubano, un portorriqueño. De pasada, recordaron el Louvre. Pepe Camacho, desde su importancia de gordo, preguntó sobre sus lentes de concha literaria:

—¿Y qué hace el bueno de Larbaud?

—¡Oh, quién conoce a Larbaud!

Rigoletto de vuelta. Había desairado a Gales que se quedó tibio; pero no podía: esa noche todos comían con él en honor de Teddy, para iniciarle en la vida arrastrada de Lima. ¿Dónde? Pero, ¿a quién se le ocurre preguntar dónde habiendo en el Callao el templo de Aranguren? ¡En el salón Blanco, claro, hombre! ¡No, aquí nadie no puede! ¡O al Salón Blanco o a la Intendencia! ¡No hay caso!

—Teddy, te llaman...

Era Román que avisaba que el coche estaba listo. No, no iba a casa. Que se llevase el bastón y dijera que comía fuera.

—Pero niño, hoy van el señor y la señora Saavedra...

—Razón de más Román, razón de más. Lléveme el coche al paradero del Bolívar. ¿Vamos al Morris?

—¡Cómo! — interrumpió Ráez — ¿Conoces el Morris?

—¡Bah! Eso es internacional, como Josefina Baker o León Trotzki.

Ocho y media. Gentes acaloradas saliendo del Excelsior. Horrendos martes de moda que es el mejor curso de sociología limeña. Todos los autos de Lima ante la puerta del teatro, inflando las calles de humo de gasolina. Saludos, sonrisas. Discretas miradas indiscretas de las muchachas al grupo tarambana. Ojos empujados hacia dentro por una envidia lógica a los trajes ingleses. Comentario procaz.

—Debe ser algún marica que ha llegado de Europa. Va bien vestido...

Al municipal le habían crecido dos brazos más, como a Shiva, para intentar dirigir el tránsito. Llegaron al Morris (1). Augusto, grave y pontifical, sonrió acogedor calculando cuántos old-tom. Gringos cantando un ¡O sole mío! que se bamboleaba en los belfos rezumantes de alcohol. Aplausos de dados sobre el mostrador. Letreros de un pragmatismo definitivo: "cuando usted presta dinero a algún amigo etc." Lincoln y Roosevelt bajo la bandera yanqui.

—¡Cocktail de old-tom para todos!

Lo trajeron junto con unas salchichas y una salsa picante. Bebieron, comieron y charlaron.

—Y, ¿cómo es París? — interrogó displicente Rigoletto.

—¡Bah! Casi lo mismo que Lima — respondió Teddy.— Las calles, algunas, más anchas. Más gente, más cabarets, más burdeles, más rameras, más vividores, más monumentos, el río más grande, la gente más sórdida: ¡París!

Camacho protestó. Rigoletto le hizo callar, pidiendo, por cuenta del protestante, otra tanda de tragos.

—Así es que, ¿lo mismo?

—Lo mismo ilustre don Pedro. Usted entra a un restaurant: dispepsia segura. Pide usted vino: siempre es falsificado. Busca usted una mujer...

—¡No, querido! Yo buscaría un doncel...

Todos rieron. De las mesas vecinas corearon las carcajadas.

—¡Salud! ¡Salud!

—¡Salud! — respondía Teddy, sonriente.

(1) Quiero consagrar un recuerdo emocionado y agradecido al Morris's Bar, donde tan buenos whiskies servían y donde tantos "yales" me aceptaron. ¡Rest in peace!
Biblioteca Nacional del Ecuador Eugenio Espejo

Bebieron. Luego Crownchield ordenó otra ronda. Los mozos empezaron a charlar, dos, a dos. Se iba haciendo un barullo insoportable. De fuera, llegaba el ruido de las cocktaileras batiendo mixturas.

Fueron cuatro cocktails más. El ambiente hervía. Rigoletto gritó con la corbata deshecha, un "todo pagado" fascista. Cantando, riendo, con la euforia de una borrachera ligera, partieron a ochenta hacia el Callao. Al llegar a Belén, papeleta por exceso de velocidad.

—¡No le hace! Tengo en mi presupuesto una partida para multas. ¡Adelante!

¡La donna e mobile
cual piumma al vento...!

cantó, désafinado y atroz, Pepe Camacho. El faro posterior del Napier estaba rojo, congestionado de risa.

Cuando llegaron al Callao, los postigos estaban cerrados contra la noche. La pianola de un bar borracho salió corriendo tras el coche de Suárez Valle, con un couplet al hombro. A poco, el couplet, falto de equilibrio, cayó sobre el asfalto encendido. Llegaron al Blanco. Un telefonazo de Rigoletto había ordenado siete menús criollos. Un cocktail de conchas tentaba junto a las copas rojas y verdes que aguardaban el Chablis y el St. Julien. Las manos inefables de Aranguren habían creado unas paltas rellenas, un congrio hurtado a Poseidón, un pollo a la cacerola, digno del Nazareno, una ensalada de frutas como joyas, un manjar-blanco carneño y divino, el moka que inspiró a Mahoma...

Todo el bar se llenó de risa, de insultos amistosos que rebosaron el comedor, y se marcharon, anchos y veloces por la mar lejana. Un policía acudió al estruendo:

—Señores, este escándalo...

—Es perfectamente normal — replicó don Pedro. — El señor (señaló a Teddy) acaba de llegar de Europa, y trae el alma galga por el sancochado y el arroz con pato. La cocina, acaso usted lo ignora, leal servidor del régimen, es el más alto exponente de la nacionalidad. Los franceses ligeros y frívolos inventan bocaditos inconsistentes; los ingleses, prác-

ticos y sanguíneos, el pórrich, el rósbit. Los alemanes, pesados y brutós, el chucrú nauseabundo y la cerveza filosófica; nosotros....

—Bueno, bueno, menos bulla y más orden; y a usted, so mozo....

—¡Un momento, indígena! Has de saber que yo mando en Palacio, y no tolero desmanes. ¡Pertenezco a los Amos! Además el señor (volviendo a señalar a Teddy) es íntimo de Pepe Pardo. De modo que si con éste no puedo, con el próximo régimen castigaré tu insolencia, porque has de saber que yo no le soy leal a nadie. Ahora, tómate este trago de champán y ¡lárgate!

Aranguren terció amigable, y todo se quedó en el proyecto de acallar la alegría gritona de los mozos. Al champagne, Aranguren fué llamado a beber a su salud. Rigoletto comenzó, fácil y tumultuoso:

—¡Maestro! ¡Las tripas sonoras aplauden! ¡Pershing y tú! Debieras ser senador y presidir la comisión diplomática. ¡Morrow cedería al segundo plato! ¡Chupemos, y alabemos a Dios que hace madurar las uvas! Ya no es indispensable que Aranguren sea senador....

A nadie convenció el discurso. Rigoletto ordenó dos botellas más, y dos más, y otras dos, y entonces todos sintieron la necesidad de ir a Patos (1).

—¡Uy, qué cochinada! — barbotó don Pedro.

No valieron protestas. Tronando y felices, volvieron a Lima, rumbo a la calle de Patos. Chata ranchería de hacienda colonial. Tras las jaulas rojas, carotas pintarrajeadas sobre una lividez de haber vomitado. Gordas, desnudas y polacas. Francesas pueriles, criollas achinadas con voz de cerveza negra, que escupían las buenas noches con tufaradas de permanganato. Sonreían las ramerás con bocazas pintadas, con el seno desnudo, con los ojos mortecinos y opacos. Invitación marsellesa:

—Vengue, guiquito... Uno cochinadita, vengue, ¿quie-gue?

(1) Aviso a los interesados ignorantes, que estas señoras se han trasladado, por disposición prefectural, a la Victoria: ocupan todas las calles que llevan nombres de próceres o de santos.—N. del A.

Los mozos burláronse, riendo de la hembra traposa y famélica.

—Donde Lissette... — aconsejó Rigoletto.

—¿Tienes comisión?

Enderezaron al Huevo. Hombres avergonzados que salían de los burdeles sonándose para ocultarse. Ronda aviesa de jovencitos "vivos" con vocación a maquereaux. Rigoletto bajó del coche a llamar a una puerta. Con la mano extendida golpeó en el postigo. De la ventana bajó un delgado chorrillo de voz:

—¿Quién esss?

—¡Yo, el Único!

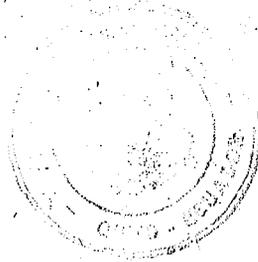
—¡Ah, Guigoletto?

—¡Abre, canalla!

—Ya hombrge, ya; no haces escandaló... Pego dejenme los cagos en la otrga cach...

Todos bajaron. Llevaron los coches a la vuelta, a Mariquitás; murieron las luces; llave en los cambios, y al grupo que les aguardaba. Tras Pepe Gamacho, el postigo se cerró pesado y voraz.

—Bon soir! — saludó Lissette haciéndoles pasar al saloncito empapelado a listas verdes y amarillas.



CAPITULO IV

Pequeñita, rubia, la linda carita ajada de trasnocheos y amores desganados. Voz delgada, insinuante, sedena. En las paredes de la salita, desnudos de la Vie Parisienne, un maravilloso apunte de Holguín, un Ronald Colman de Cine Mundial, un retrato con dedicatoria de Silveti. Muebles de club cooperativo, con reps gastado y verde. Escupideras de vidrio, amarillas y rojas. Victrola afónica — ¡tantas malas noches! — con discos en que se pelean dos borrachos en el tranvía.

— ¡Allons, niñas!

Acudieron cinco, trayendo de la mano una sonrisa que luego se encajaron en los rostros empolvados y ojerosos.

— ¡Buenas noches!

— ¡Buenas noches!

Hombres y mujeres formaron dos grupos distintos, mirándose aviesamente, como con un deseo de acometerse.

— Pa mi, menta...

— Poug moi, un peu de cegvessa.

— Yo, sífón.

Terció Rigoletto:

— ¡Ah, cará! ¿Y quién convida? ¡Mi madre, qué concha!

— No, Pedro, hombre, déjalas: yo pago — accedió Teddy. — Doce ojos se le volvieron, pasmados. Lissette se le acercó ondulante y mecánica.

— Tu ne fais pas l'amour?

— Oh, pas encore! — respondió el muchacho ya borracho y bostezante.

— ¡Un poco de miusie! ¿Bailamos? — invitó Ivette dándole vueltas a la manija de la Víctor. Mientras servían

lo pedido, y cada cual pasaba la copa al vecino, se decían de un modo insólito unos "gracias" fuera de lugar. A media copa, reventó el fonógrafo con un tango, que hizo llorar a las mujeres, cierta vez que lo cantó el negro Marchena, por vez primera en el burdel de la Medrano:

—¡Cascabel, cascabelito!...

Ráez y Camacho se sentaron en el sofá. A una seña de Lissette, dos niñas, mimosas y cansadas, se echaron sobre ambos, luciendo los muslos flácidos, empolvados, y las ligas celestes adornadas con rosas y hojitas verdes. Teddy, apoyado en el quicio de una puerta para sostener a Lissette, oía la apología que de ella hacía Rigoletto. Sobre una silla tum- bados, Carlos Suárez y Janina se besaban con una voraci- dad y un descaro edificantes. El resto conversaba, olvidán- dose en un segundo de lo que hacía un segundo había dicho, junto a la mesa que sostenía el fonógrafo y la bandeja, de la compañía de seguros "Italia", con copas de distinto juego.

Sirvieron unas copas más, y cada uno se fué con cada una. Pero faltó mujer para Camacho, que se quedó semi- dormido sobre el sofá incómodo, con la diestra que sostenía el puro — regalo de don Pedro — colgando tras el respaldo, y royéndose pertinaz y goloso la uña esmaltada del índice zurdo.

En la alcoba de Lisette — cuja de dos plazas con Pierrot de trapo, fotos pornográficas, retrato de Gloria Swanson, toilette de cajón de gasolina, cubierto con papel de cometa, polvos Eclat, Narcise Noir, bidet de fierro aporcelanado, primus encendido calentando una tetera con agua, pantalla Tutencamen — Teddy preguntó inconsciente:

—¿Y qué vamos a hacer?

Lisette le respondió con la lengua sabia, jugueteándola entre los labios secos del muchacho. Se abrazó a él, hacién- dolo sentir su vientre que subía y bajaba con una regulari- dad de ejercicio físico.

Comenzó a desnudarle, dándole diminutivos arrullado- res: "mon petit chien", "ma petit rat", "guiquito mío", y besos sonoros en las tetillas, en el cuello, y hasta cierto mor- disconeito en el vientre musculoso y terso. Teddy la dejó ha- cer, mirándola a los ojos. En un santiamén se desnudó la

hembra, dejándose sólo la camisita de seda, que se levantaba con los menudos pechos erectos. Se abrazaron, y Teddy recordó el abrazo con que cogió a Bati en el hall del Country. Y entonces, furiosamente, con un inmenso deseo de hacer daño, se volcó íntegro sobre la prostituta, gritándole de tal modo en los ojos, en las orejas, en la boca "¡Beatriz, Beatriz!", que hasta la cama se quejaba asustada.

En la alcoba contigua paró un instante el ruido del sommier. Luego, estridente, se alzó la voz de Rigoletto que explicaba airado:

—¡Mal haya, si se llama Lissette!

* * *

Cuando sacaron a Teddy, totalmente borracho y ya vomitado, encontraron a Pepe Camacho dormido con el índice zurdo en la boca, y el disco de la victrola girando sin descanso, y sin descanso dejándose arañar por la aguja mohosa:

¡Cascabel, cascabelito...!



CAPITULO V

El sol amaneció en un ladrido de Duque. La alcoba se esmaltó de luz lavada, que se replegó un instante al empuje de un bostezo, oración matinal, de Teddy.

—¡By Jove, qué bomba!

La lengua de papel secante absorbía toda la saliva, dejándole en la boca una sequedad agria. Hizo sonar el timbre y Toribio se presentó con la bandeja en que humeaba un tazón de cocoa y unas tostadas de chancay.

—¡No, no! Algo con hielo...

Sonrió el valet, comprensivo, y volvió a poco con el vaso que sudaba de frío. Teddy lo bebió de un trago; se pasó por los labios el dorso de la mano y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las nueve y diez, niño.

Se desperezó finalmente, y saltó del lecho con una pesadez de pescado. Se miró al espejo la faz lívida, de anchas ojeras lilas, los ojos congestionados, y sonrió como si lo que recordase hubiera sido una aventura que de un amigo le contarán. Bufando como un tritón, entró en la ducha. Luego, envuelto en el peignoir, pidió al sirviente sal de frutas. Bebió de un trago y, milagrosamente, se sintió otro.

—El inventor de esto vale más que Edison y Marconi juntos. ¿Para qué sirve una bomba eléctrica o una sin hilos, después de una "turca"? ¡Esto es inmenso!

—Por supuesto, niño... ¿Y adónde fué la cosa? — prosiguió confianzudo el valet.

—Sabe Dics... Donde una tal Lisette, con una partida de mozos que me llevaron a comer al Callao y luego... ¡sal de frutas!

—Son compromisos, pues, niño... Y Lissette es un buen... bocado...

—Sí, ¿eh? Dame un sweater blanco, un pantalón de franela, los Boodys, y que me alisten el coche. Voy al Tennis.

—¿El coche grande?

—No, hombre ¿a quién se le ocurre? El Citroen no más... Abre bien las ventanas.

Rayos de sol perfumados de jazmín y madreSelva. Llegaron, confusos, rumores de autos que pasaban por la avenida con una urgencia de negocios. Alegría de la luz fresca, del viento ligero, de un ladrido lejano, de todos esos ruidos que decoran la mañana que es tontamente callada y luminosa. Sobre un hilo telefónico, soso y pertinaz, piaba un gorrión. Un instante le vino el pensamiento, como un reproche, de que había hecho mal en emborracharse, y en eso de "¡Beatriz, Beatriz!" sobre Lissette. Pero no. Recordó que una noche, en París, se fué a su cuarto y a solas hizo una cosa, contra la pureza que decía el Padre Rosny, y que le empalidecía, pensando en los brazos rollizos y en el seno extenso de su tía Zoila Castro. Y con pequeñas diferencias, que nada importan en cuestiones de sentimiento, había gritado anoche: "¡Beatriz, Beatriz!" como en esa noche lejana susurrara sonriente y con los ojos semi-cerrados: "Tía Zoila, tía Zoila..."

—¡Voilà tout!

Volvió Toribio diciendo que el coche estaba listo, pero que, según Román, los frenos estaban largos.

—¡Ajá! ¿Se levantó la señora?

—No, niño, todavía. ¿Quiere que le diga algo?

—Sí, que voy al tennis y que siento no poder saludarla. Hasta luego.

L'oiseau s'envole

là bas, là bas...

L'oiseau s'envole

ne revient pas...

Era una viejísima canción francesa que escuchó —

¡cuántas veces! — a su madre. Fué la época más feliz de la vida de la señora Crownchild: su marido la engañaba. Era un gringo elegante y magníficamente guapo, y que, según un enorme libro inglés de pasta azul, había tenido un abuelo que cenaba con el Rey Arthur y Lanzarote en la Tabla Redonda.

Casada a los diecisiete años, creyó adorar a su marido. Puso en ese cariño la vehemencia que despierta una emoción desconocida, sintiendo que él, su Edward, cerraba para ella todos los horizontes que, antes de conocerle, atisbó con la curiosidad que una educación rígida despierta. Más de una vez excusó a su marido ante su hijo, diciéndole que su padre estaba en El Havre, desde tres días, por asuntos de negocios. Jamás hubo tal negocio. La barrabasada peruana les permitía vivir con un desahogo fastuoso, que, casi inmediatamente, hizo olvidar a los peruanos de París y a los peruanos de Lima, el origen turbio de tales lujos. Los negocios que entonces absorbían a su marido, se reducían a Germaine y al baccarat del Casino. Sobre el inútil bordado que mataba sus horas de olvidada, cuántas veces cayeron lágrimas silenciosas y modestas. Teddy la vió llorar muchas veces. Ese desamparo en que vivía su madre acrecentó su cariño, su devoción. Además, no se explicaba por qué, después de cuatro días de negocios, su padre volvía de frac, con la corbata deshecha y el elac destrozado sobre la melena revuelta. Así fué cómo doña Carmen, sin darse cuenta, casi por despecho y casi por venganza, se enredó, por once días, con un militar español desertado. Después vino un Vicomte de Marneville. Después un danceur del Majestic. Después un acróbata del Casino. Después... ¡era la vida! A la fecha contaba cuarentidós años tranquilos. Tenía la fortuna colosal — a más de que una vez saltó la banca de Deauville — que su marido, por un raro caso de suerte desatinada, le había dejado al morir de un ántrax.

—¡Toribio!

Dos minutos.

—¡¡Toribiooo!!

—¡Ya voy, niño!

Se acerca Toribio.

—Oiga usted: cuando yo le llame, haga el favor de dejar todo y venir.

Fijese si vienen autos.

Toribio salió a la avenida. Un ómnibus cruzó espeso. Luego un auto. Otro auto. Una moto.

—Ya, niño...

El Citroen cruzó, raudo como un foetazo, hacia el Arco Español, enorme cursilería morisca de cemento armado.

Diez y media. Lawn tennis. Flores, árboles, risas, sol. Fuerte alegría del sport. Pujanza, brío, audacia, todo sin objeto. Hizo llamar al administrador.

—Soy Edward Crownchild. He sido presentado como socio por los señores Carlos Astorga y Jorge Ráez. Creo que puedo...

—¡Ya lo creo, señor! ¿El señor no tiene pareja? Jugará entonces con Santos. Seguramente el señor no conoce a Santos. Es el mejor jugador sudamericano. El señor Marrou lo dice... Además, el señor...

Una parvada de chiquillos uniformados de caki rodearon a Teddy. Eran los encargados de recoger las bolas. Uno fué corriendo hacia el interior, gritando: ¡Santos, Santos! Apareció Santos. Mulato pequeño, sonriente, con una cortesía contagiada del ambiente. Seco y autoritario ordenó:

—Titina y Alberto: a recoger. ¡Levanten la net!

Teddy se despojó del sweater. La camisa de mangas altas lució los brazos finos y musculosos. Comenzaron a bolear. Santos se agrandaba en el fondo del court. Tenía una certeza de geómetra para coger todos los tiros en todos los puntos.

—¿Comenzamos? — invitó Teddy preparándose a servir.

—Como quiera, señor...

Disparó la bola. Santos replicó rápido y conciso. Nada a quince.

Se multiplicaba el mestizo, pequeño y fuerte, en un juego de cien kilómetros a la hora. Las bolas cruzaban sobre la net con una precisión de puntos imaginarios. Golpeaban saltando, corriendo, en un ritmo de danza extraña y jocunda.

Santos callaba sorprendido de encontrar tal juego en adversario de tan poca apariencia.

—¡No era manco el señor! — elogió confuso y sudando.

Tras la valla alambrada surgió la silueta Vogue de Beatriz. Traía una toilette azul pervenche con un gorrito de un tono más obscuro. Zapatos sport, blanco y amarillo, Teddy fingió no verla, y, cambiando de racket, invitó a Santos a un último set. Jugaron. Teddy se esforzó, con una angustia de lujo, para sorprender a Beatriz. Al otro lado de la net, creía ver Teddy cinco Santos que corrían, saltaban, contestaban, rápidos como insultos. Hubo un momento en que Santos exclamó asombrado:

—¡Four all!

Una bandada de palomas surgió aleteando de las manos entusiastas. Se hizo público alrededor del court. Bati miraba extasiada el juego exacto de los mozos, que tenía algo de ensañamiento y de crueldad. Ganó Santos. Un aplauso tableteó un instante. Era invencible el cholito que sonreía seguro y modesto.

—¡Diablo! ¡Eres inmenso! ¡Gin con baby! ¿Qué tomas?

—Lo mismo, señor.

Bati se acercó con una felicitación en los guantes.

—¡Qué bien, Teddy! ¡Quién iba a creer? Juega estudiando...

—¿Te parece?...

—¿Cómo? ¿Qué confianza es esa?...

—¡Oh! Este triunfo merece un premio...

—Vaya por el triunfo... — concedió sonrojándose Beatriz.

—Hacemos cuarto, Bati, ¿qué te parece? Pero yo no conozco a nadie.

—¡Oh! Esta es Mary Shelby. Narciso Riera. Fernandito Solana. Tere Carpio. Gil Paz, el muchacho de nombre más chico en el mundo...

Se acercaron. Mary Shelby larga y flaca, con un andar de vicuña hidrópica. Narciso Riera, pulcro y peinado, con un saco de sport que le hacía parecerse a un farolito chino.

Fernando Solana con su perfil heleno, por lo que no sonreía, para no descomponerlo. Teresita Carpio regordita y bullanguera. Gil Paz del tamaño de su nombre.

Se hizo un rato la charla. Preguntas sobre París, sobre Londres, sobre Berlín. Casi un curso de Geografía. La Shelby preguntó por unos vagos parientes radicados en Glasgow. Teddy no conocía a esos parientes.

Surgió, en la charla, la visión del Continental, del Crillon, de los tés del Claridge's. Cotillon de Pascua. Aperitivos del Garron. Los viejos cabarets de Montmartre y Montparnassé, con apaches contratados para exhibirse. Todas las exquisiteces de París. Las hipocresías de Londres. Las inversiones de Berlín. Los tedios de Roma. Teddy asombró con su erudición de turista.

—Uds. ¿Dónde vivían?

—En la rue Daru. Una calle muy tranquila, muy simpática. Un poco obscura. Pero allá, no se vive en las casas. Desde que murió papá, no hicimos más que viajar. Mamá es una vagabunda orgánica. Jamás se está dos meses en un mismo sitio: de París a St. Moritz. De St. Moritz a Roma. De Roma al Cairo. Del Cairo a Londres, ¡qué se yo! Los veranos en el Mediterráneo, la primavera en París, y a veces el otoño. Los inviernos en Suiza, o en Berlín. Yo, a veces, creo que mamá tiene delito persecutorio...

Sonrisas.

—¿Et bon, hacemos el cuarto?

—Ya lo creo. Pero, ¿cómo jugamos?

—Tere con Riera — propuso Beatriz.

Jugaron el cuarto. Luego de terminar el partido, Teddy invitó los drinks. Narciso Riera y Teresita Carpio se alejaron hacia la cantina donde les llamaban. Gil musitó un "permiso" que consiguió al acto. Teddy y Bati se quedaron solos, percibiendo las risas que salían del bar del Club, como un cocktail de alegría.

—Papá te llamó anoche. Le dijeron que habías comido fuera, y por el gin con baby juzgo que la cosa fué feroz...

—No tanto. Las cosas feroces no ocurren así. Una comida de hombres solos y... lo consiguiente.

—Tus ojeras son lilas. ¿Es una creación tuya?

—No. Es un reflejo de tu traje...

—¿Te parece bien? Patou...

—No, no es Patou: eres tú la que...

—¡Ja, ja! Eso es un rezago peligroso de la comilona de anoche...

—¿Crees? Yo pienso que tú embriagas más que un vino viejo...

—Pero no por vieja, ¿eh?

—Por tu carne, por tus ojos, por tus caderas, por tus piernas, por tus orejas, por tus pies... ¡Por toda tú a quien ya conozco y he sentido palpitir!...

—¿Literatura? No me hagas reír. En un baile está permitido todo lo...

—... que no está permitido sin baile, ¿verdad? Aca-so no sería permitido el que yo te abrazase ahora; en un bai-le bien podría permitirme...

—... aquello que yo te permitiera. Y nada más.

Se miraron largo. Luego avanzaron hacia el salón de-sierto. Se sentaron en un sofá ancho y acogedor. Teddy, con el sweater arrollado al cuello, estaba arrebatado por el sport y por Beatriz. Charlaron más con la desfachatez que hay en la charla de gente de bien. Charla efímera y tontuela que es la más deliciosa de las charlas.

De pronto callaron, y, sin poderlo remediar, por una de esas cosas que nunca sabemos por qué son, se besaron mor-diéndose los labios. Bati se despintó un poco. Se miró al es-pejo de la bolsita y se dió rouge.

—¿Sabes, Teddy? Me gustas...

—Lo suponía...

Sonrieron, y el mozo pasó su brazo delgado y fuerte por el talle venial de Bati. Se miraron los ojos, bizqueando un poco, y las dos lenguas se unieron en un goloso juego pueril de toma y daca.

Alegremente, Teddy le dijo:

—Prefiero así: gustarte...

—¡Claro! ¿A santo de qué habría de decirte "te quie-ro"? Eso viene después, cuando...

—... uno comienza a aburrirse.

—¿Lord Splcen?

—No. Son las cosas, lo que se ve todos los días. Lo malo es que todo el mundo prefiere disimularlo. Pero ¡en cuántos maridos he visto yo la tragedia de un mismo guiso gustado en un mismo plato...!

—¿Posando de cínico?

—Nada de eso. Pero ¿a santo de qué vamos a engañarnos respecto de lo que tú y yo sabemos hasta el colmo? Después de un plazo prudencial, hay que evitar tragedias pequeñas de platos rotos, de palabras malsonantes, de...

—¡Oh! ¡Qué estúpido!

Teddy rió alegremente de la indignación de Bati. Esta, muy delicadamente, le dió, con las yemas rosadas de los dedos, un cachete disforzado. Teddy la besó la palma de la mano.

—Bati, ¡eres espléndida!

Fueron a ducharse. Regresaron frescos, tranquilos, con la satisfacción de ser jóvenes, despreocupados, y de darse, sencillamente, en un flirt sin consecuencias. Como un hon-dazo, cayó en la sala la llamada de Mary Shelby. Fueron a la cantina. Gil Paz batía un tercer cocktail al compás de un charleston que todos coreaban. Teresita Carpio contaba cierto chisme escandaloso, en que aparecía Rosita Ráez en arreglos con el peluquero de Guillon.

—¡Ay, hija, imposible!

—¡No me vengan...! Si el zambo ese es de lo más atrevido. Una vez me besó aquí... — y señalaba con el dedito regordete una nuca henchida, jugosa, madura.

—¿Dónde? — inquirió Solana — ¿Aquí? — y sin más, mordiéndose los labios, la pellizó, haciéndola gritar.

—No eres fina...

De pronto Titina, el recogedor de bolas, que contemplaba sonriendo las libertades refinadas de los niños, avisó que venían don Carlos y el señor Ráez. Saludos. Bati dió un beso a su padre mirando a Teddy. Jorge Ráez, con un elegante traje gris, preguntó a Teddy, con sonrisa de cómplice, cómo había amanecido...

—Dormido, hijo... Después desperté, y... ¡se acabó!

Ráez contó entonces la aventura del Blanco. Omitió a Lissette y las copás demás. Después inventó una aventura,

en que Teddy, con un hook preciso, neto, había tendido a un marinero borracho que se le había insolentado. Teddy tuvo que aceptar felicitaciones, y luego se retiró con Astorga que le hablaba acalorándose.

—¿Vamos?

Jorge acompañó a Bati, marchando detrás de Teddy y Carlos, que reprendía al mozo con interés maternal por la euchipanda nocturna.

Mary Shelby exclamó incisiva:

—Bati quiere ma-tri-mo-nio...

—¿Matrimonio? — respondió Solana sin descomponerse.—A esa no le hace falta el matrimonio para casarse...

Todos rieron con inocente regocijo.

Las dos. Adioses, bromas póstumas, encargos, citas.

Los courts quedaron desiertos, impasibles, calientes.

CAPITULO VI

—Niño, la señora ya está almorzando... — avisó Roman que salió a recibir el auto.

Teddy le entregó racket, sweater, y Citroen, y seguido de Duque corrió al comedor donde doña Carmen rociaba de limón unas conchitas al natural.

—¡Muchacho! ¿Qué hora es ésta?

—¡Ay, señora! Me demoré en el Tennis: Charlas y pelotazos. Estoy out-training. Claudio, mis conchas. Oiga, por por allí debe haber una botella de Vichy, tráigala. Oye mammy, Bati Astorga es una chica simpática, ¿sabes? Muy al día.

—Sí, ¿eh? No está mal. ¿Flirt?

—Casi, pero con reservas a pesar de que juega bien y es una pluma, bailando. ¿Qué edad tendrá?

—Veinte o veintidós.

Doña Carmen respondía sonriendo las preguntas de su hijo. En los ojos de la madre había un cariño orgulloso, viéndolo a su boy fuerte, lozano estilizado por Londres y París charlando tumultuosamente, con la elegancia y el atractivo del humour inglés y la picardía limeña. Ambos se entendían, se explicaban con una camaradería insólita entre madre e hijo. Clara confianza de amigos, confianza tranquila sabiendo los dos que nada se podrían hurtar en esa vida que vivían, muelle, serena, lujosa.

Terminó el almuerzo. Teddy, humeando, besó a su madre para ir a dormir la siesta. En el hall le asaltó Toribio, con una ruma de papeles en las manos. Eran, a más de gastos indispensables para un hombre elegante, sablazos indiscretos de esta gente, orgánicamente, gorróna.

—Niño, este recibo del Club Nacional, del Country Club, del Club de la Exposición, del Club...

Había, además, una circular pidiéndole un "objeto de arte" o un "óbolo" para una rifa de caridad. Un nombramiento de socio honorario en una compañía de bomberos. Otra de un club de foot-ball, del Club de Tiro Bolognesi. No. 4, otro...

—¡Uy! Déselos a la señora. Yo no tengo un céntimo...

Volvió al comedor.

--Viejecita, paga esto, ¿quieres? Son cosas inevitables. Poca plata, felizmente. Y después de besarla los ojos, se marchó silbando "I have a red monkey".

* * *

Hora de siesta luminosa y plúmbea. El sol aún está cenital, incommovible. El día suda fatigado, en inútil carrera hacia la noche que no habrá de llegar. Espesa modorra algo donada. De lejos, no se sabe por dónde, llega una cseala de piano estudioso y pertinaz. Teddy, en pyjama, sostiene sobre el pecho la hora presionante. Los autos pasan, en un silencio considerado, con temor de interrumpir la siesta. Un airecito, palomilla escolar, se ha hecho la "vaca", y juega a la "pega" con otros aires maltones pesados a veces, a veces ágiles. Por la ventana cruza una gaviota escapada de no se qué biombo japonés. Redondito, llega hasta el diván el currucutú de un palomo palangana y tenorio. La hora se hace más pesada, más pesada, más pesada. Teddy suelta un ronquido. ¡Laus Deo!



CAPITULO VII

—Lleve usted al señor al cuarto del señor Teddy — ordenó doña Carmen a Toribio.

Este, precediendo a Carlos Suárez, que se despedía con una inclinación ligerísima de doña Carmen, siguió por el hall, deteniéndose un instante ante un aguafuerte que firmaba Doré.

Carlos Suárez Valle, punto final de una estirpe de hombres bravos y mujeres virtuosas. Rezago, un poco gastado, de una familia bizarra, noble, sencilla, cuyos abuelos se habían batido a las órdenes de Jaime el Conquistador. El rostro rasurado, de mentón prógnata, aguileña nariz sobre un bigotillo de escobilla de dientes, ojos medio adormecidos, ancha frente, tenía a pesar de su vulgaridad, una dura expresión de altivez. Manos delgadas, finas, fuertes a pesar de su femineidad, fueron por su belleza objeto de burlas en los lejanos días del colegio de Jesuitas.

El arrendamiento de su hacienda en Ica, le permitía a Carlos y a su abuelo, don Nicanor del Valle, vivir con un decoro discreto, encargar sus trajes a Poole (tenían la insolencia de desdeñar a Curtiss) e invitar, cada seis meses, una cena fastuosa en el amplio comedor de su vieja casona de la calle de San Ildefonso, en la que todavía lucía, esculpido en piedra, el viejo blasón de mote altivo: Cuidado, heme aquí...

—¡Buenos días! — gritó Carlos desde el quicio de la puerta.

Teddy se despertó sobresaltado.

—¿Qué hora de dormir es ésta, hombre?

—Nada, Carlos, una siesta racional...

—¿Racional? ¡Caramba, son las seis y cuarto!

—¡Demonio! Bueno, todo se ha perdido menos el honor.
¡Toribio!

—Niño...

—Sírvenos el té. Saca mi traje gris. ¡El de franela, hijo!

Carlos contempló sonriente a Teddy, admirando la armonía de sus líneas fuertes y graciosas. Este saltó del diván, abrió los brazos y bostezó.

—Voy a bañarme. Cinco minutos, old chap, y listo, ¿quiere?

Suárez Valle observaba curioso el menaje del dormitorio. Se acercó al tocador y tomó un frasco:

—Leche Innoxia! Esto es femenino...

Una copia de Fragonard le detuvo extasiado. Más allá, cerca de la ventana, una cortina quería velar unas nieves de Foujita. Tras la puerta que separaba el baño, se oía el fofogotear de la esponja. A poco salió Teddy envuelto en una sábana.

—Ave, Carolus, ¿qué novedades?

—Qué serie de ingredientes raros tiene usted aquí, Teddy...

—Y todos absolutamente indispensables para explotar el físico...

—¡Ja, ja! Lo que tenemos que hacer es afearnos, porque apenas nos ponen pantalones largos, somos buenos partidos... En Lima la pesca es ya una institución familiar. Felizmente, yo he tenido la suerte de escurrirme de entre ¡cuántas redes! Y, oiga, Teddy, Beatriz Astorga, a quien encontré, en el Centro, me encargó decirle que estaba invitada a tomar el té donde las Matos Silva, en La Punta, y que luego saldría con Teresita Matos, ¿no la conoce?, a quién me adjudica para hacerles compañía...

—¿Teresa Matos?

—Sí, hombre, hermana de Leonor.

—My Christ! Esto va en serio... Oiga, Carlos, hijo, yo tengo miedo de que esto se complique — murmuró Teddy rociando el pañuelo. — ¿Vamos?

—¡No, hombre! — consoló Carlos tomando del brazo a Teddy que le llevaba al comedor. — Estas son cosas indispensables para una muchacha: usted está recién llegado de

Europa, trae un ropero completo; hay un prestigio de millones, de haciendas, de acciones, de Napier y Critroen; de... ¡qué sé yo! Usted viene a ser para ella el motivo de envidia de sus amigas, y el muchacho agradable que baila bien, que es fino, que es galante, que invita, y... ¡nada más! Es una exageración suya eso de asustarse...

—Sí, ¿pero su padre?

—¡Bah! Astorga es un buen hombre que sólo tiene un vicio: los muchachos...

—¿Y le parece poco?

—No, pero... le gusta y se acabó.

—Y, ¿usted?

—No, no me gusta; esto es todo. Si me agradara, lo haría. Estas cosas de moral son cuestiones de costumbres, de climas, de conveniencias... A más de que "eso" no es sino una facultad, ya muy generalizada, de apreciar otro género de belleza a más del femenino. Todas las cosas bellas llevan en sí la facultad de despertar un deseo de posesión: un caballo, un cuadro, un traje, una mujer, un florete siempre nos sugieren el deseo, más o menos furioso, de que sean nuestros. Carlos es un buen sujeto y Beatriz es magnífica.

—Hombre, usted ve el "asunto" con una tranquilidad...

—No, no es tranquilidad. Me doy cuenta que ello es... sucio, asqueroso, ¡lo que usted quiera! Pero que entre ellos hagan de su capa un sayo no tiene por qué asustar a nadie, absolutamente a nadie. (1).

Llegaron al comedor. Carlos se detuvo maravillado ante un bodegón de Cézanne, espeso, caliente, luminoso.

—¡Qué maravilla, señora!

—Bello, ¿verdad? Es regalo de Sybil Trevillian, una duquesita inglesa, linda como una virgen.

Doña Carmen servía té de una tetera china, en unas tacitas de Wedgewood.

—Señora, tiene usted un gusto exquisito. Estas tazas son maravillosas. En este comedor tiene que despertarse un apetito...

(1) Estas opiniones son absolutamente personales. El señor Suarez Valle se hace único responsable de ellas.—N. del A.

—Fatal — apuntó Teddy. — Yo he aumentado dos kilos y mamá uno.

—¿Leche, Suárez?

—Sí, señora, gracias. Ya, es suficiente. Gracias.

Serena, enlutada, con el cerquillo cayéndole sobre las cejas depiladas, tenía ese no sé qué altanero y sencillo a la vez, que hacía pensar a Suárez, que la contemplaba extasiado: "buen bocado"...

—¿Y qué tal, Lima?

—Bien... Esto es agradable por sencillo. La gente es buena, insulsa, cariñosa. Me parece que nunca hubiera estado aquí antes, y a pesar de serme desconocido todo esto, no salgo: me voy sintiendo vieja.

Carlos protestó risueño, halagando la serena belleza de Mrs. Crownfield. Sí, debía dejar el traje negro. Si se había permitido la melena, justo era que se permitiese colores claros, alegres.

—No, amigo mío: de los cuarenta para arriba, luto perenne, azul o negro, por la juventud que se fue... A más de que el negro me encanta, y me queda muy bien. En cuanto a la melena, es cuestión de comodidad, de frescura, y... ¡rejuvenecerse!

—Sure, mammy, vas teniendo razón, pero en cuanto a la juventud — prosiguió Teddy dirigiéndose a Carlos — ¡cuántas quisieran tener la frescura y la alegría de esta señora, ¿verdad, Carlos?

Carlos aseguró que a la señora de Crownfield la hubiera tomado por una muchacha de veinticinco.

—*Mon Dieu!* — se asustó doña Carmen.

Tan discreta, tan elegante, de tan buen gusto, con esa alegría, con esas manos, sin arruga, y ese camafeo rojo en el índice derecho, y la disposición de la casa...

—¿Le gusta? En París tenemos cosas lindas, ¿verdad Teddy? Muebles viejos que me llevé de casa, armas, lozas de Talavera, huacos, sedas de Manila, ¡qué sé yo! He ordenado que me lo envíen todo, y en cuanto eso llegue, se viene usted a almorzar para que conozca mi *brio-a-brac*.

Interrumpió Claudio, dirigiéndose a Teddy:

—Niño, allí hay un señor que le busca.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Dice que es el Único...

Carlos y Teddy soltaron una risotada ante el pasmo de doña Carmen.

—Que pase.

Reluciente de polvos y brillantina, con un enorme cigarrillo puro, y el eterno traje azul, lleno de manchas, se presentó Rigoletto que saludó desde la puerta:

—¡La reina madre! A los pies de su merced, señora... ¿Cómo estás, príncipe? ¡Don Carlos Suárez y del Valle, nombre ilustre en las letras y en las artes!

—¿En las letras? — inquirió doña Carmen, ante la sonrisa de Carlos.

—Sí, señora: Carlos es un fino escritor y un fino crítico, pero en este ambiente de mazamorra aguada... Bueno, ¿yo no tomo té?

Doña Carmen rió encantada con el desparpajo de Rigoletto. Luego le pidió permiso para llamarle así, Rigoletto.

—¡Ya lo creo, señora! Llámeme Rigoletto y don Pedro. Y no me quite el don que es lo único decente que me queda... ¿Ustedes van a La Punta? Pues, yo también; tengo que hacer en La Punta.

—¿En La Punta, tú? — preguntaron simultáneamente Teddy y Carlos.

—Sí, muchachos... Tengo el alma triste, y voy a reconfortarla, a saturarla de alegría y entusiasmo con el espectáculo del crepúsculo iluminando el Frontón...

Una salva de risas hizo temblar las tazas. Luego, todos reprendieron la crueldad del bohemio que explicaba arrogante:

—Las cosas, por su nombre: ¡el que no mata, muere! Además, esto dura, y, de otro modo, me costaría un trabajo inmenso hacer creer a los que vengan en la efectividad de mis servicios y en la incondicionalidad de mi adhesión... ¿Nos largamos?

Doña Carmen los despidió con un destello de la esmeralda de su anillo, y el tin-tin de sus pulseras. Ya en el auto, Rigoletto aulló galante:

—Señora, disponga de todo lo mío, pero no de mi vida:

¿me debo a América! La prueba la tiene usted en que mis biógrafos se están matando en la búsqueda de mi padre: todos lo ignoran: ¡yo, también!

Partió el coche, y, como una serpentina, les siguió unos instantes la risa de doña Carmen que se desenvolvía ligera y frágil. Al minuto de marcha, don Pedro tuvo a bien descender de su actitud olímpica para ordenar al chauffeur:

—Román, a La Punta.

—Bueno, ¿a ti qué te lleva a La Punta? — inquirió, severo, Suárez.

—Te diré: a pesar de que una confidencia es siempre una "buitreada" sentimental — así dice un amigo mío — voy a hacerla por especial deferencia.

—Cuidado con que ensucies el carro — advirtió Teddy.

—No: voy a prestigiarlo: ¡amo!

Una bulla de las risas reventó en el auto.

—¿Y a quién, angelito de Dios?

—Os diré, garzones: en una dorada tarde de enero...

—¡No me véngas! ¡Desembucha y rápido!

Rigoletto se dió un beso largo y tenue en las puntas de los dedos apñados, y murmuró con los ojos en blanco:

—Un hermanito de Pepe Camacho... ¡Ay, Carlos! Recita algo, ¿quieres?

Teddy y Carlos le llenaron de insultos. Un asco, si señor, un asco. ¿A esa edad con esas cosas? Positivamente, asqueroso. Era absurdo, inexplicable que siguiese en ese plan cochino.

Dulcemente, con ternura, repuso Rigoletto:

—Sus dieciséis años me limpian de toda mancha... Voy a entrar en el reino de los Cielos...

—Pero, ¿no te da vergüenza? — se sorprendió Teddy.

—Nene — replicó Rigoletto, — ¿tú no has estado en Oxford? ¿Y cuántas veces te habrán sorprendido en las "bombitas" que te dabas en París, y después cuando dormías esas borracheras, pero... ¡es cierto! Ni en el colegio, ni borracho, ni dormido, vale.

Suárez Valle se amoscó de veras.

—Oye, tú: cállate y basta de bromas de mal gusto. Esas porquerías están fuera de todas las bromas y de todas

las frases. Es inmundo, y me quema la sangre esa soltura de huesos que tienes. Cállate, hazme el favor.

—Ya está, cholito, no te calientes — apaciguó Rigoletto, y acordándose de la inmensa y bigotuda Lucila Menacho, gritó con un gesto de cabrón avieso y sazonando la frase con aijos:

—¡Me muero por Lucy Menacho!

Incontenible, estalló la carcajada.

—¡Este Pedro!

—¡Este Pedro!

CAPITULO VIII

Las cenas de los Ladrón de Tejada tenían fama. El doctor, jefe de la familia, era el más formidable glotón e insuperable cocinero que podía lucir esta ciudad de comilones. Y aquella cena, ofrecida por Grimanesa Ladrón de Tejada, y en la que sus comensales debían gustar la crema de camarones, fué cocinada toda por su gordo esposo. Hors d'ouvre, la crema, el pescado, el pastel, el pavo, el queso, la ensalada de frutas avivada con marrasquino, el postre de moka y ron de Jamaica.

Ocho damas descotadas, contando a Beatriz y a Leonorcita Matos, y exceptuando a Astorga al que se le contó entre los hombres... Ocho smokings. En un balcón, hacia la Avenida Leguía, Teddy, guiado por Beatriz, iba observando a los invitados. Rosita Ráez, buscando un macho. Queta Saldívar, fofa y descocada, evitando al diplomático en vacaciones que era su marido. Talía de Dávila, con su aspecto inocentísimo, bebiendo el octavo cocktail, y cambiando obscenidades discretas con Jorge Ráez. Leonorcita Matos enamorando a Carlos Suárez. Soledad Goytia, riendo a estampidos de las procacidades de Astorga. Piedad Narváez, de la vieja casa de los Narváez de Galicia, luciendo una melena prieta y crespa que trascendía a Malambo. El doctor Tejada, rezumando gracia, haciendo reír con chistes originales, a una señora yanqui, Mrs. Rowllinson, vaga esposa de un banquero vago.

Reventó una ortofónica. Se hicieron unas cuantas parejas, y dieron unas vueltas por el hall lujoso. Los cocktails habían despreocupado un poco a los bailarines, y Carlos Suárez con Leonor Matos — hermanos siameses de la cintura para abajo — dieron una libidinosa exhibición de tango compadrito. Al terminar, Leonor se mordía el labio inferior, echán-

dose aire con un pañuelito de encajes. Se generalizó el baile, y Teddy aprovechó la coyuntura. Mientras todos bailaban, él, en el balcón propicio, iniciaba un enervante juego de manos. Beatriz suspiró atoutada, y el mozo, para terminar, le marcó los dientes en el pecho, allí donde se adivinaba el nacimiento del seno. Beatriz tuvo que ir al baño...

La cena. De la ancha pantalla, excesivamente baja, la luz caía sobre las viandas, los cristales, las porcelanas, el plaquet. Los rostros de los comensales quedaban en una penumbra discreta. Al principio, la charla era difícil. Después se generalizó, dando todas opiniones encontradas, sobre el último amante de Gaby, la mujer de Bobby. Teddy preguntó quiénes eran Gaby y Bobby.

—Los esposos más sabios del mundo, querido — respondió Carlos Suárez. — Ella con su "él", y él con su "ella". Jamás tienen la menor discusión. Creo que hasta cambian opiniones sobre sus respectivos amigos. Pero incuestionablemente, el tipo ése con quien ahora se ha enredado Gaby, ni se viste bien, ni tiene educación: ¡hacer sopas en el té con las tostadas! ¡Y unas corbatas!

—Sí, serán los más sabios, pero hasta ahora no se quiten son. Lo que yo quiero es, a falta de nombres, las señas personales.

—Gaby Castro casada con Bobby Iriarte. Los dos linchios y los dos... entretenidos.

Todos rieron. Al llegar al pastel, Teddy se sentía ya sofocado con la cantidad de alimento. Pensó rechazarlo. Guevara se opuso:

—No, mi amigo. Ese pastel lo he hecho yo, con estas manos y este paladar. Ese pastel es un pedazo de cielo. Pruébalo, Crownchild, pruébalo.

Estaba divino. Haciendo un esfuerzo, repitió fervorosamente del pastel. Guevara decía por lo bajo: ¡chico más simpático!

De cuando en cuando, la pierna de Beatriz se juntaba a la de Teddy. Cada vez que el muchacho pronunciaba más la carucia pernil, ella le sonreía con algo de agradecimiento y mucho de apetito. De pronto sintió que a la izquierda, Ráez quería hacer lo mismo.

—¡Habrás visto!

—¡Oh, perdón! ¿La molesté?

—¡Claro!

Sirvieron el champagne. Tejada, gran gourmet, prohibió el menor asomo de toast.

—El discurso indigesta, indigesta. Pruebe este queso, Crownchield, pruebe este queso.

Crownchield probó ese queso. Estaba espléndido. Invitó a Beatriz.

—Sabes — susurró levemente, — esto no se debe hacer después de las comidas.

Y separó, de la de ella, su pierna. En lós rostros había ya ese bochorno de la abundancia del estómago. Todos alabaron las manos cocineras del gourmet gordo que sonreía satisfecho. La conversación se hizo un laberinto entre las finanzas de los señores y las modas de las damas. Gritaban sin compostura alguna. Las señoras prendieron cigarrillos. Queta Saldívar encendió un habano, torcido a mano.

Se levantaron. El calor era sofocante. Algunos, Tejada, la Saldívar, Ráez, tenían en la cara el color de la apoplejía. Sirvieron unos kummels. Volvió la ortofónica estridente. En el hall, sirvieron el café. Dos a dos, las parejas se diseminaron a los salones, al balcón, al escritorio.

Piedad Narváez y la de Dávila, se contaban no sé qué cosas, muy acaloradamente. Después rieron. Ambas cogidas de las manos, se miraron largamente. Y se besaron en la boca, con un beso largo y voraz.

—¿Qué es eso?! — se asombró Teddy en voz baja.

Sonrió Beatriz.

—¡Son más cínicas! Ya, ni disimulan...

Queta Saldívar hablaba entre el humo del habano, tentando a Ráez que hacía los imposibles por evadirla. En el escritorio, Tejada y la gringa hablaban de finanzas: una bolsa de piel de Suecia que ella había visto, ¡linda, linda!, en el bazar Klinge. El gordo sonrió goloso:

—Cuenta con ella...

—Oh, thank you, darling!

Suárez Valle y Leonorcita. Excitada, se dejaba conven-

JOSE DIEZ CANSECO

*Se
cer
só a* en un flirt agradable y peligroso. El rouge de ella se pa-
a los labios del otro.

—¿Vamos a bailar? — propuso Leonor.

—¡Cómo te gusta!

*hicieron
ción,
híz
permiti
on a* Bailaron. Siempre, unidos por el mismo destino. Se hi-
cieron otras parejas. Y como no tener reparos es una distin-
ción, todos hicieron del baile una rouda de lujuria. Queta y
híz también bailaron. Pero como el extenso busto de ella no
permitía juntarse aquello, que para juntarse se hizo, volvie-
on a sentarse.

De pronto medianoche. Los esposos se llevaron a las es-
osnas. Carlos Astorga a su hija. Carlos Suárez se llevó a
teddy.

—¡Mil gracias! ¡Una cena divina!

—¡Qué ocurrencia!

—Buenas noches. Voy a soñar con ese pavo.

—¡Esta Rosita!

—¡Adiós, Grimanesa! ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana, Leonor!

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

—¡Adiós! ¡Buenas noches!

* * *

*que
le
parece?* —Teddy, la noche está completamente joven. Vamos al
Zoológico. Allá hay unas húngaras. Podemos ir por ellas,
que le parece?

—¡Vine! Vamos allá.

*era
verdes
judas,
lucerna
tención
del Zoo.
Después
envió,
con un
mozo,
una tar-
jeta in-
vitán-
doles.
Traje-
ron la
res-
puesta:
"muy
agrade-
cidas",
y los
cacaos
con
cognac.* Enderizaron al Zoo. El cabaret — galpón inmenso en-
cristalado con cristales, pinos enanos, taponazos alegres, couplets
verdes — era una baraunda de silbos, órdenes, cantos, carca-
judas, bailes. En el escenario, un jardín de cartón con una
lucerna al fondo, bailaba, desnuda y fina Ruth, la húngara
tención del Zoo. Después cantó Milred, la hermana. Car-
los envió, con un mozo, una tarjeta invitándolas. Trajeron la
respuesta: "muy agradecidas", y los cacaos con cognac.

*En
el
centro
de
la
sala,
las
pare-
jas
dislo-
caban
un
jazz,
músico
de
tapar-
rabo
y
plata-
nares.
Dos
mozos,
en
el
fon-
do,
dis-
cutían
propinas.
La
or-
questa
atacó
—
en
el
estricto* En el centro de la sala, las parejas dislocaban un jazz,
músico de taparrabos y platanos. Dos mozos, en el fon-
do, discutían propinas. La orquesta atacó — en el estricto

sentido del vocablo — el jazz de Rose Marie. Ruth, emergiendo como una gavilla luminosa de la seda negra, se acercó ondulante y sonriente. Carlos presentó a su amigo. Este la pidió aquel baile.

Bajo las luces altas que proyectaban largas sombras de palmeras, ambos danzaron solos. Vuelo de pájaros. Giro de locura. A veces, pausa dormida en que se acariciaban los muslos. Descompás armonioso de estridencias nuevas. Luego dulzura cálida y africana. Mientras tanto, hablaban en alemán. Ella le preguntó nombre y número del teléfono. El la inquirió por su dirección:

—Pensión Terré...

Murió Rose Marie. Las gentes circunvecinas, que ya habían admirado el corte del traje del mozo, aplaudieron a la pareja tan ágil y tan fina. Ruth, clara la sonrisa bajo los ojos claros, agradeció con infantil rubor, inexplicable en quien se exhibía desnuda. Teddy, ni caso hizo.

—Qué bien, Teddy, qué bien... — aprobó Carlos.

—Es la pareja... — galanteó el otro.

—Mochas gracias — carraspeó la noche.

Milred fué también presentada. Deglutía, ávida y rapaz, un cuarto de pollo con ensalada. Ruth prefirió un kum-mel. Charlaron: el viaje, opinión sobre Lima, sobre los mozos limeños, sobre el alojamiento, sobre el público, sobre las mujeres, sobre los autos.

—Moi simpático — sintetizó Milred.

Con una seña, telégrafo óptico, Teddy le indicó a su amigo sus preferencias por Ruth. Carlos asintió en una sonrisa.

Charla de dos a dos: Teddy y Ruth. Carlos y Milred. Media hora después, ambas, también inexplicablemente ruborizadas, consintieron en pasar la noche juntos. Carlos llamó al mozo:

—Cuatro botellas de champagne. Un pollo, ensalada, pan, servilletas y cubiertos. Todo a mi auto.

Pagó, y se fueron. Junto a Carlos, Milred; atrás, los otros. En el camino hicieron más estrecha la amistad incipiente. Se besaron y etc. Teddy recordó, un instante, a Beatriz.

cer en un flirt agradable y peligroso. El rouge de ella se pasó a los labios del otro.

—¿Vamos a bailar? — propuso Leonor.

—¡Cómo te gusta!

Bailaron. Siempre, unidos por el mismo destino. Se hicieron otras parejas. Y como no tener reparos es una distinción, todos hicieron del baile una rouda de lujuria. Queta y Ráez también bailaron. Pero como el extenso busto de ella no permitía juntarse aquello, que para juntarse se hizo, volvieron a sentarse.

De pronto medianoche. Los esposos se llevaron a las esposas. Carlos Astorga a su hija. Carlos Suárez se llevó a Teddy.

—¡Mil gracias! ¡Una cena divina!

—¡Qué 'ocurrencia!

—Buenas noches. Voy a soñar con ese pavo.

—¡Esta Rosita!

—¡Adiós, Grimanesa! ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana, Leonor!

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

—¡Adiós! ¡Buenas noches!

* * *

—Teddy, la noche está completamente joven. Vamos al Zoológico. Allá hay unas húngaras. Podemos ir por ellas. ¿qué le parece?

—Fine! Vamos allá.

Enderezaron al Zoo. El cabaret — galpón inmenso encerrado con cristales, pinos enanos, taponazos alegres, couplets verdes — era una baraúnda de silbos, órdenes, cantos, carcajadas, bailes. En el escenario, un jardín de cartón con una laguna al fondo, bailaba, desnuda y fina Ruth, la húngara tentación del Zoo. Después cantó Milred, la hermana. Carlos envió, con un mozo, una tarjeta invitándolas. Trajeron la respuesta: "muy agradecidas", y los cacaos con cognac.

En el centro de la sala, las parejas dislocaban un jazz, nostálgico de taparrabos y platanares. Dos mozos, en el fondo, discutían propinas. La orquesta atacó — en el estricto

sentido del vocablo — el jazz de Rose Marie. Ruth, emergiendo como una gavilla luminosa de la seda negra, se acercó ondulante y sonriente. Carlos presentó a su amigo. Este la pidió aquel baile.

Bajo las luces añas que proyectaban largas sombras de palmeras, ambos danzaron solos. Vuelo de pájaros. Giro de liceura. A veces, pausa dormida en que se acariciaban los muslos. Descompás armonioso de estridencias nuevas. Luego dulzura cálida y africana. Mientras tanto, hablaban en alemán. Ella le preguntó nombre y número del teléfono. El la inquirió por su dirección:

—Pensión Terré...

Murió Rose Marie. Las gentes circunvecinas, que ya habían admirado el corte del traje del mozo, aplaudieron a la pareja tan ágil y tan fina. Ruth, clara la sonrisa bajo los ojos claros, agradeció con infantil rubor, inexplicable en quien se exhibía desnuda. Teddy, ni caso hizo.

—Qué bien, Teddy, qué bien... — aprobó Carlos.

—Es la pareja... — galanteó el otro.

—Mochas gracias — carraspeó la boche.

Milred fué también presentada. Deglutía, ávida y rapaz, un cuarto de pollo con ensalada. Ruth prefirió un kummel. Charlaron: el viaje, opinión sobre Lima, sobre los mozos limeños, sobre el alojamiento, sobre el público, sobre las mujeres, sobre los autos.

—Moi simpátiko — sintetizó Milred.

Con una seña, telégrafo óptico, Teddy le indicó a su amigo sus preferencias por Ruth. Carlos asintió en una sonrisa.

Charla de dos a dos: Teddy y Ruth. Carlos y Milred. Media hora después, ambas, también inexplicablemente ruborizadas, consintieron en pasar la noche juntos. Carlos llamó al mozo:

—Cuatro botellas de champagne. Un pollo, ensalada, pan, servilletas y cubiertos. Todo a mi auto.

Pagó, y se fueron. Junto a Carlos, Milred; atrás, los otros. En el camino hicieron más estrecha la amistad incipiente. Se besaron y etc. Teddy recordó, un instante, a Beatriz.

—¡Perra vida! God damn!

Duque ladró.

Volvió a marchar, a grandes pasos esta vez, bajo la alameda de álamos, ficus, sauces, sintiendo que desde el alma le subía, como un regüeldo consolador y bueno, la dulzura inefable de un ave-maría, y siguió vagando.

* * *

Horas después, encontraba en la verja de su casa, a su madre que se disponía a hacer sus devociones en el templo de santo Domingo de Guzmán.

—Señora, ¿tan de mañana?

Mrs. Crownchild se volvió a quien así la saludaba. Era Suárez Valle que también venía a hacer sus devociones. Doña Carmen rió a tal confesión:

—¿Usted, devociones?

—Sí, señora, ¿acaso usted no las tiene?

—Desde luego, pero no va usted a comparar...

—Claro que no. Pero en esta Lima en la que todo se hace con recomendaciones, hay que conseguir una para el Cielo. Y así, un diputado amigo en la Cámara y una amistad íntima en las Alturas, me aseguran bienestar y salvación...

—¡Este Carlos!

Por un pasadizo de hombres endomingados, cruzaron hacia el templo. Los piropos se disparaban como una batalla de carnavales: confetti y chisquetazos. Y todas las mujeres, absolutamente todas, en lugar de evadir este pasadizo, se precipitaban por él. Muchas quedaron defraudadas. Hay mujeres que se libran de toda asechanza con un aspecto más eficaz que todas las oraciones.

En la puerta del templo, unos mendigos gimieron por el amor de Dios. Una vieja, pingosa y llorona, les persiguió unos instantes con escapularios, medallas, estampas, cordones de San Francisco, rosarios y devocionarios. Carlos la apartó con el bastón. Luego, con un gesto discreto y sobrio, se desnudó la diestra del guante, y en las puntas de los dedos de uñas pulidas la ofreció agua bendita como si le ofreciese la pitillera. Ella agradeció coqueta, y se alejó entre las filas de los

devotos que la desnudaban con la mirada, viéndola fina, fuerte, cimbreante.

El templo resplandecía de ceras encendidas y bombillas eléctricas. El perfume del incienso se mezclaba con las flores, el tufo de los siervos de Dios y unas esencias fuertes de perfumes baratos. Suárez quedó de pie, cerca de la puerta. Como él, casi todos los hombres. Charlaban.

Comentaban los toros, una pelea de gallos, una cinta de Pola Negri. De pronto, todos se arrodillaron. En una banca cercana, una moza lo hizo sin cuidado, enseñando unas piernas tentadoras.

—¡Qué buenas yucas!

—¡Cállate la boca!

El órgano, en sostenidas notas altas, tejía una complicada teoría de música sagrada. El tujín de la campanilla monaga vibraba claro. Más allá, una sierva contrita bajaba la cabeza y quebraba la cintura.

—¡Fíjate en esa hembra!

—¡Mi madre!

Todavía duró un rato el divino oficio. Inconscientemente, Suárez murmuraba, en el latín de Marcial: *Pater noster qui est in coelis sanctificatur nomen tuum...* Bajo el púlpito, doña Carmen leía en un librito empastado en carey. La miró rezar. Su puro perfil, bello y lleno de gracia, le atraía instintivamente. Carlos sintió envidia de los santos y los dioses a quienes la madre de Teddy les decía estas cosas de amores. Las manos finas de la dama pasaron después las cuentas del rosarillo de oro. Al terminar, se persignó con la cruz y la besó luego. El dominico, después de bendecir, comenzó: *Initium Sancti Evangelii, secundum Joannem...*

Mrs. Crownfield se arrodilló, despidiéndose de Dios, y salió. Carlos la esperaba fuera. Volvió el torbellino de piropos. Las mujeres se arrebuñaban en las mantillas. Vivas sonrisas provocan el decir zandunguero. Bajo los libros de misa cubriendo los rostros, la picardía regocijada del elogio a las piernas, a las caderas, a los ojos, a los labios. De la alta torre, caen lentas campanadas anunciando misa de una. El bullicio se dispersa en unos minutos. Desborda por el jirón de

—¡Perrá vida! God damn!

Duque ladró.

Volvió a marchar, a grandes pasos esta vez, bajo la alameda de álamos, ficus, sauces, sintiendo que desde el alma le subía, como un regüeldo consolador y bueno, la dulzura inefable de un ave-maría, y siguió vagando.

* * *

Horas después, encontraba en la verja de su casa, a su madre que se disponía a hacer sus devociones en el templo de santo Domingo de Guzmán.

—Señora, ¿tan de mañana?

Mrs. Crownchild se volvió a quien así la saludaba. Era Suárez Valle que también venía a hacer sus devociones. Doña Carmen rió a tal confesion.

—¿Usted, devociones?

—Sí, señora, ¿acaso usted no las tiene?

—Desde luego, pero no va usted a comparar...

—Claro que no. Pero en esta Lima en la que todo se hace con recomendaciones, hay que conseguir una para el Cielo. Y así, un diputado amigo en la Cámara y una amistad íntima en las Alturas, me aseguran bienestar y salvación...

—¡Este Carlos!

Por un pasadizo de hombres endomingados, cruzaron hacia el templo. Los piropos se disparaban como una batalla de carnavales: confetti y chisguetazos. Y todas las mujeres, absolutamente todas, en lugar de evadir este pasadizo, se precipitaban por él. Muchas quedaron defraudadas. Hay mujeres que se libran de toda asechanza con un aspecto más eficaz que todas las oraciones.

En la puerta del templo, unos mendigos gimieron por el amor de Dios. Una vieja, pringosa y llorona, les persiguió unos instantes con escapularios, medallas, estampas, cordones de San Francisco, rosarios y devocionarios. Carlos la apartó con el bastón. Luego, con un gesto discreto y sobrio, se desnudó la diestra del guante, y en las puntas de los dedos de uñas pulidas la ofreció agua bendita como si le ofreciese la pitillera. Ella agradeció coqueta, y se alejó entre las filas de los

devotos que la desnudaban con la mirada, viéndola fina, fuerte, cimbreante.

El templo resplandecía de ceras encendidas y bombillas eléctricas. El perfume del incienso se mezclaba con las flores, el tufo de los siervos de Dios y unas esencias fuertes de perfumes baratos. Suárez quedó de pie, cerca de la puerta. Como él, casi todos los hombres. Charlaban.

Comentaban los toros, una pelea de gallos, una cinta de Pola Negri. De pronto, todos se arrodillaron. En una banca cercana, una moza lo hizo sin cuidado, enseñando unas piernas tentadoras.

—¡Qué buenas yucas!

—¡Cállate la boca!

El órgano, en sostenidas notas altas, tejía una complicada teoría de música sagrada. El tulin de la campanilla monaga vibraba claro. Más allá, una sierva contrita bajaba la cabeza y quebraba la cintura.

—¡Fijate en esa hembra!

—¡Mi madre!

Todavía duró un rato el divino oficio. Inconscientemente, Suárez murmuraba, en el latín de Marcial: *Pater noster qui est in coelis sanctificatur nomen tuum...* Bajo el púlpito, doña Carmen leía en un librito empastado en carey. La miró rezar. Su puro perfil, bello y lleno de gracia, le atraía instintivamente. Carlos sintió envidia de los santos y los dioses a quienes la madre de Teddy les decía estas cosas de amores. Las manos finas de la dama pasaron después las cuentas del rosarillo de oro. Al terminar, se persignó con la cruz y la besó luego. El dominico, después de bendecir, comenzó: *Initium Sancti Evangelii, secundum Joannem...*

Mrs. Crownfield se arrodilló, despidiéndose de Dios, y salió. Carlos la esperaba fuera. Volvió el torbellino de piropos. Las mujeres se arrebujaban en las mantillas. Vivas sonrisas provocan el decir zandunguero. Bajo los libros de misa cubriendo los rostros, la picardía regocijada del elogio a las piernas, a las caderas, a los ojos, a los labios. De la alta torre, caen lentas campanadas anunciando misa de una. El bullicio se dispersa en unos minutos. Desborda por el jirón de

la Unión: autos y toilettes estridentes. La gente va y viene, dominical y urbana:

—Carlos, venga a almorzar con nosotros.

—¡Oh, señora!

—No sea niño, hombre, venga.

Subieron al Napier. Y todavía, no sabe por qué, a Carlos le pareció que, ese día, Román le saludó con mayor respeto que nunca.

* * *

En el vestíbulo aguardaban los Saavedra, Lolita Pomar, Filomena del Castillo. Carlos saludó con cierta timidez. No eran las gentes de su grupo. María Rosa de Casa-Saavedra, vieja limeña de campanillas. El marido, don Cipriano, de una probidad insultante: ¡ambos eran una censura! Lolita Pomar — treinticinco años, vagos restos de belleza, discreta toilette, manos sin joyas—, hablando culta y tímamente. Filomena, doña Filomena, viuda de un ex presidente. Alba cabeza, lindo perfil dieciochesco, manos menudas, ojos y pies limeños, política y avispada, acogió a Carlos ceremoniosamente:

—Y don Nicanor, ¿bien?

—Y a órdenes de usted, señora...

—Mil gracias. Salúdele. Fué muy buen amigo de Castillo...

—¡Ya lo creo, señora! A mí, el nombre de su esposo me es familiar. En casa he oído hablar de él con cariño y respeto: todo un hombre.

La otra se esponjaba, agradecida y sonrojada.

Pasaron. En el hall charlaron todavía un rato. Carlos observaba a esta gente que, voluntariamente, por un desdén inexplicable, a juicio suyo, no quería mezclarse con la alta clase de Lima.

—¡Un poco provincianos! Y todavía queda gente como ésta...

Acaso, pero dignos. Carlos tenía que medir sus palabras. Pensó: felizmente no está aquí Teddy; metería la pata. Hablaban de una próxima conferencia en "Entre Nous". Carlos esbozó un chiste malévolo:

—¡Ah, Entre Nous! Las señoras van allá a pensar, como irían a hacer pantallas... o calcetas...

—¿Cree usted?

—Sí, Lola. Allá no tienen acceso las "huachafas"...

La Pomar no respondió. Se atufó y cambió la charla.

Claudio:

—Está servido, señora.

CAPITULO IX

—Las piernas más separadas. ¡Así! Ahora, lentamente, sin dejar de mirar la bola, alzas los brazos, sin arquearlos, golpeas hacia allá, ¿ves?

El cady contemplaba sonriendo la lección que, de Teddy, recibía Beatriz. Esta hizo como le enseñaran, y la bolita salió disparada hacia una banderola lejana.

—Fine! Ahora, yo...

Drive de Teddy, fuerte, bajo, preciso. La bola silbó rasantemente, quedando cincuenta yardas más lejos de la de Bati.

—¿Vamos?

—¿Sabes? El golf está bueno para viejos... Además, esas pelotitas no nos van a separar, ¿verdad?

—Pero, ¿cuándo vas a aprender?...

—¡Ay, hijo!...

El cady recogió palos y bolas y regresó a la caseta. Teddy y Bati quedaron vagando.

Niebla tenue y viajera. En el paradero del Country, solitarios, el Citroen de uno y el Packard de la otra. Lejana, la mar gris y uniforme. Cantares vagos del aire juguetón. Detrás de un montículo se sentaron sobre el grass muelle.

Diálogo mudo de los ojos, las manos, los labios. Angustia dulce de lo que es irreparable. Bati se abandona, prietos los dientes, anchos los ojos absortos ante la novedad que adivinara hacía ya tiempo. Sobre la yerba fresca albea la ropa interior de la moza.

—No, Teddy... ¡Por Dios!

En los tersos muslos, de suaves vellos rubios, los labios succionantes del muchacho dejan huellas rosadas. Ya no hay señorío. Hembra y macho. Teddy, transpirando, sigue sus besos que enloquecen a Beatriz. Un grito ligero, y después el

tropel furioso y triunfante de la lujuria premiosa. Chasqueaban los besos en las bocas, en los ojos, en el cuello perlado de sudor de Bati, que movía la cabecita rizada susurrando quedo:

—Teddy... Mi amor... Vidita... ¡Más!

Después, cocktail de fresas.

Así fué.

CAPITULO X

—Bon jour, papá...

—Hijita...

Beso rápido. Astorga desdoblaba los diarios, mientras desayunaba — costumbre inglesa — plátanos y fresas con leche y azúcar. Beatriz muestra en la boca, en los ojos, en el escote brillante, una alegría bailarina.

—¿Qué te pasa?

—Nada; estoy contenta.

Desayunaron en silencio. De pronto interrumpió la pregunta:

—Papá, ¿qué te parece Crownchield?

Astorga se contuvo.

—Un buen chico, ¿por qué?

—Por nada. Me parece un poco... fresco.

—¿Sí? No me he dado cuenta. ¿Te gusta?

—No tanto, papá, no tanto; no me disgusta, que es distinto.

—¡Ajá!

Silencio. El enorme péndulo del reloj llevaba su brillo de un lado al otro del comedor. El sol entraba a través del calado de los visillos, brillando en las porcelanías, en las flores, en el plaquet, en los cristales, en las frutas. El tin-tin de la cucharilla con que Bati deshacía el azúcar era como un cerrito retozón.

—¡Antonio! — llamó Beatriz sonando a la vez la campanita de plata.

Surgió Antonio.

—Llévese esto y tráigame algo fresco. ¡Hace un calor!...

—¿Vas a La Punta?

—No, al Country. Desde ayer, Teddy me está enseñando el golf. Muy interesante, ¿sabes?

Rió Astorga.

—¡Qué golf te enseñará a ti Teddy!

Ella se sonrojó bajo los polvos.

—No creas... juega bien....

—Ajá...

La criada — traje blanco cerrado hasta el cuello, cofia y aretes inmensos, — alargó un sobre enorme a Bati. Esta, instintivamente, reprimió la curiosidad.

—¿A qué hora regresarás?

—Una y media.

Se besaron.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Sombrero, guantes, bastón. Apareció, radiante y fino, Petronio.

—Ya, señor.

—Bien. Hasta luego, Bati. Oye, ¿sabes?, no vendré a almorzar. Tengo que ir al Club. Unos gringos.

—C'est bien, adiós.

Bati quedó, una flor más en el comedor claro, inmóvil y sin pensar. Sobre el pecho triunfante, el sobre gris. De pronto voló al balcón.

—Papá, mándame el coche a las diez, ¿quieres?

—No, hijita. Lo necesito. Dile a Teddy que venga por ti.

—¡Ay, no! Si nos ven, ¿qué dirán?

Murmuró Carlos: "jorobar de muchacha"... Alzó la voz:

—No puedo. Además, el chauffeur no se va a estar dos horas plantado hasta que termines.

—¡Qué fastidioso! Para ti el chauffeur es todo...

—No tanto, hija, no tanto...

Ya sola, Beatriz rasgó el sobre. Era Teddy fotografiado por Foulsham & Banfield, London. Dedicatoria: A ti, Beatriz, mi amor y mis besos. Eduardo.

Largo rato le quedó mirando, la ancha frente, los ojos profundos de pestañas crespas, la boca golosa. Después, muy delicadamente, raspó con la uñita pulida del meñique el rouge que sus labios dejaron en los labios del retrato. Corrió al

dormitorio, y en el cajón en que guardaba la ropa interior, aromada con L'Heuré Bleu y naftalina, entre encajes y sedas, guardó la imagen de su amante.

* * *

—Hello? Sí, habla Crownchield.

.....

—¡Oh, Bati! ¿Qué hay, mi vida?

.....

—¿Te gustó? Pero muy mejorado por el fotógrafo.

.....

—Ya lo creo, ¡enchanté! ¿A las diez?

.....

—Sí, mi amor, hasta ahora.

CAPITULO XI

Al mar, ni se le oye. Sólo el barullo estridente de miles de voces que se confunden. Gritos disforzados de niñas friolentas. Advertencias asustadas de mamás prudentes. Silbidos de colegiales en vacaciones que se llaman para una nueva diablura o una nueva infantil proeza. Llantos roncós de bebés que se asustan de frío. Pregón estridente de los chocolateiros: ¡Nestlé! ¡Con figuritas, Nestlé! ¡Nestlé! Un rumano, rubio y ñato, pregona seco y monocorde: ¡Shoo-kolate! Sobre las piedras removidas, las bañistas tendidas como cetáceos policromos, ya varados. Papás pensativos, aún en la playa, con anchos jipijapas y anteojos opacos, fuman y conversan. Bajo la pérgola inhóspita, el disfuerzo demodé de las niñas elegantes de Lima. Mozos que hablan de Biarritz y San Sebastián sin haberlos conocido ni en postales. Bajo una sombrilla azul marino, la silueta, también azul, sutil, de Carmen Crownchild. Al lado, trajeado de seda, Suárez la hace el gasto de la charla.

—¿Pero usted cree conocerme?

—Sí; no es perspicacia. Es que usted, señora...

—No me diga señora. Eso me avejenta.

—Pues entonces, Carmen, usted me parece que es tan franca, tan cordial, que inmediatamente deja traslucir...

—¿Qué...?

—La clase de mujer que es. Pero no he de decirle cómo me parece que es, porque la halagaría la vanidad demasiado.

—¿Si? Pues soy... un poco gruñona, muy independiente, algo desordenada, y con tal o cual buen gusto por ciertas cosas, ¿no? Yo no creo ser muy complicada.

—Claro que no. Por eso es que deja traslucir la mane-

ra de su espíritu. Pero también es usted vehemente, alocada, muy muchacha todavía...

—¡Este Carlos!

—Sí, muy muchacha y algo que no me atrevo a decirle.

—Atrévase.

—No, es imprudente.

—No, atrévase. Le doy permiso y desde ahora le absuelvo — insistió sonriente la dama.

—Pues... algo... sensual y muy bella — acentuó el mozo, grave la mirada.

Mrs. Crownfield borró la sonrisa. Las dos miradas se unieron largamente bajo el ala leve del sombrero azul, y un suspiro corto, breve, de ella, la alzó el pecho menudo y palpitante. Luego se hizo una linda sonrisa que le marcó los hoyuelos en el rubor de la cara.

—Quizás... — murmuró Carmen — quizás tenga usted razón, pero no hace bien diciéndomelo.

—Perdón, Carmen.

—Perdonado....

—Ahora, acépteme un cocktail y firmamos las paces. Pero a veces hay tentaciones que uno haría mal en rechazarlas, ¿no cree?

—Sí, sí creo...

Y ya cómplices en una charla ambigua, fueron a beber un bitter batido. Lejana, quedaba la mar atormentada con la bullanguera alegría de las gentes lejanas.

CAPITULO XII

Calle de la Amargura. De los balcones — barroco morisco — escapa el jazz negro: saxofón, timbales, violín — gato que maulla.—A lo largo de la calle, libreas lujosas comparan sus coches y sus señores. El municipal pita, desesperadamente, ordenando el tránsito. La noche — zamba cálida y constelada — baila sin ruido de manera que hace titilar sus joyas altas. Ancho patio: madresevas, jazmines, surtidor morisco, jarrones de barro con palmeras enanas. Joaquín Matos Silva recibe en la pechera del frac la gomina de los concurrentes. Servidumbre del Palais atiende con champagne la sed exquisita del concurso. Dentro, en el hall orlado con duros sillones de baqueta cordobesa y plantas lujosas, las parejas apresuradas confunden sus perfumes, sus locuras, sus gulas, sus lujurias. Todo refinadísimo. Aquí la gente defeca chic. En los amplios salones — retratos de antepasados supuestos, escudos heráldicos, arañas de cristal, muebles dorados, alfombras espesas, platas y porcelanas — se despereza el mah-jong. Chistes que todos saben y que ríen como nuevos. En el buffet, pleitos por el foie-gras. Vuelan los sandwiches.

—Dos diamantes...

—Dos de royal...

—Bien... Bien...

Es el bridge en el que sintetizan su britanismo de exportación los mulatos de este lado de América.

Queta Saldívar, la esposa del diplomático en vacación perenne, narra — gruesa voz, ademanes plebeyos — cuentos verdes que el champagne sazona. Doña Leonor de Matos luce cuarenticinco años descotados, lujuriosos, deslumbrantes, Un corro, de seis señoras, esgrime su látigo de risas que res-

tallan. Luz, perfumes, jazz, mah-jong, plebeyismo, champagne, flirt, bailarines sudorosos: ¡fiesta limeña!

En el billar, Carlos y Ráez paraban una "pinta". Jamosnas bullangueras, solteronas flacas y esmirriadas. Una dama divorciada y lesbiana. Con su ad-látere. Dos hermanas, altas, granujentas, escandalosas, antihigiénicas. Al entrar esparcieron un olor a ropa sucia. Ráez pagaba "pintas sencillas" y cobraba "puertas".

—¡Esa media libra, al azar!

—¿Aquí?

—No, ¡al azar!

Quina y sena. Siguió el juego. Gritos sin compostura. Lío por una parada.

—Perdón, hija: era mía...

—¿Sí? Discúlpeme cholita...

Un tipo, casi joven y casi viejo, solterón y clubman, ganaba siempre con una suerte de cabrón, al decir de Ráez. Beatriz insistía en la suerte. Ganaba. De pronto, expectación; una señorita, sexagenaria y emperifollada, entró derramando frufuses de sedas y tacones fuertes. En el antebrazo regordete y zurdo, lucía, entre esclavas de marfil y oro, tres relojes pulseras. Todos la rodearon piropeándola. Se esponjaba la pavona en regocijos antañones. Maniquí del año 90. Disfrazos infantiles en la carita pintarrajeada. Muestra de rizos y perifollos de peluquería de Malpartida. La Pompadour. Risas y bromas. Chunga y bullanga. Reiniciaron el juego. Otra vez, discusión por una puesta. Carlos paró el juego:

—Paso la mano.

Hicieron las cuentas. En la gaveta de Ráez faltaban cuarentitres soles.

—¡Habré pagado de más!

Carlos le miró fijamente.

—No le hace, viejo, no le hace...

El solterón ganancioso tomó la banca. Carlos y Beatriz se alejaron hacia un patio interior. Guirnaldas, tango, luz tenue, besos voraces en la sombra propicia...

—Aquí hay más paz...

Allí charla Beatriz, contándole al amigo de su amante, la historia — sesentisiete días — de sus amores. Cuenta

también — elegante impudicia de las amistades antiguas — el paso definitivo que, en el golf, diera, y pide una solución al grave problema de una posible maternidad ilegal. Carlos sonríe:

—¡Bah! Un purgante, una sonda, y aquí no pasó nada. En lo sucesivo, preservativos de caucho.

—Sí, pero es grave...

—Haberlo pensado, querida. Además, yo no soy de la profesión. En último caso, casarse.

—¿Casarme?

—¡Claro! Es el único medio legal de acostarse con un hombre.

—Pero papá se opone...

—¿Se opone? ¡Hum! Bueno, y a tí, ¿qué? ¿Es él quién va a tener el hijo si tú sigues en tus relaciones con Teddy?

—Puede que sí...

Doble carcajada enorme.

—No seas cínica.

—¡Mon Dieu! Tu lo sabes por tu abuelo. Papá a la postre no resultó ser sino el marido de mamá... Me enteré por unas cartas que la pobre dejó al morir. Pero yo no puedo romper con él, porque, para mi matrimonio con Teddy, él es el apoyo económico.

—Entonces, rompe con Teddy.

—¡Nunca! ¡Lo adoro!

—Hasta que te canses. Pero, Teddy es rico y no necesitas la autorización de tu padre.

—¿Y el escándalo?

—No seas cínica.

Y bailaron.

* * *

En el Packard de Astorga, llegaba éste con Crownfield.

—¿Qué tendría? Salvo que un prejuicio religioso...

—No, eso no...

—¿Entonces? Yo no te pido sino una amistad cierta, real, sin prejuicios.

—La tienes...

—Sí, pero de lejos. ¿No comprendes que en esto hay una locura de la cual no puedo — ¡y no quiero! — escapar? Yo no te pido la brutalidad de... eso que adivinas. Te pido la... cosa efusiva de dos amigos que se estiman, se quieren, con un poco de más altura y sinceridad que esta gente estúpida que no ve en "esto" sino la brutalidad inmediata, perentoria. Esa misma amistad de los griegos...

—¡No me vengas con literatura!

—No es literatura. Es ¡todo!

Llegaron.

* * *

Don Joaquín Matos reprendió a ambos por la tardanza inexcusable. Ellos sin embargo, formularon una excusa. Entregaron los clacs — fichas 114 y 115 — y prosiguieron. Saludados. Doña Leonor tuvo una especial galantería, repetida hasta ese momento 115 veces, para Teddy.

En esto, las parejas invadieron el salón y ya no hubo juego. Todos, en una furia de júbilo, empezaron a bailar al descompás bullanguero de la orquesta cubana. Carlos entregó su pareja a Teddy. Y en medio del laberinto rutilante, en un abrazo apretado y violento, Teddy se llevó a su hembra, a su hembra suya, que una mañana había tomado, con un relincho de potro en celo, sobre la hierba humilde de un campo lejano. Y la concurrencia — frases y descotes — medio borracha de champagne y lujuria, siguió girando furiosamente, vertiginosamente, bajo la dulce mirada del Corazón de Jesús, a quien estaba consagrado el hogar dignísimo de los señores de Matos Silva.

* * *

Cuando terminó la fiesta — cuatro y veinte de la madrugada. — Queta Saldívar, ataviada con lujoso mantón de Manila, en medio de un círculo asqueado, vomitó champagne, cremas, pavo trufado, cuentos verdes, a consecuencia, decía su marido que la sostenía la frente, de su estado interesante...

CAPITULO XIII

¿De qué sutil manera está hecho el espíritu de ciertos hombres? Tienen — cualidad femenina — ese arte buido del convencimiento, de la persuasión paulatina. Desde el principio, desde que llegara de Europa, Astorga habíale rodeado de finas atenciones, de discretos decires en los que salía triunfante el buen gusto, la originalidad, el talento, las corbatas, el esprit de Teddy. Y acaso porque esos seres ambiguos poseen una seducción que solamente, únicamente, nuestros prejuicios rechazan, él se había dejado llevar por esa seducción, por ese poder de absorción que Astorga poseía.

Culto, fino, discreto, alardeando inteligentemente de mundología, de sagacidad, de distinción, de elegancia, Astorga supo seducir, atraer al mozo jarifo cuya belleza, más de línea que de rostro, era — Lissette y Beatriz podían atestiguarlo — sólo comparable a la de esos pajes del Renacimiento con quienes, en Roma, los Cardenales se consolaban sin prudencia de un forzado celibato.

Teddy fué víctima, careciendo de la ayuda de hermano mayor, de la furiosa lujuria de los adolescentes, allá en París, en el claustro sombrío de un colegio de jesuitas. Por ello expulsaron del colegio a Jules Dupré, de quien, años después, volvió a ser amigo, y de quien guardaba como recuerdo un bastón de malaca... Pero ¿ahora?

— ¡No, estúpido!

Pero estúpido y todo, él no podía substraerse al influjo de este hombre egoísta y diestro. Con una erudición pasmosa le habían hablado desde Sodoma hacia Londres narrándole toda la historia escabrosa del pecado bíblico. Adujo ejemplos: Sócrates, Platón, Wilde, Verlaine, Miguel Angel, Shakespeare, Poe, todos los poetas malditos del sucio vicio.

Y la historia turbia de este vicio, descrita en color y relieve por la fabla insinuante de Astorga, había desfilado ante su imaginación, ya seductoramente, ya vergonzante. Y así, Teddy admitió que no debía ser tan punible pero que había que guardar las apariencias. "Lo malo es el escándalo", decía. Y cuando el otro le evocaba las horas en que cayera en esta sima, allá en los días del colegio. Teddy se confesó que habría sido peor negarse, porque a tal negativa, tal paliza.

Y no es que fuera orgánicamente invertido. No era el suyo el caso del individuo fisiológicamente ambiguo. Era, sencillamente, un amoral. Hijo único, todos sus caprichos fueron siempre satisfechos. Todo lo que apetecía, lo tuvo. Y así, no se dió cuenta nunca de ese frágil límite, que todos hemos transgredido, que separa el Bien del Mal.

Y viviendo en un ambiente de cinismo; enterado, por simples sospechas que después fueron certezas, de los deslices de su madre, y no teniendo valor para condenarlos, lo tuvo para disculparlos y justificarlos. Y cuando pudo justificar y disculpar en ella sus males, ¿cómo no lo tendría para justificar en sí mismo las malas andanzas, después de todo, involuntarias?

Luego, por la separación de sexos a la que, desde el colegio, estuvo obligado, tuvo que satisfacer sus pequeñas urgencias sexuales con sucias pantominas del amor. Onán triunfó. Más tarde, Sodoma.

—¡My God, la culpa no es mía! — terminó Teddy aplastando la colilla del cigarro sobre la mesa del Palais en que esperaba a Suárez Valle para ir a almorzar.

CAPITULO XIV

Club Nacional. Amplia escalinata lujosa. En los corredores, en el gran hall central, grupos de hombres alrededor del cocktail matinal. Ambiente fresco, claro, sencillo, elegante, lujoso. De pronto, risotadas que festejan un último chiste. La Venus de los Médici preside desnuda y clara en el ambiente cordial.

Se cambian saludos, bromas, vaticinios sobre los toros. En torno a una mesa, Astorga, Ráez, Suárez Valle, Narciso Riera, Crownchild, Camacho. Suárez hablaba de los espectáculos y su influencia.

—¡Completamente cierto! Los toros, el box, en general, todo espectáculo en que se luzca habilidad, fuerza, poderío, destreza — vale decir los deportes — despiertan en los hombres una admiración para esa fuerza múscula, sólo compatible con las mujeres. El hombre goza generalmente con lo débil, lo frágil, lo delicado, porque ello despierta en él un deseo, bien varonil por cierto, de proteger, de escudar. Los enfermos admiran, sobre todo, la salud. Y si un hombre goza con la fuerza, casi siempre está confesando su propia debilidad, su afeminamiento ante el tipo del macho sudoroso y bravo...

Un mozo uniformado de blanco se acercó con el "vale" por la cuenta del almuerzo, que Suárez firmó.

—Además, se comprueba fácilmente: los hombres débiles son los más ardientes aficionados a este espectáculo, y esa otra casta de hombres... raros, no pierden tarde de box o match de foot-ball. Para ellos y para las mujeres, el foot-ball viene a resultar algo así como un bataclán bastante... excitante.

Camacho interrumpió:

—Bueno, basta de lata y vamos a toros. ¿Por qué no tomas la Cátedra de Moral en San Marcos?

—Porque lo que estoy diciendo es profundamente inmoral...

Pousse-café de risas.

* * *

Viaje a Acho. Coches peregrinos en la romería ardiente. De los balcones, guirnalda de risas. El viejo barrio de Abajo del Puente muestra galanura y encanto dominicales. ¡Ya pasaron los diestros! Tras las celosías levantadas, asoman a veces rostros ojerosos de jaranas interrumpidas. Fonógrafos estriden pasos-dobles. Pregones lejanos de dulceros criollos. Siguen los autos desbordando colores alegres de galas femeninas. La policía dispone el desorden a su antojo.

Sol y sombra. La Banda de la Guardia Republicana resalta en bronce marchas reales. Chistes estentóreos con sus cortejos de risas hacen temblar el circo viejo. En las galerías, colorines de moda. En los tendidos — sol y sombra—la mancha gris unánime de los hombres.

—¡Soda y kola! ¡Soda y kola!

—¡Gaña sin huesooo!

Silbidos y matracas gritan su impaciencia. Olor a morderra, a esencias fuertes y populares, a cigarros habanos. La banda repite en trompas y tambores las tristezas arrogantes de Andalucía. En los cuartos, mozos en mangas de camisa, con medio cuerpo asomado hacia el ruedo. En los burladeros, los mozos de estoques con los capotes de paseo y el estuche de estoques.

Electricidad en el ambiente. Los nervios quieren saltar, estallar en carcajadas, en aplausos, en denuestos. En el tendido de sol, match de box. Policías, carcajadas. Son las tres y media, pues toda la plaza silba impaciente. En el palco oficial aparecen unos señores. A una seña, clarinada que es aplaudida. Un portalón rechina sus tablones gruesos y aparece la cuadrilla, que al compás de un paso-doble marcha, luminosa y colorina, hacia el palco oficial en que devuelven

el saludo toreril. Muñecos, miserables, muñecos que un toro destripa y un procaz acobarda.

En un cuarto, Astorga y comparsa. Se despojan hasta de los chalecos, los que los llevan. Un zambo pide permiso para ver, desde allí, la corrida.

—¡Largo, largo!

Astorga pasa el brazo por la cintura de Teddy.

—¡No seas bárbaro! — murmura éste.

Distribuídos los sitios a la cuadrilla, vuelve el clarín sonoro y bota el toro desde el corral. Lo reciben con denuestos:

—¡Una rata!

—¡Al corral! ¡Qué concha!

¿Describir la corrida? Está sobre las fuerzas del novelista. Lalanda, cumpliendo la promesa de don Pedro, brindó el toro a Teddy. Este retornó con los cigarros favoritos de Rigoletto. Todos se aburrieron. Y el pobre torero, pelele miserable y caro, tuvo que soportar — ¡oh derecho intangible del respetable público! — las agresivas alusiones a su pobre madre, quizás si muy respetable señora.

Se desbandó la gente.

—No, no puedo: tengo un compromiso — se excusó Suárez.

—Bueno, a mí mé dejás en la Colmena — gorreó Camacho.

—Pero ¿por qué no vamos todos al Country como dice Astorga? — protestó Teddy ante la defección de su amigo. — Tomamos el té, se baila un rato y la tarde pasa. Vamos, Suárez, venga con nosotros.

—De veras, Crownfield, excúseme. Hoy, me es imposible...

—Bien, entonces ¿hasta mañana?

—Sí, yo le llamo por teléfono.

—All right. Hasta luego.

—Hasta luego.

Shake-hands. Astorga con Bobby, Riera y Ráez. Suárez Valle con Camacho.

—Oye, ¿qué compromisos tienes?

—Pero, idiota, ¿calculas que te lo voy a decir?

—De veras, ¿no?

En la Colmena descendió Camacho y Suárez prosiguió solo hasta la casa de Crownchield. Era, el compromiso, una invitación a tomar el té y a que le explicase ciertos enigmas que Carlos había tenido, antes, la discreción de callar.

Y, ¡no había caso! Aquel sonreír, aquel deseo de charlar que hacía que le buscase y que se apartase con él, no era sino una simple coquetería de Carmen (y Suárez suprimió el "doña"). Mayor que él, sí, pero ¡qué guapa! Y aquel celebrar su ingenio, su elegancia, sus maneras, no era sino una insinuación que él no debía desairar. Porque mujeres como ella así de discreta, de fina, de exquisita, de... ¡no, qué iba a perderla! Ya aceptaba ella, en broma, que Carlos la besase la mano, porque, decía Carmen, le era grata la manera de Carlos que en nada se parecía a la de los hombres de ahora. Y un día, con esa sencilla audacia de los hombres que tienen confianza en sí mismos, él la había besado en la palma de la mano con un beso cálido, lento, y la señora Crownchield no había protestado. Hizo una broma y todo pasó. Y ahora, esa invitación al té y a descifrar enigmas podría ser, si procedía con tino, algo más que un té y una charla.

—¡Ya veremos!

Del traje negro escapaba la blancura mórbida de los brazos, del descote. Una sonrisa en los ojos claros y en los labios acogió a Suárez.

—¡Qué puntualidad! — se asombró la dama.

—¿Puntualidad? Nada de eso, Carmen: prisa por llegar.

—Entonces, ¡qué apetito!

—Exactamente: un apetito de convaleciente, un hambre horrorosa de verla, de saborearla en cada palabra porque es Ud. fiesta perenne para mis ojos.

—¿Sí? ¿Y estando enlutada?

—No me importa: yo la visto de colores claros, alegres, porque sólo así, diáfana y alegre la imagino siempre.

—¿Siempre?

—Siempre...

Ella rió discreta y sutil.

—¿Pasamos?

—Sí, vamos.

Diligente y suave, sirvió el té en las tacitas que tanto gustaban a Carlos. Mientras probaban las pastas, la charla se deslizaba discreta y tenue, llena de alusiones finas y transparentes como medias de seda. Ella tenía ese don, ese don maravilloso de la insinuación sin entrega; de saber invitar, confiada y alegre, a la lucha del donaire ágil y peligroso. Y como en Carlos había juventud y en ella experiencia, él se entregó, a la hora en que el cielo se viste de colores, en una frase imprudente acerca de su sentimiento. Mrs. Crownchield supo recobrarle para poder hacer la entrega totalmente y en dúo de besos sellaron el pacto aventurero. Y así, desde que terminó la corrida hasta que terminó el té, ambos devanaron la madeja ideal de sus deseos.

Cuando Carlos tomó el volante de su coche para regresar, tuvo que alisarse el cabello desordenado por las manos de la madre de su amigo.

CAPITULO XV

¡Una aventura! El sortilegio de lo prohibido, la necesidad del secreto, la vanidad halagada, el temor a las sorpresas, la certeza de una hombría definida, todo el inmenso halago a la bizarria del mozo que a una aventura se lanza, todo ese tropel de sugerencias de fugas, de perderse en un país lejano, rumoroso, distante, con soles distintos y mares tranquilamente azules, nada, absolutamente nada de esto sintió Carlos Suárez del Valle cuando regresaba a su casa.

Guardó el coche en el amplio patio de la vieja casona y atravesó la sala—sofás de vaqueta, mesas marqueteadas, consolas de caoba, óleos de personajes de pelucas blancas y damas de miriñaque, crucifijos, cristales y flores—y llegó al comedor. Entre la vajilla brillante de plata ayacuchana, don Nicanor del Valle preparaba una sangría. El vaso sudaba de frío. Carlos besó la mano del abuelo y luego le abrazó efusivo:

—Vienes alegre, muchacho, ¿qué pasa? — inquirió el viejo sonriendo entre la cruz de pelos de sus bigotes y perilla del segundo Imperio.

—¡La vida, abuelo! Y esto no tiene importancia...

—La tiene, Carlos, la tiene. Tan la tiene que...

—¿Hay oportó? Quiero una caspiroletita.

—Allí, en el aparador lo acaba de guardar Néstor.

Carlos hizo sonar el timbre. Néstor apareció y Carlos ordenó la bebida.

—X ¿a santo de qué vas a tomar bebidas reconfortantes?...

—Las emociones, señor abuelo, las emociones...

—Cuenta, don Carlos, cuenta, ¿qué es ello?

—Ello es, abuelo, que... no sé cómo empezar.

—Pues comenzaré yo: una muchacha linda como un sueño, ¡con unos ojos! ¡Y un busto! ¡Y una silueta! ¡Je, je! Conozco la canción, muchacho, ¡vaya si la conozco!

—Sí, la conoce Ud., pero no a la muchacha: primero, no es muchacha: es señora y respetable.

—¿Respetable? Y, seguramente, ya la viste en camisa. ¿Respetable? ¡Bah!

—Mire, abuelo, hablemos en serio. Ella es...

—Dijo, hombre, conmigo no eres indiscreto.

—...la señora de Crownfield. Pero es lo fatal. Me ha gustado y le gusté. Nos lo hemos dicho y...

—...y vas a tener que gastar en chocolates, perfumes, joyas, flores... ¡qué sé yo! Me parece imprudente. Además, yo la juzgo tal como es: exigencias de temperamento, cierta despreocupación cosmopolita y el buen gusto indispensable para dejarse seducir por ti en vez de rendirse a cualquier pelafustán que la trataría como a una querida vulgar, sin tener en consideración su espíritu, su temperamento mismo, sus costumbres, su finura. Haces bien o haces mal, no tiene importancia, pero no te intereses demasiado. Tú, aunque no eres un vehemente, eres algo impulsivo y me daría pena, mucha pena, hijo mío, que te dejases dominar por una pindonga que usa ropa interior de seda. Cuidate.

Interrumpió Néstor sirviendo la bebida. Luego puso en el centro del mantel bordado un jarrón con flores.

—Sirve ya — ordenó don Nicanor y prosiguió: Esa señora es madre de un amigo tuyo, casi de tu edad. Yo me explico — y aquí sonrió el viejo—el jugársela a un marido, pere los hijos no perdonan eso...

—Este, sí. Este se explica...

—¡Basta! Ese hijo es un alcahuete y la señora una pindonga. Y por tales tipos, el señor don Carlos Suárez del Valle no va a malograrle una comida al abuelo que le quiere tanto, tanto.

Sonrieron ambos y comenzaron a probar el antipasto.

Después de la cena, en la salita escritorio del viejo, arrellanados en un sofá, nieto y abuelo, sorbían el café mezclando el humo de su puro, el viejo, con el del cigarrillo egipcio, el mozo. No, no iba a salir. Estaba cansado, con la tarde de toros, los ajetreos de todo el día.

—¿Entonces, chaquete? — propuso el viejo.

Trajeron el chaquete. Ordenaron las fichas y comenzaron el juego. Carlos jugaba con una suerte desastrosa. El viejo doblaba a cada instante hasta que ganó el juego, doble. El mayordomo se acercó:

—Don Carlos, el teléfono.

—Voy. Lleve las tazas.

El viejo quedó solo. Reencendió el puro, y una arruga triste se marcó vertical sobre su frente. Durante los minutos que permaneció solo, olvidó arrojar la ceniza del cigarrillo. Lejana, se oía la voz del nieto que respondía cortésmente:

—Encantado, querido, encantado. Sí, a las diez...

Cuando Carlos regresó a la salita, su abuelo inquirió quién le llamaba:

—Crownfield...

Los dos hombres se miraron larga y fijamente. Prosiguió Carlos:

—Es una invitación que le tenía hecha para salir a caballo. Podrá montar a Frou-Frou. Es suave y mansa. Yo saldré en Bridge.

—¿Por qué no le das a Canalejas?

—¡Lo mataría!

—Para la falta que hace...

Y reanudaron el chaquete. Después, a las doce, ambos se retiraron a dormir. Uno preocupado. Otro, satisfecho. El viejo se santiguó conservador y volteriano. El mozo invocó a Carmen.

CAPITULO XVI

Abrió Toribio. Saludó cortésmente, avisando que el niño Teddy estaba desayunando con la señora.

—Pero, ¿se vistió ya?

—Ya, señor.

El sirviente le condujo al hall. Luego, la voz de doña Carmen que ordenaba que pasase. Clara y matinal, la voz:

—¡Carlos! Dichosos los ojos que te ven...

—Ya me están viendo los suyos, señora — bromeó Carlos.

Y a la manera señorial y vieja, besó, más largo de lo que la cortesía permite, la mano de la dama. Luego estrechó la de Teddy que se la tendía franca y cordial.

—¿Están listos los caballos?

—Ya lo creo. No habrá más que ensillarlos, y eso es cuestión de minutos.

—Bien, voy por los guantes y el sombrero, pero no tengo foete.

—No importa. Son animales que no necesitan castigo. Yo llevo espuelas porque sí, no porque sean indispensables. Se alejó Teddy.

—Y tú, Carmen, ¿no quisieras venir con nosotros?

—¡Ay, no!

Los ojos de Carlos se detuvieron en los ojos de Carmen. Luego, sin saber cómo, sus manos se enredaron y se besaron por encima de los restos del desayuno.

—¡Ven! Estarás divina de amazona.

—Pero, ¿son bravos?

—No, una yegüita mansa que para ti tengo. ¡Ven!

Doña Carmen cedió a la tentación y fué a vestirse. Antes de ir a su dormitorio entró en el de Teddy.

—Say, boy, I shall go with you!

—¿Sí? Espléndido. Vístete pronto.

Y corriendo, atropellándose con un entusiasmo de chiquilla, doña Carmen fué a vestir para una mañana de campo sus cuarenta y dos años que los besos de Carlos habían rejuvenecido.

Diez minutos después bajaba ataviada de gris. Piropos y bromas. En el coche se acomodaron los tres — Carmen al medio — en el asiento delantero. Teddy tuvo una idea:

—Carlos, ¿usted tendría caballo para Bati?

—¡Magnífico! Tengo uno demasiado manso por sus años, pero es el único que podría montar. Los otros...

—No, ése estará bien.

Y fueron. Beatriz fué presentada a la señora Crownchild. Una leve turbación las cogió a ambas, pero un beso le disipó todo. Y los cuatro, Carlos y Carmen, Teddy y Beatriz, después de un viaje silencioso y sin incidencias, llegaron a La Pampa de la Lechuza, en Barranco, donde Suárez guardaba sus caballos bajo la custodia de don Segundo Laines.

Carlos montó en Canalejas. Doña Carmen en Frou-Frou. Teddy en Bridge. Beatriz en Junin. Bajo un sol discreto marcharon por la Raya de Bolivia hacia San José de Surco.

Camino terroso bordeado de sauces. Entre las bardas, salta el maíz dorado y lucen encarnados chirotes chismosos. Las cañas-dulces finas, altas, asoman sus frágiles abanicos de hojas sinoples. Pasan arrieros que saludan — vieja costumbre pueblerina — destocándose humildes. En las veras del camino corren acequias claras. Se encienden los trinos. Hecchos espesos festonan el ritmo pausado de las aguas parleras. Carlos, fuerte la voz y alegre el alma, canta canciones de pueblo. Todos ríen sin qué ni a qué. ¡Es el campo! Campo viejo, campo mozo. Las vides ostentan, de trecho en trecho, racimos mollares. Muchachitos astrosos, amigos de Carlos, piden reales y pesetas. Este, gran señor del campo, reparte monedas. Todos agradecen:

—¡Señor don Carlos! ¡Niño Carlos!

Llegan a Surco. Carlos propone un trote. Canalejas

enarca el cuello y comienza, pícaro y jacarandoso, a encreparse en garbo equino. La figura del mozo se hace más gallarda por las cabriolas del potro. Trotan. De las casuchas miserables salen a ver a los señores, morenas e indias. Saludan todos. El silencio se rompe con los tac-tacs de los cascos forrados. Los grillos eternizan letanias finas, y bajo el sol cristiano, bajo el aire corretón y leve, entre los árboles susurrantes, respondiendo a los "buenos días" de las gentes buenas, hay deseo de ser así, campesino y fluvial.

En el tambo de un chino se apea Carlos.

—Esta es la primera pascana. ¿Pisco o cerveza?

—¡Pisco, pisco!

Y prosiguen. Doblan hacia el este, por el camino de San Juan y Cinco Timones. Los campos de maíz se abren con los ladridos de los canes prudentes. Los arroyos siguen murmurando vagamente. Un recental bala lejano. La vaca le responde. Huele a leche, a tierra mojada, a boñiga. ¡El padre sol sigue luciendo y pica!

—¡Qué paz! Siempre que vengo por aquí, me vuelvo cholo, labriego, bueno. Es lo único que nos queda de campo. Lindo, ¿verdad?

Todos asienten. Teddy y Beatriz se retrasan. Carmen suplica:

—De vez en cuando, ¡invítame a estos paseos, Carlos!

—Cuantas veces quieras, Carmen. Todos los días: estos caballos son tuyos...

Ella agradece, toda clara y sonreída.

En San Juan, otra pascana y otro pisco. Mientras sirven el aguardiente, Carmen pregunta sobre esto y aquello: el viejo trapiche con sus enormes peroles de cobre; los tractores guardados bajo la humilde ramada de totora; el serpiente, la paila de una destilería; la casa inmensa con sus largos corredores guarnecidos de barandas de forja. Allá, la iglesuca amarillenta y ruinoso, con sus santos despintados, sus bancas rechinantes, el púlpito apolillado, el confesionario cubierto de telas de araña. Sobre un zaino criollo y "matado" pasa un caporal, terciado el poncho, tintineantes las pulidas espuelas nazarenas. De un "torcido" pende un látigo como una serpiente sumisa. Cercanas, las lomas de aré-

na con grandes letreros que los soldados, durante las maniobras, hacen con las plantas y piedras escasas de esos lugares: "Viva el Perú. Regimiento N.º 7. Viva don Augusto B." El viento pampero silba entre los árboles, en los hilos del telégrafo. Sirven los piscos.

—¡Salud!

—Good luck!

Por las laderas de esas lomas, hacia Villa. Galopando, se acercan Teddy y Beatriz. Crownfield trae en la mejilla cerca de la boca, la huella de un beso pintado. Por esa arena corretean un rato. Carlos admira a la madre de su amigo: bien sentada, riendas firmes, no abusa de la fusta. Monta bien. Beatriz protesta de las cuatro riendas de su cabalgadura:

—¡Un lío! Todos los caballos no tienen sino dos riendas. ¡Este Carlos es más complicado!

—Yo, no, Beatriz: Junín...

Teddy la enseña cómo ha de coger la brida y el filete.

Siguen correteando por el médano. De trecho en trecho, cabañas humeantes. Los perros ladran al grupo bullanguero. Una cabra seguida del crío salta la tapia hacia el campo protector. Tras un repecho, la hacienda Villa. En el tambo volvió a apearse Carlos. Carmen se espanta:

—¡Más pascanas!

—Por supuesto. El alma pide pisco y los caballos, azúcar. Vamos, bájense, ociosos.

Unos cuantos peones descansaban en los bancos del tambo del chino Jorge. Cuando los señores entran todos se levantan de su asiento, saludando. A Carlos le llaman por su nombre con una llaneza grave y respetuosa. Aparece doña María, vieja negra, borracha y parlanchina. Carlos la ofrece un vaso inmenso de ron de caña. Sin un gesto, la mulata lo bebe íntegro. Se limpia los bellos con el dorso de la mano y agradece bendiciéndole.

Beatriz, Carmen, Teddy la contemplan sonriendo. La vieja les dirige una salutación a la que responden con unas monedas. Doña María, por su cuenta, repite el trago inmenso de ron. Luego habla pestes de los chinos arrendatarios de la hacienda. Y como la fable cruda de la vieja deja

escapar interjecciones, que sólo por refinamiento disforzado se dicen en los salones de Lima, los señores, sin contemplar el viejo rancho campesino, escapan hacia la Laguna de Villa.

Pampa sin horizontes. Un ganado lueño, como manchas en el verde unánime, rumia lento y pertinaz. Los guardacaballos, jugueteando sobre los lomos, entre las patas de las bestias, se mueren de risa trinada. Al este, los contrafuertes de la cordillera. Entre el viento, una canción melancólica. La quietud del campo les toma a los cuatro que se quedan mudos, laxos, tendidos sobre la hierba de las orillas de la laguna, que una brisa ligera riza. De plata, las sardinias saltan entre los lotos y las-zacuaras.

Mrs. Crownchild quiso conocer la playa, y como Teddy se opusiero a ello, se marchó sola, acompañada por Carlos. La arena se pierde al sur, igual y rumorosa. Una bandada clara de gaviotas se alzó en un vuelo de alharaca. Las olas, verdes crespos sonoros, revuelven la arena plateada. Ni un ruido. Sólo el mar en su canción innumerable.

Sobre la playa tendieron al sol sus cansancios y acentuaron sus alegrías con besos lentos. Al otro extremo, tierra adentro, Teddy y Beatriz, en la soledad de la pampa, tornaron al juego sin importancia del amor. A las doce volvían. Alegres por la aventura matinal, galoparon de regreso al Tambo de Villa. Los piscos, indispensables después de estos paseos, habían alegrado los ojos. Carlos, sobre Canalejas, expuso un peligroso curso de equitación. Todos se admiraron. La entrada en Barranco, redoblando los cascos sobre las piedras sonoras, fué entre una algarada de chiquillos.

Después de entregar los caballos regresaron a Lima. Mrs. Crownchild rogó que, después de cambiarse inmediatamente, regresarán a su casa para almorzar juntos. A la una y media, Claudio servía en cristal de Bohemia, gin-cocktail. Y alrededor de la mesa, mientras untaba una tostada con foie-grass, Carlos desenvolvió una larga teoría sobre el campo, el amor, el pisco, los caballos y el sol. Y los cuatro, cómplices en el delito de quererse francamente, miráronse sonrientes sobre el tabor que encerraba rosas rojas.



CAPITULO XVII

¿Cómo fué? ¿Cómo pudo, rápido y astuto, rendir al mozo? ¿Cómo fué que él, Roberto Crownchild Soto-Menor, ocurriera al sucio cubil donde le aguardaba el sucio demonio sodomita? ¿Cómo fué que, amante de Beatriz, se rindiese al inexplicable influjo del casi padre de su hembra?

Lo cierto es que fué. Astorga le espera con un lunch copioso: sandwiches y licores fuertes. Bebieron primero. Luego, con el pretexto del calor se despojaron del saco. Tornaron a beber. Astorga aprovecha del otro su débil resistencia al alcohol. Una vez encandilado, todo fué sobre rieles.

¿Vergüenza? No. Sólo cierta inquietud, cierto vago desasosiego. ¿Si lo llegaba a saber Beatriz? ¡No, nunca! Las mujeres no se dan cuenta de ciertas cosas. Astorga dividió su gula entre Petronio y Teddy. Y tan tranquilo. Nada de aspavientos. Era, para ambos, natural y sencillo.

Y así prosiguió el amancebamiento. Cambiáronse retratos y recuerdos, una pulsera, un reloj de mesa, libros, bastones, un prendedor. ¿Vergüenza? Y luego una labor de zapa de celos y cierto rubor inexplicable — para alejar a Teddy de su hija. Estaban juntos a todas horas. Suárez Valle iba a casa de Crownchild sin encontrarle nunca. ¡Tanto mejor! El otro absorbía absolutamente la vida del mozo que, una vez caído, no trepidó en seguir el curso de la voluntad astuta y ambigua del otro. Así pasa hasta en los tangos.

Hablaban libremente. Se contaban sus impresiones, sus sensaciones, sus anhelos. Algunas veces, muy pocas, Astorga habló de un retiro donde vivir al margen de la ciudad chismorrera y pacata. ¡Un idilio!

Quand on prend du galon on n'en saurait trop prendre. Y seguían bebiendo. Un pecado, sea cual fuere, si no lo he-

mos cometido, nos asombra hasta lo infinito. Una vez realizado, la desilusión de saber que no era tanto. Y así, ante el testimonio indiferente de Petronio, ambos siguieron el diálogo socrático. Nunca, pero nunca, ni el menor desaire y ni la más pequeña censura. Nombre y fortuna les ponían al margen de reprobaciones.

Una tarde, Astorga puso fin a esto. En el cubil de la Avenida Grau, puso un espejo ante el diván. ¡Y se vió! Vió allá, en el fondo de la luna impasible, el acoplamiento de dos hombres. No, no eran él y Astorga. Eran otros a quienes él no conocía y acaso por esto le pareció más asqueroso y peor. Para no ver hundió la cara, roja de ira, entre los brazos sin vellos. El otro jadeaba en una angustia de delicias. ¡Un asco! El bigotillo de Astorga le picaba en la mejilla. Luego le mordió.

Al salir, Teddy no quiso ir en el auto con el otro. Tomó un coche cualquiera, y velozmente, sintiendo vergüenza de que la gente le viese, corrió desatinadamente hasta su casa. Se encerró. Duque dormitaba a los pies de su lecho.

—Get out!

Meneando la cola, el perro se marchó cabizbajo. ¿Era posible? ¡Y tanto! Allí, en esa mesa, guardaba el retrato de Astorga con una dedicatoria: "A ti, Teddy, en cuyo espíritu he evocado el mito dulce de Narciso. Carlos". ¡Sí, allí estaba! Y ese retrato, esa dedicatoria, habían sido dirigidos a él, ¡a él! ¿Que no tenía importancia? Desde luego, pero era inmundado, inmundado. Recordó todo: las primeras frases ambiguas sobre la amistad; los piropos a su buen gusto, a su figura sobre el caballo, a sus corbatas, a su agilidad en el tennis, a su elegancia en el baile. Todo, todo para esto. ¡Ira y asco!

Y se acusó en furia pueril y tonta:

—Si un tipo nace invertido, ¿qué va a hacer? ¿Pero yo? ¡Yo, no! Yo he nacido normal, bien constituido. Entonces, ¿por qué caí? No fué sino la labia del otro que me rindió, que me ensució en esta abyección. ¡Demonio, demonio! Pero eso sí, nunca más. God dam! ¡Nunca, nunca!

¿Pero acaso no sabía que no reincidir no significaba nada? El hecho cometido no se lo podía perdonar el no repe-

tirlo. Repetirlo no hubiese sido enfangarse más. ¡No! Ni Wilde, ni Verlaine, ni Miguel Angel, ninguno disculparía ni con sonetos ni con novelas el acoplamiento de dos hombres. Y eso, ¡demonio!, ya estaba realizado. Y no fué una vez: treinta y ocho días, ¡treinta y ocho días mancebo de un hombre!

¿Cómo iba a presentarse a Beatriz? ¿Con qué desfachatez inédita la tomaría de nuevo, a ella, a la hembra que así se le había entregado, naturalmente, según la apacible ley de Dios? ¿Qué significaban su sexo, su inteligencia, su señorío, si un cualquiera, con dos frases, le había rendido en el diván perfumado de una garconniere cualquiera? ¡Aseo tremendo: treinta y ocho días!

¿A cuál amigo le tendería la mano sin sospechar una censura? No; censura, no. Su fortuna, su posición, le ponían a salvo de cualquier reprobación, ¿pero la lengua de Lima? El sabía que esos pecados en sus años de colegial eran disculpables; no por ignorancia, sino por sus pocos años que le ponían en condición inferior a otros mayores. El sabía que si había soportado esa vergüenza, allá en París, fué para no soportar una paliza. De esos malos pasos no tenía él culpa alguna, pero ¿ahora? Ahora, con veinticinco años, mozo corrido, frecuentador de entretenidas y cabarets, ¿qué disculpa podría alegar? Inútil la vergüenza ¡y todo inútil!

Y si había roto esa relación con Astorga, no fué porque el vicio mismo le asqueara, no. Fué el espejo; ese espejo colocado allí donde se reprodujo, estampa dantesca, el informe montón de los dos hombres. De no haber Astorga puesto ese espejo, seguramente, todavía arrastrarían ambos su pecado, encandilados de alcohol y de lujuria equívoca.

Y se encerró. No quiso ver a nadie. Duque fué echado de la habitación. Solo, solo y la vergüenza del recuerdo. A Beatriz, ni un telefonema, ni una letra, ni un aviso. Quince días pasó tendido en la chaise-longue, comiendo en su cuarto, sin querer ver ni a su madre. Abajo, en el hall, en el comedor, en la sala, ella y Suárez Valle cambiaban en besos una pasión legítima. El solo tenía la vergüenza de aquello y rencor de sí mismo.

Pero, ¿por qué? ¿Acaso, después de todo, él no era él

mismo, con el mismo cerebro, el mismo corazón, los mismos trajes, el mismo estómago, los mismos sentimientos, el mismo coche, los mismos anhelos? Sí, sí, era él mismo. Pero todos los prejuicios pesaron entonces sobre su conciencia eficazmente.

Una noche, ya más tranquilo, el mozo bajó al comedor. Cenaron en silencio. A veces Carlos Suárez — convertido en cotidiano comensal de esas cenas — aventuraba un comienzo de conversación al que respondía Carmen con monosílabos. Teddy escondía la cara tras las flores de la mesa. Al terminar la cena, Carlos procuró:

—Teddy, he recibido esta tarjeta de Lucho Molina: "Querido Carlos: te necesito. Ven hoy mismo. Me pasa algo horrible. Te espero en el Can-Can a las once. Ven, ¡por Dios! Molina".

—No, ¡qué voy a salir!

—Venga, hombre. Es una buena hora para iniciar una excursión tranquila. Abajo tengo mi coche. ¿Vamos?

—No, Carlos, gracias.

—Anda, hijo, eso te distraerá. Es inexplicable esa tontería...

Y fué. Carlos le acosó, entre imprudente y generoso, sobre ese tedio. El otro no supo responder sino con evasivas. Suárez insistió:

—Amigo mío, no sea usted niño. Yo sé disculpar todo. Hay seguramente algo que ha hecho usted y que le avergüenza. Lo que pasó, pasó. No hay nada menos viril que el remordimiento...

Teddy, en flujo tumultuoso de palabras, lo contó todo, llorando casi, de vergüenza y de ira. Carlos escuchaba asombrado. Crownfield marcaba, con un placer masoquista, los detalles monstruosos del monstruoso pecado. Contó todo: el espejo, el bigote pinchándole la mejilla, los besos, los retratos, su vergüenza, su vergüenza inmensa. Naturalmente, sin aspavientos, Suárez le absolvió, cínico y generoso.

—¡Bah! ¡Qué tontería! Eso no tiene importancia. Nunca sabemos qué grado de persuasión pueden alcanzar ciertos hombres. Ni sabemos tampoco hasta dónde nos podemos dejar impresionar. ¡No hay que desesperarse! Todos — yo no,

que soy muy feo — han tenido, cual más, cual menos, alguno de esos tipos que le accediera. Además, usted quiere a Beatriz. Cásese. Nada le impide realizar ese matrimonio. Carmen tendría un placer en ello y todo se solucionaría con un viaje a Europa para no volver más. A Astorga le retienen aquí su oficina y su petróleo. Nunca más volverían a verse. ¡No sea tonto, amigo mío!

—¿Casarme? ¿Qué solucionaría el matrimonio? ¿Y con qué cara?

—¡Con esa que Dios le ha dado! Y el matrimonio solucionaría... No, el matrimonio no solucionaría nada, pero sería un acicate eficaz para que usted aprendiese a vivir al margen de una serie de pequeñeces. Hágalo y no se arrepentirá.

Llegaron a la calle del Banco del Herrador. El policía dió la señal de parada. Un ómnibus cruzó vacío. Torcieron hacia San Pedro. Una garúa finita encendía el asfalto sonoro. Lentas, graves, once campanadas del reloj teafino. Lejanos, cláxones solitarios. Algún perro vagabundo en un zaguán obscuro. Capotes azules de vueltas rojas. Sombra reluciente de faroles eléctricos. Un chino empujando su carretilla: ¡Emoliente, emoliente! Llegaron a la calle de Zavala.

Alrededor del Mercado, sobre las aceras barrosas, sacas estallando de verduras. Pipas de manteca. Cajones. Entre los bultos de comestibles, canalla mugrienta durmiendo a la intemperie. Un vaho espeso, caliente, fétido, escapando de las fondas niponas, de los costales, de los durmientes miserables. Un pianito ambulante hostezaba sus últimas notas. ¡Emoliente, emoliente! Café Can-Can. Borrachos politiqueros. ¡Viva Piérola! Pianola gangosa. Frescos absurdos — Montecarlo, Montecantini, Niza — sobre los muros al óleo verdecino. Tabernero italiano con el toscano encendido. ¡Viva Piérola!

En una mesa, destocada la bella cabeza griega, Luchó Molina, el poeta traposo, aguardaba con otros muchachos, Chalinas, melenas, corbatas, chambergos alones. Nietzsche y d'Annunzio.

Molina se desbordó incontenible:

—¡El chino quiere fiar más! ¡Hacen falta dos castellanas! ¡Un yen de la Madona!

—Antes tomaremos algo — invitó Suárez.

Luego presentó a Teddy. Se acercó un mozo:

—Pisco general — ordenó Molina.

Sirvieron los piscos. Teddy preguntó qué era eso del "yen".

—La urgencia del opio, amigo. ¡Terrible! Ya estamos con fiebre y náuseas... — ilustró, cínico, Mendizábal, uno de los bohemios.

De prisa bebieron los piscos.

—¿Vamos?

—Vamos.

Subieron al coche de Suárez. Interrumpió Molina:

—Provoca ser burgués.

Llegaron a la Huaquilla. Por prudencia alejaron el carro a una callejuela lateral. En un callejón astroso y pestilente entraron todos. Teddy estaba intranquilo. Carlos le tranquilizó.

—Seguridad absoluta. Nunca viene la policía. Venga, no más, hombre.

Ante una de las portezuelas se detuvieron. Molina llainó tres veces espaciando los golpes. Abrieron. Yin-ken. Leyenda turbia de un fumadero de opio. Dos tarimas y dos chinos. Uno de ellos, Charles Cornwell. Otro, Coquita. No había más luz que las de las lamparillas donde el opio se quema. Se despojaron de los sacos y se tendieron. En una tarima, Suárez con Crownchild y Molina. En la otra, Mendizábal con Castro Ruiz y Silva. El chino, dueño del fumadero — Mr. Charles — conocía a Carlos. Este le presentó a su amigo. Al escuchar el nombre británico, el macaco saludó en inglés.

—I'm very glad to meet you.

—How do you do?

En las puntas finísimas de los dedos del chino, la aguja de acero, con una gota de opio en la punta, empezó a girar sobre la lumbre de la lámpara. El opio hervía haciéndose una burbuja como de chocolate. Luego, ya fría esta burbuja, volvió a mojarla en opio. Siguió haciéndola girar en la aguja. Luego, con un arte sutil y fino, sobre el yin-tao, receptáculo

de la pipa, la dió una forma de perinola. En un huequecillo de ese yin-tao la puso. Molina absorbió de un solo sorbo. El chino sonreía. Luego fueron otras pipas, hasta diez.

—¿Quiere descansar?

—Sí... Un rato...

Una vaga palidez le tomaba la frente, las mejillas. Los labios resaltaban como pintados. Los ojos le brillaban, empequeñecida la niña; blanca, luminosa la esclerótica. Las manos vagaron un rato tras un cigarrillo Capstan.

—¿Es para escribir que usted fuma?—inquirió Teddy

—¡No, hombre! Esto anula, envenena, atrofia, estupidiza. Pero ya está uno en el burro y... ¡aguantar los azotes! ¿Quiere Ud. creer que me pesa como una culpa este vicio inútil? Agradable, sí, pero ¡a costa de cuánto! Allí tiene Ud. a Mendizábal: ¡un genio! Pasa hambre... Y luego, sin poder escribir; todo el día, laxo; tendido como un lagarto... ¡Esto es un crimen! ¡Chino canalla!

—Y, ¿por qué no se aparta?

—¡Ya no hay voluntad!

—Entonces, ¿todo inútil?

—Inútil... Completamente inútil...

Y volvió a fumar. Cuando llegó a la vigésima pipa — la castellana completa — las manos se le derrumbaron sobre el pecho. Era un magnífico Cristo de un vicio suicida. El perfil vigoroso y puro resaltaba en la sombra con un color de marfil.

—¿Está soñando? — se asustó Teddy.

—¡Qué soñando! ¡Estoy gozando! — replicó el otro entre hipos.— Con esto no se sueña. Esas son majaderías de Claude Farrère y Baudelaire. No hay sueño alguno. Fume Ud...

Le tendieron la pipa. Teddy la rechazó prudente. La aceptó Carlos. La aspiró de un golpe y se fumó, así, cinco.

—De vez en cuando, esto hace bien. Hace olvidar...

Se desanudó la corbata y encendió un pitillo. Entrecerró los ojos murmurando:

—Fume usted, Teddy, es agradable. Fume usted.

Con un miedo entumido, casi con asco, Teddy aspiró. Se le quemó el opio. Le corrigió el chino:

—Así, no. Todo un solo golpe. ¡Uiss! Ya'stá. Fuma no má, sinó, fuma...

Con un esfuerzo violento, sintiendo unas náuseas horribles, Teddy absorbió la pipa. Luego pidió otra y otras dos. Pasaron las náuseas. Quedó laxo. Una como plenitud de haber comido bien le embargó totalmente. No sentía las extremidades. Se asombró de haber podido coger un cigarrillo. Lo prendió y quedó semidormido. No hubo sueño. Sólo la beatitud inmensa de sentir lejos de sí, y para siempre, a Astorga, a Beatriz, a su madre, a Duque, a sus millones, a Carlos, a sus joyas, ¡toda su vida! Una abulia divina, un estado de conciencia superior y sutil. Desde el abismo de espíritu opio-tizado, vió todo, pero lejos, sin ninguna conexión con él. No le importaba, en ese instante, nada ni nadie. Pidió más. Después, la noche absoluta.

Al frente, en la tarima en que Mendizábal y los otros habían fumado, sólo un estertor ronco, baboso, inconsciente. De cuando en cuando, unas palabras vagas.

Despertaron a las cinco. Teddy sintió náuseas. Suárez le hizo servir té con limón. Y vomitó. Un vómito fácil, agradable, desahogante.

—Mañana, en el desayuno, no tome nada más que este té con limón.

Al despedirse, Suárez dejó en la mano de Molina unas medias libras. Amanuencía.

CAPITULO XVIII

Aquella mañana, desvelado por el mismo opio enervante que no permite sino una modorra sin descanso, Teddy despertó a las dos. Mrs. Crownchield entró al dormitorio:

—¡Teddy, las dos!

—¿Sí? Tengo sueño...

—Levántate, niño, ¿cómo vas a dormir hasta tan tarde?

—Ahora verás...

—¿Quieres que te traigan el almuerzo?

—No, amor... Déjame dormir...

A las seis vino a buscarle Carlos. Carmen le preguntó azorada:

—¿Está más tranquilo?

—Sí, Teddy no ha tenido sino una crisis nerviosa. Probablemente de algún lío con Beatriz. No tiene importancia...

Y se besaron. Juntos, en el sofá, mientras Carmen le acariciaba la cabeza, besándose con los ojos, los labios, el aliento y la voz, ambos se dijeron las mentiras rituales del cariño. Hasta que apareció Teddy. Fresco, perfumado, ojeroso, sonriente, pálido.

—Hello, dear!

—¿Qué tal, Teddy?

—Espléndidamente. Es Ud. un médico maravilloso, Carlos. ¿Qué se hace Ud. hoy?

—Nada, venía a verle, nada más.

—Hoy van a venir los Traslaviña, Zoila Urrutia... —
apuntó Carmen.

—¡Entonces huímos!

—Como usted quiera, Teddy.

En el auto de Suárez, Teddy le preguntó a su amigo las señas de Molina. Quería repetir lo de la noche pasada.

—¿Por qué?

—¡Psh! Una sola vez no basta. No me he dado cuenta de cómo es eso. No tiene importancia, ¿verdad?

—¿Importancia? No, ninguna. Pero cuidado...

—¡Oh, no! En Europa la cocaína anda boba, y Ud. ya ve: yo no me he envenenado, querido Carlos.

—Esto es distinto, ¡cuidado!

—¿Qué ocurrencia!

Prosiguieron. Dieron unas vueltas por el Centro. Luego, al Palais. Las vienasas desleían el Bal Tabarín. Carlos tarareó: Frou-Frou del Tabarín... Lejos, una dama morena, mope, torpe y magnífica. Su marido, tan torpe como ella. Saludos. Cinco muchachas se contaban aspaventeras cuentos sin interés. Chela Blanco tan distraída como su hermana la Bebé. Ambas con el peso de los blasones, la fortuna y la bellaquería familiar. Queta Barrios, morena, bullanguera, entusiasta, descuidada. Hortensia Bacello, rubia y magnífica. Teresa Reina, morena, grave, elegante, con dos abismos en los ojos. Más lejos, Gaby Castro y Dick Iriarte. En la cantina, Rigoletto estridente.

—Mire, Teddy, esos son de los que hablábamos en casa de Tejada.

—¡Ajá!

Se acercó un mozo:

—¡Buenas tardes, señores!

—¡Hola, Barba! Tráenos el té.

En el centro del salón, alrededor de una mesa, cinco solterones y dos casados que querían participar en las ventajas de la compañía solteril. Asaeteaban a las damas, solteras o casadas. Grupo distinguido de clubmen ricachones y ociosos. Monóculos, quevedos, guantes impecables, bastones caros. En los rostros, el mismo tedio y el mismo hartazgo de las gentes acéfalas. Bajo una araña de cristal, tres pollos tintineaban, con gestos femeninos, risas aparatosas y delgadas.

—Barba, ¿cuánto es?

En la puerta del Palais, saludos a los mozos, estaciones en busca de programa vespertino. ¡Nada que hacer! A pie,

hasta la Rotisserie du Lyon. A espaldas del cholo Castilla, Gran Mariscal del Perú, gentes deglutiendo sandwiches que mojaban con cerveza. A falta de orquesta, ortofónica escandalosa. Empleados, militares, frailes, bohemios, gentes de teatros, periodistas. En una mesa, deslavazado y tumultuoso, Molina y los otros. Suárez se despidió. Los bohemios enmudecieron ante el nuevo acompañante desconocido. Crownfield procuró reiniciar la conversación. Inútil. Poco a poco, los otros volvieron a su charla, un rato muerta. Libros y autores. Siempre diatriba iconoclasta. Mendizábal, incisivo y preciso, criticaba sin piedad. Molina hacía coro a las ironías del otro: Pasaban las horas.

—¿Quieren venir a comer conmigo? — invitó, tímido, Teddy.

—¡Hombre, bueno:

—¿A dónde vamos?

—Al Raymondi — propuso Teddy.

—No, vamos al Capón. Estaremos más cerca — enmendó Molina.

Tomaron un auto. Hasta el Capón. Todavía, movimiento en la calle china. De las encomenderías, voces guturales del chino musical. Rostros impasibles perdiéndose en las portezuelas entornadas de los fumaderos legales. Músicas estridentes y graciosas que evocan el Pei-ho, un junco, unos lirios rojos, una doncella pálida trajeada de seda con las cejas pintadas con tinta de Nan-kin, un chinito coletudo y astuto que le canta, en la mandolina de tres cuerdas, penas y amores chinos. Olor a opio, a mani tostado. Rápidos y encogidos, vendedores de pah-kah-pin, la lotería china. Los locales de las Sociedades de Auxilios Mutuos chinas, encendidos y bullangueros, disimulando en los interiores la mesa de pinta y poker chino. Borrachos y rameras. La "posada" a donde van las meretrices sin clientela en busca de fletes chinos. Entraron al Ton-Phó.

A vista de los consumidores, la cocina. Mesas redondas con chinos absorbiendo arroz y té. Confusión de voces, todas gritando al mismo tiempo. En las paredes, guardados por marcos negros, paisajes pintados en seda. Mendizábal dirigió el menú:

—Sopa de pato, arroz chaú-fá, chanchó asado, té verde.

Teddy pidió un beef. No había. Tuvo que contentarse con la comida china y el cubierto chino: dos palitos de ébano y una cucharita de porcelana. Comieron y bebieron del té. Venerable té que allá, en la China, las mujeres recolectán, con la unción de un rito, en las vegas del Chiang-Sou.

Luego a fumar. Hasta las dos de la mañana, los otros roncaron sobre las tarimas del fumadero sórdido. Teddy volyió a sentir el consuelo de verse solo. solo. solo.

* * *

Las pupilas se le reducían, cada día más. Puntos negros en la sombra de las pestañas. La barba rasurada se le notaba, parda, en el marfil de las mejillas sin sangre. Fumaba. Fué al opio con la ignorancia del neófito. El olvido de la droga le sorprendió. A ese olvido se aferró desesperadamente. Olvido de todo. Para siempre, sólo él en la noche opiótica. Sombra y paz. Perennes.

Los días pasaban iguales, tediosos, grises. En las mismas cantinas los mismos borrachos. En los mismos cines las mismas gentes. En todas las esquinas los mismos ociosos. Río manso, las horas limeñas.

Cambió las horas. Fumaba de tarde, de seis a nueve. Luego la modorra consciente. Después el sueño pesado, negro, sin imágenes. Así, casi un mes. Una noche, Suárez le avisó:

—Tengo encargo de Beatriz de llevarle esta noche a la roulette del Country. Quiere hablar con Ud.

—¡Qué fastidio!

—¡Cuidado! Se está enviciando...

—¿Y qué? Acaso, sería lo mejor...

—¡No sea Ud. absurdo! Venga Ud. a hablar con Beatriz. Después, aunque haga Ud. de su capa un sayo. Pero venga.

—Bien, vamos allá. Voy a cambiarme.

Por el camino, Carlos reprendió al mozo. Una niñada. Malogrando su vida. Mejor, casarse. ¿El vicio? Desviriliza. Teddy asentía. Suárez se enardecía por grados:

—Ud. ¿es hombre o no? ¿Cree Ud. que un error le va a aliviar de otro? ¡Chiquillo, más que chiquillo!

En el amplio salón del Club, la sociedad de Lima, des-cotada y joyante, ponía semiplenos, docenas, colores. En un grupo. Queta Saldívar, la Shelby, Riera, Tere Carpio, Leonor, Ráez. Beatriz estaba toda rosada y grave, apuntando al siete con una pertinacia ejemplar.

—Mire, allá está Bati. Acérquese. ¡Vaya, hombre!

Con cierta timidez se acercó Teddy. La Astorga le recibió indiferente:

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Jugamos juntos?

—Bueno.

Juntaron sus fichas. Carlos, sonriente, ingenioso, recibía las fichas de los plenos que acertaba ante el respeto del croupier y la envidia de los demas.

—¡Preintidós, negro! ¡Un pleno!

Teddy y Beatriz salieron.

A una seña de Teddy se acercó un mozo:

—¿Qué tomas?

—Menta frapée.

—A mi un high-ball.

Trajeron las bebidas. Un largo silencio se hizo. Provocativa, interpeló Beatriz:

—¿Para qué me has sacado de la ruleta? ¿Para invitarme?

—No. Para pedirte que me perdonaras.

—Yo, sí. Siempre he de estar perdonando tus malacrianzas. Un día se te ocurre verme y vienes. Otro día no estás de humor, y ni una tarjeta disculpándote. Ahora, más de veinte días sin verte, ¿qué te crees? ¡Ni el príncipe de Gales! Ya estoy harta de todas estas cosas y no me da la gana, ¿entiendes?, no me da la gana de soportarte más.

—Bati, creí que fueras una vez más, ¡la última!, buena conmigo. Venía a pedirte perdón y nada más. Me duele que no me perdones, pero te prometo que nunca más volverás a verme.

Se separaron. Siguieron el juego, cada cual por su lado, ganando y perdiendo. A las tres de la madrugada anunció el croupier:

—¡Las tres últimas vueltas!

Teddy perdió dos de ellas. Carlos las acertó las tres. Beatriz, también. En el vestíbulo se despidieron, sin darse la mano:

—Buenas noches.

—¡Adiós!



CAPÍTULO XIX

A la mañana siguiente Teddy encontró, en la bandeja del desayuno, esta carta breve. Rasgó el sobre. Duque le miraba.

—Tu no entiendes nada de esto, viejo.

Y leyó: “Teddy: Ayer estuve injusta contigo. Perdóname tú también. He querido escribirte para que tengas así un documento de mi arrepentimiento. ¿No es cierto que es una tontería que *peliemos*? Ven a tomar el té conmigo. Para ti, mis besos y mi cariño, *Bati*.”

—¿*Peliemos*? God dam! Esta me quiere pero no sabe Gramática. Después de todo se puede querer con faltas de Ortografía.

Fué más puntual que nunca. Todavía no había llegado nadie.

—¿Quienes van a venir?

—Nadie... Tere Carpio, Leonor, Rosa con su hermano, Carlos, Rerré Narváez con su hermana Piedad, ¡ni me acuerdo! Ya irán llegando. ¿Vamos al hall?

Fueron al hall. Bajo unas palmeras se sentaron. No hubo ni una palabra. Ni excusas ni reproches. Todo, un silencio precursor de esta proposición tremenda:

—Bati, ¿quieres que nos casemos?

—¿Cómo?!

—Sí, esta situación no la podemos prolongar más. Tu papá no se va a oponer. Por mi y por ti, casémosnos. Yo hablaré con tu papá y si no quiere... ¡tú ya estás grandecita! Toma mi anillo...

Y le entregó el anillo heráldico que en veinte generaciones lo habían usado los primogénitos. Beatriz no volvía de su asombro. Opuso algunas objeciones.

—Nena, ¿me quieres?

—Sí, Eduardo, tú sabes que yo te quiero.

—Entonces, ¿por qué no podríamos casarnos? Mamá tendrá un gusto grande cuando le diga que tú quieres casarte conmigo.

—¿Tú le has dicho que ibas a hablarle?

—No. Nadie lo sabe. Sólo Carlos.

—¿Carlos?

—Sí. Creo que es mi único amigo. Al menos, así lo considero yo. El me ha aplaudido la idea. Carlos es muy gente y muy leal.

—¡Pobre Carlos! Yo también lo quiero.

—Pero, ¿aceptas?

Beatriz no le respondió. Solamente, con una dulzura que Teddy no la conocía, le besó en los labios. Fué un beso dulce, suave, breve, tierno, sin la agresividad de esa lujuria que Teddy tan bien conocía. Y, cosa absurda, cuando se miraron después de ese beso, ambos tenían un rubor extraño, inédito. Bati contempló el anillo que le bailaba en el dedo medio. Después lo besó largamente. Y con la inefable vulgaridad de todos los enamorados, inquirió este absurdo:

—¿Siempre, Teddy?

—¡Siempre, Beatriz!

Comenzaron a llegar los invitados.

* * *

Mrs. Crownfield se asombró hasta lo infinito. Jamás supuso que un flirt, el número trescientos mil, de Teddy tuviera tal fin. Ella hubiese querido para su hijo una mujer menos brillante y más hogareña. Pero ¡ya que así lo quería él!

—Pero, ¿estás seguro que la quieres?

—Sure, mother. Con toda mi alma.

—¿Yo, naturalmente, seré la madrina y Astorga el padrino?

—Tú, sí. Pero quiero que el padrino sea el abuelo de Carlos. El y Tejada los testigos. Beatriz señalará los suyos.

—No pueden Uds. hacerle ese desaire a Astorga.

—No será desaire. Astorga no querrá ser el padrino.

—¿Por qué?

—No sé. Sólo sé que no querrá ser el padrino. Además, me quiero casar en privado y después, ¡a París, a Londres! No sé a dónde pero lejos de aquí.

—Como quieras, hijo.

Y se besaron con toda la efusión que la noticia requeria.

* * *

Aquella mañana, a las once, un criado fué a despertar a Carlos Suárez que dormía serenamente.

—Señor, el señor Crownchield.

—¡Qué vaina! Dígale que pase.

Carlos bostezó estirando los brazos. Luego miró, sobre la mesita con libros, el reloj de esmalte.

—¡Once y diez! Muy tarde para desayuno. ¡Néstor, un gin con gin!

Apareció Teddy. El otro le recibió risueño y soñoliento.

—¿Qué pasa, mon cher? ¿Incendio, asesinato, revolución, matrimonio?

—¡Matrimonio, Carlos!

—¡No me diga! ¿Cuándo?

—Lo más pronto posible. Beatriz aceptó de plano.

—Era lo más cuerdo. Acaso no sea lo mejor...

—¿Me va a desanimar Ud. ahora?

—¡No, hombre! Hago Ud. bien. Beatriz, a pesar de todo, es una buena chica: inteligente, sensata, independiente. ¡Buena chica, buena! Ya quisiera yo algo igual.

Saltó de la cama. Se hechó encima la bata e invitó a Teddy.

—¿Otro, igual?

—Bueno, eso cae bien siempre.

Trajeron otro vaso. Ambos los levantaron sonriendo:

—¡Por la boda y la novia, Teddy!

—'Thanks, dear...

Luego prendieron cigarrillos. Prosiguió Carlos:

—Pero, ¡qué sorpresa más agradable! Supongo que Astorga no será el padrino...

Teddy enrojeció. Luego ceremonió bromeando:

—He venido a suplicarle a su abuelo que nos conceda el honor de apadrinarnos.

—¡Hombre! Encantado el viejo, seguramente.

—Además quiero que Ud. sea mi testigo junto con Ladrón de Tejada. Ud. es mi mejor amigo y Tejada es un hombre de respeto.

—De relativo respeto...

—¡No raje, hombre, no raje!

Un rato más charlaron. Teddy habló de su proyecto de marcharse a Europa inmediatamente después de que se casaran. Todo lo más, se estarían unos quince días en Ancón, Además mamá no iba a hacer un viaje con una pareja de novios, ¿no es cierto? Carlos aprobó entusiasmado.

—Bien, ahora voy a ver a Astorga. Todavía no he hablado con él. Supongo que aceptará...

—O aunque no acepte. Pero es mejor evitar la lengua de Lima que es tremenda, querido, tremenda. Yo hablaré durante el almuerzo con mi abuelo. Ahora salida a dar una vuelta en auto, a tomar aire.

—¿Cuento, entonces, con Uds.?

—¡Ya lo creo hombre, no faltaba más!

—Entonces, hasta luego.

—¡Au revoir y buena suerte!

Y los amigos se abrazaron.

CAPITULO XX

—Román, al Edificio Wiese.

Cruzaron las calles. Los toldos blancos, las muestras de telas, de lencería, tenían un nuevo brillo con un sol nuevo. Teddy aspiraba el aire con una alegría sana pensando en su nueva. ¡Su nueva vida! Libre, lejos de torpezas, de sordideces, dejando pasar los días y los años entre el amor noble de una esposa y la alegría de unas cabecitas rubias: ¡sus hijos! ¡Tener hijos! ¿Cómo se les querrá?

No se dió cuenta, frívolo y ligero, que empezaba a anhelar esa vida a la que él llamaba, desde el spleen de su elegancia, sucia burguesía.

—¡Rápido, Román, rápido!

—¿Y los municipales, señor?

—¡Al diablo los municipales!

Llegaron a la plaza de Armas. Un pelotón de soldados, centinelas de Palacio, le detuvo un rato. Las gentes apresuradas cruzaban por las aceras con una urgencia de negocios. Prosiguió por la calle de los Bodegones. Gentes, autos, tranvías. Claros lucían los escaparates. Torbellino y baráunda del vértigo de la lucha por la vida. Llegó al Edificio Wiese. En el ascensor pidió:

—Tercer piso.

Junto con él ascendieron otras gentes, gringos y criollos. Preguntó al ascensorista:

—¿La oficina de la London Peruvian Oil?

—316.

—Gracias.

Llegó al 316. Underwoods. Facturas. Letras. Rumor de escribientes. Discusiones de créditos. Se acercó un empleado, joven y perfumado:

—¿El señor?

—Deseo ver al señor Astorga.

—Su tarjeta, tenga la bondad. Tome Ud. asiento.

Teddy contempló un rato lo que era una oficina. Todo el barullo, toda la rapidez mecánica y ordenada de ese sport tan lleno de emociones que es un negocio. Mujeres y hombres ante los inmensos libros: Cuentas Corrientes. Diario. Facturas. Mayor. Créditos. Regresó el empleado:

—Pase Ud.

—¿Por dónde es?

Le guiaron. En la puerta del despacho de Astorga se cruzó con unos yanquis que salían riendo. En el fondo, tras un inmenso escritorio cubierto de papeles, Astorga dictaba una carta a una secretaria. En francés pidió Teddy que alejara a la muchacha. Astorga pidió un momento hasta terminar.

—Déjenos solos, señorita.

La señorita salió saludando a Teddy.

—¡Qué milagro, querido! Siéntate.

Astorga hablaba como si nada hubiese pasado entre ambos. Cansino tranquilo de un egoísmo bien meditado. Descabalgó de la nariz los lentes y habló un rato. Si se divirtió en el té de Bati. Qué le parecía la opereta. Qué había resuelto acerca de los caballos que iba a comprar. La próxima venida de la comedia. Teddy respondía con monosílabos.

—Ha venido a avisarte una cosa y a pedirte otra.

—Una, concedida, si puedo. Veamos el aviso.

—Primero, comenzaré por el principio. Tú sabes que ya tengo fortuna...

—¡Vaya si la tienes!

—Bien. Tengo fortuna. Soy mayor de edad. Puedo disponer a mi antojo de la herencia de mi padre. Esa herencia es perfectamente saneada y está en Bancos de Londres. Nosotros sólo gastamos la renta. El resto está en acciones y en propiedades. En fin, tú estás bien enterado de esto, ¿verdad?

—Sí. Conozco tu fortuna y puedes creer que te la envido.

Ambos sonrieron.

—¡Pues bien: Vengo a pedirte que no seas mi padrino de boda. Me caso. Esta es la petición y este el aviso.

Los ojos de Astorga se desorbitaron.

—¿Te casas?

—Espérate: entre nosotros hubo...

Nueva sonrisa.

—... algo de que no me quiero recordar. Pues bien — prosiguió Teddy — tú debes unos instantes de... locura mía, y quiero que me los pagues. Es una ley, bien justa, de compensaciones. Me daría una vergüenza infinita — ¿qué quieres? — que fueras mi padrino. Ponte en mi caso: la novia es tu hija.

—¿Mi hija?! ¡Estás loco! ¿Mi hija? ¡Eso es absurdo! ¿Cómo te vas a casar con mi hija? ¡Estás loco!

—De la manera más sencilla: Voy a la Curia. Saco la licencia y me voy a un cura. Ella y yo somos mayores de edad, y ¡se acabó!

—¡Tú! ¿Casado con mi hija? No seas niño...

—Carlos, me caso con tu hija. Tú sabes que yo puedo casarme con ella.

—¿Que puedes? ¿Después de... "eso"? ¿Crees que yo lo voy a permitir?

—Estás obligado. Para ti, "eso" no es malo. Luego puedo, para bien mío, casarme, formar un hogar, y dejarme de porquerías. No es una súplica: es una advertencia. La súplica es que no seas mi padrino. Estás en el deber de ayudarme, así como no tuviste escrúpulo para... eso...

—¡Pero tú no eras un chiquillo! Tú sabías perfectamente lo que te convenía o no. Tú pudiste elegir entre... eso o no ser mi amigo.

Brincó de ira el otro:

—¡También pude elegir, ¡carajo!, entre mi vergüenza y pegarte un tiro! Preferí por una locura absurda, por una estúpida condescendencia, esa vergüenza. Y he venido, no a suplicar sino a avisar. Estás avisado. Hasta luego.

Cedió Astorga.

—No te vayas. ¡Espérate! ¿Tu madre sabe todo?

—No, ella, no. Hubiera sido hacerla un daño inútil. Quién lo sabe es Suárez Valle. Se lo dije porque tenía necesidad de quién me ayudase y de quién me perdonara.

—¿Y quién será el padrino?

—Don Nicanor del Valle. Es un lejano pariente mío por parte de mamá. El puede ser mi padrino. ¿Aceptas? Y otra cosa: tú sabes, mejor que yo, que no tienes derecho, sino hasta cierto límite, sobre Beatriz. ¿Aceptas?

Astorga se reservó una última satisfacción y casi una victoria:

—Pues... ¡bueno! No hay más remedio. Después de todo es justo que yo te pague con esto lo que tú me diste...

Y sonrió aviesamente. Teddy sintió calor en las mejillas.

—Hasta luego. Bati almuerza con nosotros.

—Hasta luego.

* * *

A las doce y media estuvo de vuelta el viejo del Valle. En el ojal del abrigo azul lucían unas violetas que sacara del ramo que traía junto con los guantes. Entró distraídamente, sin destocarse el sombrero gris, calado el monóculo, leyendo una revista que le hacía sonrisa en los bigotes.

—¿Qué tal, papá?

—Muy bien. Mira qué lindas violetas. De la chola que se apuesta en la puerta de Broggi. Tomé el cocktail con Felipe Díaz Ortega. Cada día está más viejo.

—Oiga, abuelo: Teddy Crownfield ha venido a pedirle un favor.

—¿Favor? ¿Y qué tengo yo que ver con ese caballere?

—Tenga usted paciencia: Eduardo se casa. Quiere que usted sea su padrino de boda.

—¿Y con quién se casa?

—Con Beatriz Astorga.

—¿Y su padre?

—Tiene que ausentarse. Es un favor al que no se va usted a negar, ¿verdad, papá?

—Pero, ¿qué tengo yo que hacer en todas esas cosas? ¡Tú me metes en unos aprietos!

—No son aprietos, abuelo; todo se reduce a llevar del brazo a una novia muy bella y a regresar con una suegra suntuosa... Además...

—Bien, bien. Tanto lío y tanta ceremonia para acostar-

se juntos. Y yo, ¡amarrando corbata! ¡Y a mis años! Dile que accedo. ¡Ah! ¿Y qué vamos a regalar?

—¡Psh! Ya se verá.

Carlos se dirigió al teléfono. Cinco minutos después le daba la buena noticia a su amigo. Este le instó a que fuera inmediatamente a su casa. Carlos, entre malhumorado y complaciente, se dirigió allá.

CAPÍTULO XXI

Sábado. Tarde de polo. El ground suave, muelle, terso, como un paño de billar. Al este y al oeste, los palos de los goals. Hacia el mar, la mancha gris del edificio del Club. Banderolas, campanas, pirámides de latón con números en sus cuatro triángulos. La caballada, envuelta en "mantas" blancas con iniciales en los extremos, mordisquea los tallos de las retamas floridas. Los muchachos, al cuidado de las bestias, tiran al aire unos centavos en una "chapa" pícara.

Don Segundo Laines — polainas de cuero, traje kaki, rostro cholo curtido — da lentas pitadas al pucho de un habano. Seis palomillas tienen de las bridas a los caballos de Suárez, que lucen, bordadas en los extremos de las "capas" rojas y azules — colores de la casa — corona y cifra hidalgas. Las bancas de altos respaldos, todavía desocupadas. Encima de ellas, el toldo blanco y amarillo se comba con una brisa ligera y fresquita.

Poco a poco van llegando espectadores. Ingleses, rojos y tiesos. Yanquis deslavazados y reilones. Tufo de Capstan. Alientos de whiskey. Después, siluetas claras y ágiles de mujeres. Saludos, sonrisas. Dos jugadores con camisetas de jersey rojo. Ambos portando palos y foetes. Uno, inglés acriollado. Otro, criollo inglesado.

Pronósticos. Comentarios sobre los caballos. Otros autos llegan. Descargan damas y caballeros. El campo va cobrando, poco a poco, animación de risas y de bromas. El sol, más alegre que nunca, brilla en las toilettes amarillas, azules, rojas, verdes, blancas, de las mujeres coquetas y ondulantes. Llegó Suárez. Antes de nada, fué a sus caballos. Saludó don Segundo:

—Canalejas, suave. Tramposo, un poco loco. La Coqueta, alegre como siempre.

—Bien, ¿y Pistache?

—Aí'stá. Suave, patrón, suave como el arrullo de las palomas... — picardeó el cholo.

—¡Ajá! ¿Trajeron las bolas?

—Sí, señor. Envueltas no ma'stán.

—¡Hola! ¿Trajo siempre a Bridge? ¿No renguea?

—¡Ni hostia!

—Bueno, el primer chucker lo hago con Canalejas. Después, Coqueta. Pistache, Primor y otra vez Canalejas. Ese es un potro muy bronco.

—Bien, patrón.

Suárez Valle fué a saludar a un grupo. Allí se quedó charlando en broma y chunga. Llegó un "rojo". Poco después, el mayor Torrico, árbitro en el partido. Se jugaba una copa — una grande para el team y cuatro pequeñas para los jugadores — que Mrs. Rowllinson ofrecía. Se agruparon los equipos. En uno, el verde, Rowllinson — banquero yanqui — el teniente Solano López, Suárez Valle y Estuardito del Carpio. En el rojo, Allan Carter, Alfredo Silva Osorio, Guillermo Schulz y el flaco Arriaza.

En esto llegaron Mrs. Crownchild Astorga y Teddy. Más atrás, charlando tumultuosamente, recibiendo felicitaciones, Beatriz con la Ráez, Mary Shelby, las dos Narváez, Leonor Calvo Silva. Todas, siluetas de luz, fuertes y claras.

Sonó un silbato. Arrojáron la bola. Los caballos se despertaron en un salto imposible. Duque ladraba.

—Shut up!

Corrían los potros. Silva Osorio corrió con la prendida en el martillo de madera, ágil y arreatado.

—¡Allá va Alfredo! ¡Goal seguro! — se entusiasmó Leonor, prima de Alfredo.

Tras él, Suárez en una exhalación alazana. Los foetazos restallaban como cohetes. Con un golpe seco, preciso, Suárez alejó la bola.

—You, Rowllinson! Take it! — ordenó acalorado Suárez.

Rowllinson tomó la bola e hizo una corrida peligrosa. Se entusiasmaron los yanquis.

—Fine, boy, fine!

Luego hizo un pase a del Carpio que perdió la bola a las patas del potro de Carter. Schulz, con una disciplina prusiana, tomó la bola e hizo el pase preciso. Un aplauso se desbandó un instante. Suárez esforzó su potro. El campo era una pandereta. Los caballos se alzaban, se distendían, se arrancaban en un esfuerzo angustioso.

—Goal! Goal!

El mayor Torrico — aceituna en panca de chocho — se acercó en un garope.

—Goal de los verdes.

—¿Quién fue?

—Rowllinson.

Se reanudó el juego. Caballos y jinetes jadeaban en el apremio del triunfo. El teniente Solano era una tapia contra la que se estrellaban los esfuerzos rojos. De pronto, solo, con una pujanza furiosa, arrastrando caballos, uno se arrancó hacia el goal rojo.

—¡Bien, Suárez, bien!

Don Segundo Laines sonreía irano:

—¡A ese potro lo cuidó yo!

Segundo goal para los verdes. Trino el silbato. Fin del primer chucker. Rowllinson y Suárez se llevaron unas felicitaciones. La esposa del banquero le besó entusiasta. Comentarío azorado:

—Estos gringos son más frescos...

Triunfaron los verdes. Felicitaciones a los perdedores. Felicitaciones a los ganadores. Mrs. Rowllinson entregó las copas. Para Suárez, arrebatado por el esfuerzo, fuerte y armonioso, la rubia dama tuvo un cumplido:

—Oh, Mr. Suárez, you are a very good player!

—Oh, Mrs. Rowllinson!

—Kiss him! — ordenó en broma el marido.

La esposa obedeció — según la epístola de San Pablo — y besó al mozo en plena mejilla con un beso sonoro de rouge. Todos, riendo, aplaudieron. Se acercó Teddy, Leonor,

Carmen, el grupo todo. Felicitaciones otra vez. Carlos les invitó a tomar el té en el Club.

—Voy a cambiarme primero, ¿quieren? Espérenme allá, ¡dos segundos!

Antes le llamaron en el grupo de los jugadores. Rowllinson esgrimía la copa grande, llena de whiskey:

—Drink, drink boy!

—My God, it is too much!

—Oh, go on!

Bebieron. Unas bromas más y Carlos fué a bañarse y vestirse. Cuando ascendió al hall, pulcro y perfumado, un aplauso le recibió bromista. Todos los ojos sorprendidos hacia el mozo que agradecía sonriente y sonrojado.

—¡Diablo, qué escándalo! ¡No es para tanto!

Se comentaron las incidencias del match. Bailaron un rato. Tomaron el té y finish.

* * *

“Carlos Astorga Rey tiene el agrado de participar a Ud. el próximo matrimonio de su hija Beatriz con el señor Eduardo Crownchild de Soto-Menor. Lima, mayo, 19...”

“Carmen de Soto-Menor de Crownchild tiene el honor de participar a Ud. el próximo matrimonio de su hijo Eduardo con la señorita Beatriz de Astorga. Lima, mayo, 19...”

Esta esquila circuló, al decir del cronista social de “El Comercio” entre nuestros mejores círculos sociales...

* * *

—¡Ay, no, hija! ¿En qué tiempo me iba a venir? Teddy es muy precipitado y no ha habido tiempo para encargarse nada. Apenas si lo ha habido para mandar hacer unas cuantas cosas.

—¡Pero qué lindura! — se extasiaba el grupo de amigos que, después de tomar el té, fué a ver el trousseau de Bati,

Sedas, encajes, holandas, batistas, bordados. Un revuelo de risas, de bromas, irisaba el boudoir de la Astorga que

sonreía feliz. En la mesita de noche, en un marco de plata, el retrato de Crownfield. La Shelby se acercó a mirarlo. Luego, gotsa:

—¡Regio pato!

Todo el laberinto de mujeres solas. Comentarios pican-tes que Beatriz rechazaba procurando sonrojarse. Inútil. En el comedor quedaron Leonor Calvo Silva y Rosita Ráez:

—¿Tú crees?

—Claro. Viene a verme con menos frecuencia, pero viene. De lo que sí estoy segura es de que allí hay algo.

—¿Tú crees?

—¡Yo no chupo el dedo!

—¿Entonces?

—Yo no voy a perder a Carlos porque la Crownfield coquetee con él; sería estúpido.

—Tú tienes unas agallás...

—¡No seas cándida! Me aburriría un casto...

Ambas rieron con inocente regocijo. Fueron al boudoir. Bati hablaba del proyectado viaje a Europa después de la luna de miel en Ancón.

—¿Ahora que no hay nadie?

—¡Ay, hija! No vamos a exhibirnos.

Las ocho de la noche. La criada anunció a Teddy. Todas salieron a recibirle. Mary Shelby propuso irónica:

—¡Que se besen!

—¡Sí, que se besen! ¡Pronto, a ver!

—¿Qué es eso? — se negaba Beatriz.

—¡Nada, nada! ¡Que se besen! — bromeó el grupo al-haraquero.

Teddy accedió. Los labios se rozaron apenas. Todas aplaudieron. La novia procuraba responder al aluvión de bromas. De pronto, avisó una:

—¡Las ocho y cuarto!

—¡Uy, vamos, vamos!

En tropel se despidieron. Bajaron la escalinata hasta el hall. Luego, en la Avenida, bromearon todavía un rato:

—¡Cuidado, Beatriz: bótalo pronto!

Teddy y Bati desaparecieron del balcón. Se besaron y bajaron de prisa. Iban a comer a casa de la futura suegra. La futura suegra hacía la espera más breve en compañía de Car-

CAPITULO XXII

En el escritorio de su padre, Beatriz, todavía deshábillee, revolvía cartas, facturas, papeles viejos, buscando su partida de bautismo.

—¡Caramba, habrá que sacarla de nuevo!

De pronto sus manos tropezaron con una aspereza de papel grueso. Era un sobre grande y gris. En la cubierta: "Señor Carlos Astorga Rey. Ciudad".

—¡A lo mejor está aquí!

Y lo abrió. Era un retrato de su padre. Idéntico al que ella tenía en su cuarto.

—¡Guá! Qué casualidad... ¿A quien lo tendrá reservado?

Luego miró la dedicatoria. Una inmensa palidez la tomó el rostro: "A ti, Teddy, en cuyo espíritu he evocado el mito dulce de Narciso. Carlos. "¿Qué era esto? ¿Y eso de Narciso? Miró la fecha atrasadísima. Y el sobre dirigido a su padre. ¡Teddy se lo devolvía! ¡Sí, la vieja habladuría acerca de su padre! ¡Y con su novio!

—¡Cochinos!

No, una querida no le hubiese importado. Qué hubiese sido borracho, ¡cualquier cosa! Pero, ¿esto? ¡No, no; esto, nunca! ¡El padre y el novio! ¡Qué horror!

Todo el barniz de garçonne moderna, despreocupada, independiente, saltó al instante. Surgió la limeña pacata, católica, prejuiciosa. No, no era tampoco el pecado mortal lo que la importaba. Era su espíritu que se rebelaba contra la inmunidad del pecado ambiguo. En otro, lo hubiese, quizás, disculpado. En su novio... Y, ¿casarse con él? ¡Nunca! ¡Primero, muerta!

—¡Maricones!

Tomó pluma y papel y, sin una lágrima, nada más que con la vergüenza de tal padre y de tal novio, escribió esto:

"Me enteré, por el retrato que le devolviste a papá, de lo que entre el y tú ha pasado. Guarda tu anillo. Beatriz".
Luego llamó:

—¡Sara!

—Señorita...

—Lleve esta carta y este paquetito al señor Crownfield, a mi novio. No espere contestación. ¡Rápido!

Quedó sola. Un rato muda, mirando el retrato, sin pensar, sin ver, sin sentir. Sólo la vergüenza mortal, angustiada de haberse dado a un hombre así. Ascendió a su dormitorio. Hizo dos maletas. Joyas de su madre, talonario de cheques, la llavecita del casillero de la bóveda del Banco donde guardaba títulos de acciones, de propiedades, etc., heredados de su madre, todo le cupo en la bolsa de mano. Otra carta: "Me voy. Me es intolerable seguir viviendo contigo. Me enteré de lo que hubo entre Crownfield y tú. Soy mayor de edad. No intentes hacer que me sigan. Por el primer barco me largo adonde tío Nemesio. Tenía la certeza de que fuiste un consentido. Ahora sé que ni hombre eres. Beatriz".

Y dando un portazo salió de aquella casa, llevando en un maletín la fortuna, herencia de su madre, y en el alma la vergüenza de Astorga. Llamó un auto:

—¡Al Hotel Bolívar! ¡Rápido!

- * -

Teddy desenvolvió primero el paquetito. El anillo heráldico rodó por el parquet. Se asombró:

—¿Qué es esto?

Luego leyó las tres líneas de Beatriz. Las mejillas se le encendieron de vergüenza:

—¡Qué horror!

No supo qué hacer. Se quedó idiotizado en el centro de su dormitorio. Como un tropel de cinema, todas las escenas de su limeña: la rendición de Beatriz, su propia caída, la roulette del Country, los caballos, el tenis, su madre y Carlos, la ca-

rita reilona del cady del golf. Los ojos le dolían en un llanto sin lágrimas. Nada, nada sino la vergüenza.

—¡Y los “partes” de matrimonio ya repartidos! ¿Qué dirán en Lima?

Entró Duque. Perro y hombre se miraron un largo rato. Teddy creyó ver una ironía en el gesto con que el perro se pasó la lengua por los bigotes.

—¡No, tengo que verla! ¡Una mentira, cualquier cosa!

Llamó a Toribio:

—¡Pronto, mi auto!

—No está Román, señor...

—¡Qué diablos me importa a mí eso! ¡Pronto, demonio, pronto!

Se caló guantes y sombrero. En el hall le interrumpió su madre.

—Nada, nada... Ya vuelvo.

Tomó el volante. Como un disparo, cruzó la Avenida, hacia la casa de Beatriz. Un ómnibus, atiborrado de ciudadanos, casi le toma de flanco. Barbotó el chauffeur:

—¡Salvaje!

No respondió Teddy. Sólo una furiosa mirada de odio. Odio a ese hombre, odio a sí mismo, odio al sol, a las flores, a su auto, a todo lo inconsciente y a todo lo pensante. Cruzó un coche burbujeante de risas.

—¡Adiós, Teddy! ¡Teddy!

No respondió. Iba frenético, acelerando a fondo. En la puerta de la casa de Astorga frenó haciendo rechinar al carro. Timbrazo. Salió Sara, azorada la carota pávida.

—¿La señorita Beatriz?

—Ha salido... Con maletas... Está furiosa... Se ha llevado sus cosas... ¡Ay, Dios mío!

—Pero, ¿a dónde ha ido?

—Sabe Dios, señor... Yo no sé...

—Y, ¿su padre?

—No ha vuelto, ¡ay, Dios mío!

Teddy, de pronto, no supo a dónde ir. ¿Quién iba a resolver este embrollo? ¡God dam! ¿Iría donde Astorga? ¿Y qué podría resolver Astorga? ¡Ah, sí, sí! ¡Suárez! ¡El, sí! Y voló. Atravesó las calles con toda la prisa desesperada para evitar-

ese esa vergüenza. No hizo caso de señales de tránsito. Las gentes, detenidas en las aceras por su claxon, miraban extrañadas el carro desatinado.

Llegó a San Idefonso. Sin llamar entró hasta el comedor. Carlos leía, despreocupado, con una copita de Jerez al lado. Teddy se fijó extrañamente en una revista abierta sobre la mesa.

—¡Carlos, Beatriz lo sabe todo!

—¿Cómo?

—Lea esto... — y le entregó la carta de su novia: "Me enteré, por el retrato que le devolviste a papá, de lo que entre el y tú ha pasado. Guarda tu anillo, Beatriz".

Se quedó mirando a Teddy. El otro ni respiraba. Después sonrió:

—¿Y qué va Ud. a hacer?

—¡A eso he venido: a que Ud. me lo diga:

Carlos quedó pensativo con un ¡hum! colgándole del bigotillo. Luego preguntó, casi serio, casi irónico:

—¿Ud. conoce Buenos Aires?

—No...

—Entonces... ¡márchese a Buenos Aires! ¡A Buenos Aires o a la Birmania! Pero márchese.

—¡No, Carlos! ¿No habrá una solución?

—Si Ud. me la indica. No, Crownchield, no hay solución posible. Hay algo que subleva ante... ciertas cosas. Una de esas cosas es la que ha habido entre Astorga y Ud. Yo he podido disculpar porque no le doy mayor importancia a los vicios de los hombres. Beatriz es distinta. Para ella, esto es nauseabundo. No intente recobrarla. Sería inútil, completamente inútil.

Teddy se derrumbó en un sillón. Luego, femenina y torpemente, un hipo de llanto le alzó el pecho. Carlos le miraba con dos arrugas despectivas a los lados de la nariz de vieja raza. Pueril e hipando amenazó Teddy:

—¡Mañana me largo! ¡Esta tierra es infecta! ¡No vuelvo más! ¡No quiero saber más! ¡Voy a vivir! ¡Como me dé la gana!

—Es lo mejor, querido. Márchese y olvide esto.

—Carlos, a Ud. le dejaré mi perro. Ud. ha sido aquí mi único amigo.

—Tantas gracias...

* * *

La desesperación de Beatriz quería escapar de los veinte metros cuadrados del cuarto del Bolívar. Unos golpes ligeros llamaron en la puerta:

—¡Adelante!

Era Suárez Valle.

—¿Qué tal, Bati?

—Bien. Quiero que me hagas un favor. No, unos favores. Tenemos que ir por mi partida de bautismo. Aquí tengo la partida de matrimonio de mamá y el documento de emancipación cuando murió la pobre. Después a la Prefectura por un pasaporte. De allí al Banco. ¡Me largo! ¡Lo sabrás ya todo?

—Todo.

—Y, ¿qué te parece?

—Una desgracia.

—¡Una cochinado!

—No te exaltes.

—Tienes razón. ¡Vamos!

Fueron a la lejana parroquia de los Huérfanos. Carlos quedó hablando con el clérigo sobre los datos del nacimiento de la señorita Astorga. El clérigo — cigarrillo amarillo, dedos entintados, carraspera y bufanda negra — extendió la partida. Beatriz entró al templo. Unas viejas oraban ante un altar — Churriguera, ceras, flores, coronas consteladas — bisbeando entre las encías solitarias. Más lejos, cerca del altar mayor, una silueta doblaba la cabeza con peine y mantilla. Tintineaban las medallas de su rosario. Una media luz suave, plácida, entraba por los altos vitreaux de la farola. En el centro de la iglesia una lámpara ardía serenamente. Un rumor se levantó cercano: Padre nuestro que estás en los cielos... Beatriz, brillantes los ojos de ira, salió de la iglesia clavándose las uñas en las palmas de las manos.

En la Prefectura, el empleado galante extendió rápidamente el pasaporte, certificados de conducta, etc.

—¿Con que a New York? Buen viaje, señorita...

—Mil gracias...

En el Banco pusieron algunos reparos. Carlos habló, pidió, hizo los imposibles. Todos los inconvenientes se salvaron. Beatriz firmó unos vagos documentos que ni leyó siquiera.

—¡Cholo, cuántas molestias!...

—No seas tonta, Bati, lo que quieras.

—Bueno, invítame a almorzar al Country. Por la tarde iremos a comprar el pasaje. Mañana parte del Callao uno de los "Santas" y con escala en la Habana. ¿Qué te parece?

—Muy bien. Vamos a almorzar.

Por el camino hablaron. Beatriz no se explicaba, no que hubiesen hombres de esa laya, sino que Crownchild hubiera sido capaz.

—Y lo que es peor, la fecha que tiene el retrato es posterior a la fecha en que se iniciaron nuestros amores, ¿dime tú!

Carlos ni intentó disculpas. Calló, no más, ante tanta inmundicia inexcusable. Toda su generosidad se habría anulado ante la repulsión de Bati que no quería, que no podía perdonar.

—A los cinco minutos que tú me llamaste, llegó Crownchild. Estaba como loco. Me pidió que le diera una solución...

—¡A buena hora! ¡Valiente idiota!

Llegaron. Beatriz descendió del auto y fué a sentarse al vestíbulo mientras Suárez iba a hablar por teléfono. Quedó sola. Frente a ella el link de golf. El link aquel donde había caído ante el empuje triunfante del mozo. Fué recordando: las primeras audacias, los primeros besos, todo el juego violento de aquel flirt absurdo, sentimental, efímero.

Las pequeñas delicadezas de Teddy: dulces, flores, complacencias, sonrisas. Jamás una frase dura, un gesto airado. Y luego, ese pequeño amor que ella puso, tímidamente al principio, una locura después. Y todo, ¿para qué? Ella aprendió a quererle, se entregó totalmente para que después... Una lagrimita teñida de rimmel. Inmediatamente se dió pol-

vo en las mejillas dañadas y la naricilla congestionada. De pronto, ante sus ojos inmensamente absortos, ¡é! ¡Teddy!

—¡Beatriz, perdóname!

—¡Anda, vete! ¡Llamo a un sirviente!

—¡Oyeme, nena, Beatriz!

Ella le disparó un ¡no! de amoniaco que ardió en los ojos de Crownchild y le hizo llorar. Y se fué para siempre y para siempre solo, con su vergüenza y su derrota. Cuando fué a tomar el timón del Napier casi no pudo arrancar. El Dolor le apretaba la corbata.

* * *

Pasaron unos días. De Talara, Suárez recibió un sin hilos: "Recuerdos. Estoy bien. Dos chilenitos simpatiquísimos. Saluda al abuelo, Beatriz".

Aquel mismo día Carmen y Teddy se embarcaban a Valparaíso. De allí, por el transandino, a Buenos Aires. Fueron a despedirles Ráez, Rigoletto, Suárez Valle, Ladrón de Tejada, Riera, Camacho. De damas, Leonor Calvo, la Shelby Tere Carpio, Rosa Ráez, la señora Tejada. Astorga ni asistió.

Llegaron al Callao. Los fleteros pedían el necessaire de viaje que Teddy llevaba. El equipaje estaba ya a bordo. En una lancha llegaron hasta el "Ebro". Sobre la cubierta, el pasaje se aburría en la espera sosa ante el puerto. Señalaron los camarotes. Luego, al fumoir. Teddy hizo servir unos tragos.

—La copa del olvido... — bromeó Ráez por lo bajo.

—¡Visitantes a tierra! ¡Visitantes a tierra!

Un instante se perdieron Carmen y Suárez. Después, los adioses, las promesas de cartas que no se escribirán nunca. Todavía, en la borda de babor, los pañuelos se agitaban desoladamente. En el auto de Suárez, Camacho, Riera y Rigoletto. Hasta Lima. Don Pedro descendió frente al Palais. Curvado, amenazadora la traza, batiendo el aire con los brazos se perdió entre el barullo gris de los transeúntes. En torno, la ciudad agitándose perezosamente, con el mismo te-

dio, los mismos chismes, el mismo bostezo multánime. Se encendían los escaparates y el cielo.

* * *

Una tarde, en casa de Suárez Valle, éste leía una carta a don Pedro que se atoraba con un bizcochuelo mojado en Jerez: "Carísimo: He cumplido sus órdenes. Todos sus cuadros, sus muebles, están ya embarcados para Londres. Por el Banco Alemán le envió el giro por la venta de sus autos. Incluyo también el documento notarial de la venta.

"Aquí, todo rueda lo mismo. Hoy hizo buen tiempo y salí a caballo. Me acompañó Duque. El perro está cada día con más apetito. Le doy carne cocida y sopa de leche. Mi abuelo, que me encarga que les salude, le ha tomado cariño. Sabogal les está retrataudo juntos. Ruego a Ud. bese en mi nombre las manos de su madre. Ya le encargaré algunas cosas: libros, corbatas. Muy cordialmente, Carlos Suárez del Valle".

—Está bien — sentenció Rigoletto.

El reloj cantaba los segundos. Por la alta farola entraba un destello violeta del cielo cursi. El comedor iba tomando la penumbra de la hora tramontana. Rigoletto repitió del bizcochuelo. Entró Duque. Fué a apoyar el hocico en las rodillas de Carlos. El mayordomo retiró el servicio del té para poner manteles y vajillas de la cena. Los dos amigos se retiraban. Carlos bostezó:

—Y a ti, ¿qué te ha parecido todo esto?

—¿A mí?

—Sí, a ti.

Rigoletto dejó caer la mandíbula temblona de cocaína. Luego brutal:

—¡Un marica menos en la ciudad!

F I N.

Ancón, mayo de 1928.

Barranco, mayo de 1929.



I N D I C E

	<u>Págs.</u>
La Biblioteca América	
Prólogo	
Capítulo I	11
" II	29
" III	25
" IV	30
" V	33
" VI	42
" VII	44
" VIII	51
" IX	62
" X	64
" XI	67
" XII	69
" XIII	73
" XIV	75
" XV	80
" XVI	83
" XVII	88
" XVIII	96
" XIX	102
" XX	106
" XXI	111
" XXII	116

Si
esta obra
ha sido de su
agrado, recuerde que
podemos ofrecerle otras
tan interesantes como ella.
Mándenos su dirección y
le remitiremos gratis
nuestra revista Erci-
lla por 3 me-
ses segui-
dos.

EDITORIAL ERCILLA

**MONJITAS 454 -- CASILLA 2787
SANTIAGO DE CHILE**